



232.93d  
B 63 l

LEON BLOY

# LA QUE LLORA

(Nuestra Señora de la Salette)

*...Los niños menores de siete años serán presa de un estremecimiento y morirán entre las manos de las personas a cuyo cargo estén; los otros harán penitencia por el hombre.  
...Las estaciones serán alteradas...*

PALABRAS DE LA SANTA VIRGEN.



LIBRERIA BILBAINA  
P. Martires, 2  
Teléfono 12799  
BILBAO

EDITORIAL  
MUNDO  
MODERNO

CASILLA DE CORREO 2072  
BUENOS AIRES



368084



#### DECLARACION DEL AUTOR

EN mi condición de católico declaro someterme enteramente a la doctrina de la Iglesia, a las reglas y decisiones de la Santa Sede, principalmente a los decretos de los Soberanos Pontífices Urbano VIII y Benedicto XIV, relativos a la canonización de los Santos.

Si, refiriéndome a los dos Pastores de la Salette, doy en emplear las palabras "santo", "santa" o "santidad", no es más que de un modo puramente relativo, por insuficiencia de lenguaje, falta de términos que completen mejor mi pensamiento. Desautorizo por anticipado el sentido riguroso y absoluto que se pretendiera atribuir a esas expresiones, puesto que a nadie puede llamarse SANTO mientras la Iglesia, oficialmente, no lo haya considerado tal.

LEÓN BLOY.

Título del original en francés:

CELLE QUI PLEURE

(Notre Dame de la Salette)

TRADUCCIÓN DE NÉSTOR MERMOT

Efectuado el depósito ordenado por la Ley de Propiedad Intelectual

Impreso en la Argentina — Printed in Argentina

A

PEDRO TERMIER

INGENIERO JEFE DEL CUERPO DE MINAS,  
PROFESOR EN LA ESCUELA DE LA ESPECIALIDAD.

**E**STE libro no puede menos de serle dedicado, mi querido amigo, puesto que sin usted jamás hubiera sido escrito. Hace veintisiete años que yo había abandonado el proyecto de hacerlo, terminando por no pensar más en él, a fuerza de considerarlo impracticable.

Nuestra Señora de la Compasión sollozaba siempre en Su Montaña, y yo no la oía ya... Ella mandó que usted me despertara.

¡Nuestro encuentro ha sido tan milagroso! Treinta años esperó usted que alguien le hablara de la Salette. Entre tanto, yo aguardé que me fuera dado hacerlo convenientemente.

Llegó por fin un día, no hace de ello mucho tiempo, en que habiendo leído en uno de mis libros ciertas páginas donde me había empeñado en glorificar a Nuestra Señora de la Salette, le pareció a usted que podría ser yo el escritor que había aguardado. Nos conocimos luego, y lejos de cambiar su impresión, ella se acentuó.

Estimulado por usted, viendo en usted un embajador de María, ¿qué podía hacer yo sino obedecer? Claro está que no me sería posible eludir las dificultades y amarguras inherentes a un tema de esta naturaleza.

La Salette es todavía, al cabo de sesenta años, la Fuente de Contradicción de que ha hablado el Libro Santo, y los que la aman están llamados a padecer.



DEDICATORIA

Dada a conocer a todo mi pueblo, había dicho a los Pastores la Madre de Dios, cuando les hubo anunciado la Gran Nueva.

A mi vez le digo: Lleve mi libro a conocimiento de los pobres. Usted me comprende. Me refiero a ese rebaño doliente en el que nadie piensa, y que no inspira compasión a nadie: me refiero a los generosos que no conocen la Verdad, las bellas almas errantes que tendrían necesidad de un albergue de luz...

"Misereor super turbam", decía Jesús. Tened piedad de este rebaño que muere de sed a orillas de los ríos del Paraíso.

Natividad de María, setiembre 8 de 1907.

LEÓN BLOY.

TACEAT MULIER...

**A**CABO de soportar un terrible sermón contra el materialismo o naturalismo opuesto a la Revelación sobrenatural. Todos los lugares comunes filosóficos de seminario han desfilado ante el Santo Sacramento inmóvil. Yo había ido a la iglesia, ¡ay!, como "un mendigo rebosante de oraciones"; pero ese abismo de palabras vanas engulló mis súplicas, y mi alma se deslizó hacia el sueño perverso que la charlatanería produce. ¡He ahí, pues, todo lo que encuentran hoy, en presencia del Enemigo, en la inminencia misma de los vencimientos espantosos, los predicadores educados tan largo tiempo y tan cuidadosamente formados en el desprecio de las advertencias de la Salette!

¡Qué deformación sistemática o que falta de fe es preciso imaginar, para que ministros tales y en tan elevado número hayan llegado al extremo de no saber que el fondo del hombre es la Fe y la Obediencia, y que, por consiguiente, necesita Apóstoles y no conferencistas, Testigos y no demostradores! No es ya el momento de probar que Dios existe. Ha llegado la hora de dar la vida por Jesucristo.

Pero todo el mundo se la niega resueltamente. A cualquiera otro sí, mas no a Él. ¡Antes, a un demonio! Ciertamente es que los cristianos han dejado de creer en los demonios. ¡Intentad, con la autoridad del Evangelio, hacer comprender, por ejemplo, que la riqueza es una maldición, que no es posible servir a Dios y al mundo, que las fiestas o los pretendidos bazares de caridad invocan al incendio, y que las bellas devotas que allí van a buscar un último suplicio verdaderamente infernal, son siervas del diablo, muy solícitas, y recompensadas como es menester!

No será excesivo el cambio infinito operado por lo que se ha convenido en llamar inexactamente la muerte, para descubrir de pronto, lanzando un alarido ~~copaz~~ de atravesar el seno de la Eterni-

dad, hasta qué punto los más fieles de entre nosotros habrán sido gentes sin fe.

"Cuando la Francia, enlodada desde la cabeza hasta los pies, decía Melania, haya sido purificada por los azotes de la Justicia divina, Dios le dará un hombre, pero un hombre libre, para gobernarla. Ella entonces estará consumida, casi aniquilada".

Preciso sería poseer una excepcional estupidez para buscar ese hombre entre las bestias de las peregrinaciones o de los congresos católicos. ¡Ah, bien recuerdo yo aquellas bataholas casi del día siguiente mismo de la guerra, justamente en el 73!

Duraba todavía el escoror producido por la bota alemana en los traseros. No se hablaba más que de volver a Dios. Apañábase la gente en los círculos católicos para oír la buena palabra de Monseñor Mermillod, relatando lo que había sufrido por Jesucristo, o los tartamudeos ecuménicos del señor de Mun. Asíanse desesperadamente al conde Chambord, en quien se veía al gran Monarca anunciado por las profecías, y cuya panza ilegítima debía salvarlo todo. Lanzábanse a las peregrinaciones entonando coplas liberatorias. Votábase la erección de un santuario, en cuyas paredes se leerían estas palabras socorridas: Gallia poenitens et devote, y cada uno contribuía con su grano de arena, pues era éste el anhelo nacional, extrañamente olvidado más tarde. ¿Qué más aún? Los Padres Agustinos de la Asunción fundaban el Pélerin próspero y la proficua Croix, para envilecimiento irremediable del pensamiento y el sentimiento cristianos. Un poco más tarde, en fin, creábase, cimentado en el osario de los corazones, un banco famoso que debía absorber el crédito universal y aplastar para siempre a la competidora perfidia de los hijos de Israel. Esta leva en masa de los ahorros católicos fué llamada prodigiosamente cruzada, y tuvo por desenlace un inmenso y célebre "crack".

La obediencia a la Madre de Dios, llegada expresamente, hace hoy sesenta años, para notificar su voluntad, fué justamente lo único que nadie tuvo en cuenta. Podría creerse, sin embargo, que esto era muy simple. La Soberana de los universos se trastornaba, si se le permite decirlo así, como se trastornaría la Vía láctea, si esa criatura incalculable, horrorizada de la maldad de los hombres, se arrodilara en el sombrío azul del firmamento. Ella se incomodó para traernos, llorando (1), la "gran nueva" de la enormidad de nues-

(1) Llorando. Los Angeles no lloran, pero la Reina de los Angeles llora, siendo Reina precisamente por ello.

tro peligro. Hablando como únicamente puede hacerlo la Trinidad, esta Embajadora declaró la inminencia de los castigos y de los cataclismos, y dijo lo que era indispensable hacer para no sucumbir, pues sus amenazas eran, desde las primeras palabras, condicionales: "Si mi pueblo no quiere someterse, me verá FORZADA a dejar caer el brazo de mi hijo" (2).

Insisto: ¿qué más fácil que humillarse y obedecer? Se hace exactamente lo contrario. María había reclamado el Séptimo Día y el respeto al Nombre de su Hijo. Quería que se observaran las leyes de la Iglesia y que, durante la Cuaresma, sus hijos no fuesen a la carnicería "como perros". Había confiado a dos pastores, a Melania sobre todo, un secreto de vida y muerte, expresando su formal voluntad —ratificada ulteriormente por Pío IX y León XIII— de que se lo hiciera llegar a todo su pueblo, a partir de un momento dado. Por último, había dado, en francés, la Regla de una nueva Orden religiosa "Los Apóstoles de los Ultimos Tiempos"... los verdaderos discípulos del Dios vivo y reinante en los cielos; los verdaderos imitadores de Cristo hecho hombre; mis hijos, mis verdaderos devotos; los que se han dado a mí, porque yo los he conducido a mi Hijo divino; los que llevo en mis brazos, por así decirlo; los que han vivido de mi espíritu; los Apóstoles de los Ultimos Tiempos, los fieles discípulos de Jesucristo, que han vivido, ignorados, en el desprecio del mundo y de sí mismos, en la pobreza y en la humildad, en el silencio, en la oración, en la mortificación, en la castidad, en la unión con Dios, en el sufrimiento. Tiempo es ya que salgan y vengán a iluminar la tierra... Pues éste es el tiempo de los tiempos, el fin de los fines.

Han transcurrido sesenta años. El mundo se ha hecho más profanador, más blasfemo, más rebelde, más "perro" (3). Pero, ¿no parece que ese incomprensible fracaso, ese fiasco monstruoso, y sin embargo adorable, de la Emperatriz del Paraíso, es nada si se piensa en la Burla irremisible que ha suplantado a la Obediencia?

Se trabajó en domingo, cada día más, y sobre todo, se hizo trabajar a los pobres. La Blasfemia llegó a convertirse, hasta para las mujeres, en un manto viril, en un índice de fuerza y de in-

(2) "El pueblo no quiere someterse y la Ciudad del Altísimo está obligada". Representaos a los Angeles y los Santos lanzando al cielo esta voz de alarma.

(3) Perro. Recuerdo que tal es la expresión de que plugo servirse la Madre de Dios.

dependencia, como el tabaco y el alcohol. Se aspiró a ser perro, hijo de perro, y hasta pariente del cerdo, en todas las épocas del año, indistintamente, y esa ambición fué colmada. Las palabras de María, que Ella quería que se hiciera llegar a todo Su pueblo, tanto en el Tibet como en la Tierra del Fuego o en el Isere, no fueron, sensiblemente, más allá del pie de la Montaña. En cuanto a los Apóstoles de los Ultimos Tiempos, se los reemplazó por eclesiásticos traficantes de sopa, como los peregrinos han podido apreciar.

Esos pretendidos misioneros fueron la mofa irredimible de que se acaba de hablar. La Desobediencia absoluta es un estado incomprendible mientras la idea de mofa esté ausente del espíritu. La Caída inicial ha debido ser determinada, no por la desobediencia formal, sino por una obediencia irrisoria, de la cual no podemos hacernos una idea; y como el abismo llama al abismo, el castigo fué, en apariencia al menos, la Burla infinita, la subsanación bíblica: "He aquí a Adán, nuestro semejante..."

Los presuntos misioneros de la Salette, inocentes quizás a fuerza de estulticia y bajeza de corazón — ¡pero de qué horrible inocencia! — fueron, lo repito, institución irrisoria, opuesta por la autoridad diocesana al formal Mandamiento que se trataba de eludir. La Santa Virgen había pedido Apóstoles: se le proporcionó posaderos<sup>(4)</sup>. Había querido verdaderos discípulos de Jesucristo, que sintieran desprecio del mundo y de sí mismos: se instaló a sacerdotes comerciantes, a mercaderes capaces de producir. Por lo que hace a la recomendación de "salir y de iluminar a la tierra", se recurrió al expediente de la propaganda y del tributo de los peregrinos...

Luego de la expulsión de tales mercaderes, en 1902, los capellanes que ocuparon su lugar, continuaron sencillamente su función de posaderos<sup>(5)</sup>. Prosiguieron también el cotidiano y estereotípico relato del Milagro, extraído de una sulpicianiana exhortación a la práctica de algunas virtudes razonables, sin omitir la frecuente advertencia de desconfiar de ciertas publicaciones exageradas o falsas, tales como el testimonio escrito de los dos pastores que fueran los asistentes, los verdaderos misioneros escogidos por la Santa Virgen misma para propagar sus advertencias y sus amenazas y que hasta su último día, Melania principalmente, no han cesado de protestar

(4) Sobre esta cuestión del albergue y de los posaderos, ver el capítulo XXV de la presente obra.

(5) Ver el capítulo XXV.

contra la prevaricación sacerdotal y el mercantilismo odioso que se practicaba en la Montaña.

El crimen de toda esa gente, crimen enorme y espantoso realmente, es haber amordazado a la Reina del Cielo, haberle sellado los labios, como escribiera alguien, no hace mucho, con terrible firmeza.

Es difícil, no ya imaginar, sino concebir una súplica tan lamentable:

—Desde hace diecinueve siglos, desde que sufro por vosotros y paseo por entre las montañas los Siete Dolores de que soy la Pastora — los siete corderos del Espíritu Santo que un día deberán desbrozar el mundo — tengo la misión de implorar constantemente si quiero que mi Hijo no se abandone. ¿Qué puedo hacer por vosotras que no haya hecho? Yo soy el Egipto y el Mar Rojo; soy el Desierto y el Maná; soy la hermosísima Vid, pero al mismo tiempo soy la Sed divina y la Lanza que atraviesa el Corazón del Salvador. Soy la Flagelación infinitamente dolorosa, soy la Corona de Espinas y los Clavos, y sobre todo, la Cruz durísima donde se engendra el goce de los hombres. En ella fueron clavados los dos Brazos de mi Hijo, pero uno solo de ellos basta para aplastarlos, y pesa tanto que ya no puedo retenerlo más... ¡Ah, hijos míos! ¡Si os convirtieseis!...

Entonces se levantaron hombres que tenían mitra en su cabeza y en sus manos el cayado de los pastores del rebaño de Cristo. Y esos hombres dijeron a Nuestra Señora:

—¡Basta ya! Taceat Mulier in Ecclesia! Nosotros somos los obispos, los doctores, y no tenemos necesidad ni siquiera de las Personas que hay en Dios. Por otra parte, somos los amigos de César y no queremos tumultos en el pueblo. Vuestras amenazas no nos inquietan lo más mínimo, y vuestros pastorcillos no obtendrán de nosotros, ni siquiera en su ancianidad, sino el desprecio, la calumnia, la hefa, la persecución, la miseria, el destierro y, por último, el olvido...

La esperanza de la presente obra es reparar en alguna forma, si aún es tiempo, la sacrilega perfidia de esos Caifás y de esos Judas que destruyen, desde hace sesenta años, el más bello reino del mundo.

París-Montmartre, febrero 1907.



## HISTORIA DE ESTE LIBRO INICIADO EN 1879.

**L**A peregrinación a la Salette la realicé hace poco menos de treinta años, cuando no existía aún el ferrocarril entre Grenoble y la Mure. Una diligencia homicida, arrastrada hasta por doce caballos en ciertas cuestas, destrozaba los riñones de los viajeros desde el amanecer hasta la noche, en larguísimos días. Cuando uno llegaba a manos de los muleteros, ya había padecido diez horas de diligencia.

Lo que estaba muy bien, por otra parte. Esto disgustaba a muchos turistas y el paisaje era amable y consolador para el peregrino. En ciertos lugares se descendía para dar un respiro a los animales, y había una exquisita placidez en pasear lentamente bajo los grandes árboles, escuchando el rumor de los cursos de agua que se volcaban en los precipicios. Recuerdo siempre esos centenares de pasos dados en compañía de un misionero que tenía, así lo creo, algo de genial, y que me hablaba con extraordinarias frases de la majestad de los Textos Sagrados. Tres semanas más tarde murió, no sin haber suplicado mucho tiempo a la Madre de Dios que le permitiera acabar sus días en la Salette, donde se lo sepultó. Estaba harto del horror de este mundo y de la farisaica piedad contemporánea, que se le antojaba una apostasía.

No he de nombrar a ese sacerdote. Su familia es indigna, lo sé, pero no puedo olvidar lo que a él le debo, *dum loqueretur in via et aperiret mihi Scripturas*. ¡Querido extinto! Volví a ver su tumba —una humilde cruz sobre un humilde túmulo— al año siguiente, y el año pasado, veintiséis más tarde, pero ya abandonada, habiendo sido trasladados sus restos a una cueva recientemente cons-

truida, a muy corta distancia de ahí, donde puede leerse su nombre bien conocido de los Angeles y de algunos amigos de Dios.

Ese misionero, más orador que escritor, recorrió el mundo para anunciar la Gloria de la Madre de Jesucristo, volviendo siempre invariablemente a la Salette, donde a los pies de La que llora, iba a buscar las inspiraciones de su celo apostólico.

El Discurso infinitamente extraordinario que oyeron los niños en esta Montaña, habiase convertido en centro de sus pensamientos, y su inteligencia era como uno de esos dones inexpresables que el Venerable Grignon de Montfort atribuía proféticamente a los Apóstoles de los Ultimos Tiempos.

Bastarian las migajas del festín diario brindado a sus auditores por ese humildísimo, cuando hablaba de la Reina de los Patriarcas y de los Mártires, para que uno adquiriera reputación de exégeta. Ese como desfavor misterioso que pesa sobre la Salette en la mente de un gran número de cristianos, hacia desbordar su corazón. En el presente libro, emprendido y comenzado bajo sus miradas, en la Salette misma, ha estado interrumpido por espacio de veinticinco años, Dios sabe cómo y por qué. Esta obra de justicia era su deseo supremo, su esperanza.

Murió él cuando sólo existían las primeras páginas, como si la Consoladora a cuyo servicio habiase consagrado, no hubiera querido que esa alma, verdaderamente sacerdotal y crucificada, perdiera, en cierto modo, la aureola dolorosa que ella pone en la frente de las víctimas del Amor de que se ha hablado en la Tercera Bienaventuranza y que no deben ser consoladas en este suelo.

Esta obra, que reanudo hoy, paréceme todavía más difícil y temible que antes. La muerte del que me inspiraba me abismó en un duelo que yo creí irreparable, y de él me sacó la existencia más miserable que pudiera imaginarse.

No había sonado la hora. ¿Qué hubiera podido hacer yo a la sazón, sino una paráfrasis exegética y literaria del Discurso, en el mejor de los casos? Demasiadas cosas éranme desconocidas. Ignoraba hasta el Secreto de Melania, no publicado hasta noviembre de 1879, y tan impenetrablemente ensombrecido por el espanto sacerdotal, que todavía hoy casi todos los católicos lo ignoran o quieren ignorarlo.

Además, ¿no era menester que se desarrollasen las torpezas y congénitas ignominias de la República Francesa, llegadas hoy a un punto en que es necesario preguntarse qué es lo que hace la

muerte? ¿Es que no se habían levantado ya, como uno solo, todos los demonios para reclamar el desarrollo completo de la hedionda flor democrática, tan laboriosamente aclimatada por ellos en el reino que fué cuna de la Autoridad cristiana? Y, por sobre todo, ¿la Justicia del *Brazo amenazante* no debía aguardar que la Embajadora, llorosa, *sesenta* veces ultrajada, dijera a su Hijo: —Ya no conozco este pueblo; se ha transformado espantosamente?

Al cabo de tanto tiempo, habiendo adquirido mi nombre una cuasi celebridad, algunos enamorados han creído que bien podría ser yo el designado para escribir sobre la Salette el libro que ciertas almas necesitan, un libro piadoso que no fuera hostil a la magnificencia divina, un libro que dijera, al cabo de sesenta años, algunas plausibles frases sobre ese Acontecimiento inaudito, absolutamente incomprendido e inclusive *ignorado* de los pretendidos misioneros o sacerdotes seglares que se han sucedido sobre la Montaña.

“Hacedla conocer de todo mi pueblo”, ha dicho por dos veces la Inefabilísima. Esto es lo que desolaba a mi iniciador. —¿Quién piensa ya en ello? —decíame él—, ¿y qué es lo que podría hacerse llegar a todo el pueblo, es decir, a todos los hombres? ¿La gente de aquí sabe siquiera lo que ha ocurrido en ese lugar, y el más capaz podrá comprender una palabra, tan sólo una de ese Discurso que parece ser el *Verbum novissimum* del Espíritu Santo?

¡Ay! la explicación irremediablemente perdida, que hubiera podido dar este hombre, será, en lo sucesivo, todo lo que pueda ser: una angustiada visión de los tiempos actuales a propósito de las promesas y de las amenazas, igualmente desdeñadas, de la Madre del Hijo de Dios, visión de terror agigantada por la certeza adquirida y absolutamente indiscutible de ciertos acontecimientos preliminares.

¿Qué importa, después de todo, si mi obra así mutilada contiene de esa palabra disipada siquiera lo indispensable para atraer a la Salette algunas de esas magníficas almas capaces de presentir su belleza, aun a través de las sombras o de las flaquezas de una prédica insuficiente?

Yo hubiera querido poder decirles, como Bossuet hablando delante de las barbas del rey de Francia: “Escuchad, creed, aprovechad, yo corto para vosotros el pan de la vida”; pero, una tan elevada forma de hablar, ¿no alejaría, por el contrario, y muy se-

guramente, a buen número de corazones y subyugados, sin saberlo ellos mismos, por el Príncipe fastuoso de cabeza aplastada, que no se cansa de prometer a sus esclavos el imperio soberano del que se halla desposeído él mismo?... ¡Cuál no será el triunfo de llegar aunque sólo fuera a hacer entrever el Esplendor a los contemporáneos de los automóviles!

El sacerdote de Jerusalén, el misionero de que acabo de hablar se llamaba Luis María René, y esto es ya mucho más de lo que yo hubiera querido decir. Que tal, sea pues, el patrocinio de este libro, libro que será principalmente, una obra de dolor. La Salette es, por excelencia, el Lugar de las dolorosísimas lágrimas.

Recuérdase que cuando la Aparecida terminó de hablar a los niños, hubo un drama extraordinario. La resplandeciente Señora, cuyos Pies, según el testimonio de sus ingenuos auditores, no tocaban el suelo, rozando apenas "los extremos de la hierba", aléjase de ellos lentamente, en una especie de deslizamiento, y después de haber atravesado el arroyuelo que la separa de los flancos de la meseta, comienza a describir ese sorprendente itinerario *serpenteante*, marcado hoy por esas Catorce Cruces de la Vía penosa que parecen superponerse en la traslúcida meditación de los sangrantes Misterios.

Este vía crucis único había sido decretado, como todas las cosas, con anterioridad a la creación de los espacios. Entraba en la integridad del Plan divino que las genuflexiones de los últimos habitantes cristianos de la tierra, fuesen determinadas en aquel lugar agreste, y con esa precisión, por la huella de los Pies de luz. Prosternarse ahí o en otra parte, no es cosa indiferente.

Las almas religiosas que van a llorar a la Salette, hacen algo que resuena armoniosamente en toda la gama de los Decretos divinos relativos a la Redención de la humanidad. Sus lágrimas caen sobre ese suelo privilegiado como simiente de muchas otras lágrimas que, si a Dios place, un día terminarán por correr como ondas en ese lugar.

"El abismo de las Lágrimas de María invoca el abismo de nuestras lágrimas por la Voz de sus cataratas." Ella nos provoca a esa efusión como su Hijo, desde lo alto de la Cruz, la provocaba amorosamente a Ella misma a la efusión total de su incomparable Corazón destrozado.

## EL TORRENTE SUBLIME.

Vuelvo a mi viaje. No más rodar, pues, en la diligencia con su incansable crueldad. La mitad solamente de la vieja fatiga y la otra mitad semejante a un sueño. ¡Oh, este ferrocarril que corre al borde del precipicio por espacio de una hora! ¡Qué embriaguez andar así delante de Napoleón marchando de Susterón sobre Grenoble, pasando por Corps y la Mure! ¡Corps, principalmente, el arzobispado de la Salette!

No existiendo el azar, es posible imaginar con estupor "el águila" de ese conquistador "volando hacia París de campanario en campanario", pero descendiendo del de Corps para gritar, treinta y un años antes que Nuestra Señora: "¡Hijos míos, no temáis, he venido a anunciaros una gran nueva!", y luego: "Hacedla conocer de todo mi pueblo." ¿Cómo no pensar en esto?

El gran hombre y sus compañeros fieles parecieron constituir toda la Francia, todas las posibilidades de Francia, todo lo eventual, humano y divino, de esta angélica patria, de esta Primogénita del Hijo de Dios y de su Iglesia, de esta habitante de la Llaga de su Corazón, que no podría descender más hondo sin transformarse en la Magdalena de las naciones.

El pobre César fugitivo, mendigo incorregible de la Dominación universal, envolvía sin saberlo, a la manera de los Prototipos, el porvenir impenetrable de los campos o de los pueblos que no podrían tener existencia histórica sino por la voluntad de un tal viandante. Yo lo he buscado aquí y allá, y confieso que su recuerdo me impresionaba más que las eternas montañas. ¿Las habrá visto siquiera? ¿Habrá visto el Drac, el formidable torrente, gloria del Delfinado? Yo no lo creo. Un torrente no se detiene a contemplar

los otros torrentes, y la misma montaña no es para él sino un obstáculo que sólo consigue exasperarlo.

Peregrino de la Salette, y nada más que peregrino, hasta que tenga el honor de arrodillarme ante el Santo Sepulcro, yo he contemplado de cerca ese torrente furioso, admirándolo hasta la sofocación. ¿Cuántos siglos han sido menester para que el agua se cavara un lecho tan hondo en esta soledad grandiosa? Durante innumerables años ha debido limar rocas y formar abismos. Mientras las generaciones nacían y morían, a medida que se desarrollaba la historia, bajo los alóbroges y los romanos, bajo los burgundios, los francos y los sarracenos, bajo los señores de Albon y los primeros Valois, durante las atroces guerras de religión, durante la Revolución, durante el sorprendente Imperio y hasta nuestros días, en que la Deseada debía aparecer, esa agua siempre amarilla desmenuzaba los duros asientos, horadándolos con la artillería de sus guijarros, minando en su base las colosales columnas, formando el abismo continuo que divide en dos esta alta provincia delfina, antiguo atributo de los mayores de Francia: el Gresivaudan, el Royanés, las Baronías, los Gapençois, los Embrunois, el Briançonnais, desde el Durance hasta el Isère, monstruoso rebaño de crestas verdes o de peladas cimas de las que sólo Dios conoce todos los nombres.

El tren que va a la Mure, procedente de Grenoble, rueda por espacio de no sé cuántos kilómetros por el borde de esta enorme fisura formada por el Drac, sobre el cual se siente la impresión de estar suspendido. Clamor de abajo nunca interrumpido, y que llega a hacerse ensordecedor en la época de las lluvias o de las nieves derretidas.

Un novelista mediocre e impotente quiso, hace algunos años, vengarse del miedo vil que le había causado ese clamor del abismo. Torpe y ruinmente intentó desconsiderarlo con sus adjetivos y sus malevolentes metáforas, comparando esa sublime corriente a "un río débil, maléfico y corrompido..." Ese pobre hombre, que ha debido complacer mucho a los enemigos de la Salette, critica, como es natural, las montañas y se muestra muy distante de aprobar las circunstancias o los detalles de la Aparición, que habría debido tener lugar en el llano, en las inmediaciones de una estación, y mucho más simplemente, si se hubiera consultado su gusto. *In die judicii, libera nos, Domine.*

Yo espero que mi admiración inmensa por ese magnífico espectáculo me será tenida en cuenta. ¿Por qué habría de pretenderse

que Dios no fuera un artista como los otros, celoso de su obra y deseoso de ser admirado? ¿No habla El, a cada instante, de sus "santas montañas" a las que "ha hecho imponentes", y cuyas "cumbres son tuyas"? *Ego sum Dominus faciens omnia et nullus mecum.* No se trata de montañas de otros, sino de las tuyas, y exige que se le adore por haberlas hecho.

¿Existe alguna peregrinación tan maravillosamente encauzada por la admiración previa del viajero? No lo creo. Esto no era así antes. La ruta seguida por las diligencias, no orillaba el abismo. Ha sido menester esa vía férrea única, obra maestra de los hombres, para que nos fuera revelada esta obra maestra de Dios, sólo conocida hasta entonces por algunos campesinos.

De regreso la he vuelto a ver, bajo el resplandor de una luna llena, que acribillaba el inmenso paisaje con sus plateadas saetas, y he creído hallarme en el Paraíso.



### III

## EN EL PARAISO

¡En el Paraíso! Antes de seguir adelante, ¿no convendría explorar en cierto modo y en la medida de lo posible esa "región de paz y de luz", esa "sede —esa capital— de la frescura y del consuelo beatífico", ese paraíso terrenal en los cielos?

La insuficiencia del lenguaje humano es aquí penosísima. Todo lo que no sea materia, espacio o tiempo, es inexpresable hasta el punto que el Verbo de Dios mismo, Nuestro Señor Jesucristo, nunca ha hablado sin emplear parábolas o semejanzas <sup>(1)</sup>. Es destino del hombre no poder arrancar su corazón del célebre Lugar de Voluptuosidad de donde fuera expulsado ignominiosamente en el principio de los tiempos. El hombre necesita que el Paraíso sea un lugar, un sitio muy alto o muy bajo, y estamos obligados a decir, en el primer caso, que la Santa Virgen ha descendido de él para llorar en la Salette. Melania ha descrito el paraíso infantil que construyó con Maximino el 19 de setiembre, un poco antes de la Aparición: una extensa piedra que ellos cubrieron de flores. Sobre esta piedra vino a sentarse la Bella Señora. La Reina del Paraíso de Henoch y del Buen Ladrón, que es ese incomprensible Seno de Abraham donde fué cautivado para oír los irrevelables Arcanos el Doctor inmenso de las naciones, esa Reina es atraída por la inocencia del paraíso de los pastorcillos. "Ella, decía Melania, ha buscado en el mundo entero, y no habiendo hallado nada más bajo, se ha visto obligada a escogerme."

De tal modo y de tantas maneras se halla el Paraíso en el umbral del Milagro de la Salette, que es tan imposible no hablar

(1) Testimonio del Evangelista San Mateo: capítulo XIII, v. 34.

de ello como decir al respecto una palabra válida. Ese Paraíso es, sin duda alguna, la misma Bella Señora, pero esto es demasiado simple. Sería como proclamar la identidad de Dios con uno u otro de sus atributos. El fondo, la esencia del paraíso o de la idea del mismo, es la unión a Dios desde la vida presente, es decir, la Angustia infinita del corazón del hombre, y la unión a Dios en la Vida futura, esto es, la Bienaventuranza. Su modo es infinitamente desconocido e inadivinable, pero hasta cierto punto se puede satisfacer el espíritu con la muy plausible hipótesis de un *ascensión eterna*, *ascensión sin fin en la Fe, en la Esperanza, en el Amor.*

¡Contradicción inefable! Más y más se creará, sabiendo que jamás se comprenderá; más se esperará, en la certidumbre de no alcanzar jamás; se amará cada vez más lo que nunca podrá ser poseído.

Sobreentiéndase que yo me expreso con impotencia. *Secundum hominem dico*. La unión a Dios está ciertamente realizada por los Santos, desde la vida presente, y consumada por completo inmediatamente después de su nacimiento a la otra Vida; pero esto no les basta, ni es suficiente para Dios. La unión más íntima no es aún bastante: de manera que la Bienaventuranza no puede ser concebida o imaginada sino como una ascensión siempre más viva, más impetuosa, más fulminante, no hacia Dios, sino en Dios, en la Eesencia misma de lo Ilimitado. Huracán teologal sin término ni reposo, que la Iglesia, hablando a los hombres, se ve forzada a llamar *Requies eterna!*

La multitud desatada de los Santos es comparable a un inmenso ejército de tempestades que se precipita hacia Dios con una vehemencia capaz de desarraigar las nebulosas, y esto durante toda la eternidad... ¿Puede aplicarse aquí los sueños astronómicos? La inconcebible enormidad de las cifras con que se expresan las aterradoras hipérboles de la Distancia o de la Velocidad, sólo contribuirían a dejar entrever la imposibilidad de comprender "lo que Dios ha preparado a los que le aman". Hasta podría decirse, puesto que se trata del Infinito y de lo Eterno, que debe haber una aceleración continua de cada torrente, análoga a la aturdidora multiplicación de la *pesantez* de los cuerpos que caen. Idea plausible y muy simple, como para presentar a los teóricos de la inmovilidad beatífica. Una Mística paralítica que tiene su origen en una imaginación abyecta, localiza a los Santos en la actitud hierática promulgada por los Institutos, bajo la aureola inmutable que no des-

plazará soplo alguno y entre el oro o la plata de los objetos de piedad que no habrán de roer ni el orín ni los gusanos. Pues tal es la idea que pueden formarse del Paraíso y de la Felicidad de los Santos los católicos del siglo último, engendrados por los acéfalos escapados a la guillotina.

Pero, ¡qué inútiles son, qué lamentablemente vanas las analogías literarias y las conjeturas metafísicas de un pobre escritor inclinado sobre lo Insondable, que ni siquiera tienen la energía de intuición que sería menester para discernir por un momento, a riesgo de morir de espanto, el vertiginoso abismo de la falta de Intelligencia contemporánea!

*Requiem aeternam dona eis, Domine*, esto es: dad a esas almas, Señor, la oportunidad de entrar en la batalla infinita donde cada una de ellas, como una catarata invertida, os asediara eternamente.

Una querida alma piadosa preguntaba esto: —En esta ascensión universal, ¿qué será de los mediocres, de esos pobres hombres que no habiendo hecho nada por Dios en este mundo, habrán sido, sin embargo, salvados merced a una inefable unión de la Justicia y de la Gloria? ¿Qué será de los que, habiendo amado las bellas cosas de la tierra, la Poesía, el Arte, la Guerra, la misma Voluptuosidad, se encuentren de pronto cara a cara con lo Absoluto, sin haber preparado nada para el tránsito, pero salvados a pesar de sus manos vacías? Necesario les será, pues, so pena de eterna inanición, realizar inmediata y *absolutamente*, todo lo que les falta, y la Prudencia ha intervenido en tal sentido. La Belleza, transformada en un buitre, hará presa de los que la hayan amado verdaderamente bajo una apariencia cualquiera, para devorarlos siempre.

Así será, indudablemente, y más de un poeta se asombrará de haber sido a tal punto, y sin saberlo, amigo de Dios. Pero, ¿será preciso que, a causa de los Mandamientos inobservados, se le confunda con los mediocres? Este pensamiento ya es monstruoso, dada la enormidad del castigo que supondría esa confusión. La verdad, infinitamente probable, es que unos y otros se instalarán por sí mismos, con admirable discernimiento, en el plano que les corresponda.

Y he aquí que será entonces un firmamento de esplendores bien diferenciados e inimaginables. Los Santos ascenderán hacia Dios como el rayo, suponiéndolo multiplicado por sí mismo, a cada segundo, durante los siglos de los siglos, creciendo siempre su caridad al ritmo de su fulgor; serán Astros indecibles a los que seguirán a

enorme distancia aquellos que sólo hayan conocido la Paz de Jesucristo, e ignorado su Corazón. En cuanto a los otros, pobres cristianos considerados *prácticos*, observadores de la Letra fácil, aunque no perversos, y hasta capaces de cierta generosidad, los seguirán a su vez, también a salvo, a millones de leguas de distancia, no sin antes haber pagado su lugar a un precio incalculable, pero pese a ello, infinitamente más dichosos de lo que pudieran expresar las palabras más preciosas de la felicidad, y dichosos precisamente por la gloria incomparable de sus mayores, dichosos en profundidad y en extensión, dichosos como el Señor cuando terminó de crear el mundo.

Y todos, lo repito, ascenderán juntos como una tempestad sin tregua, la tempestad bienaventurada del interminable fin de los fines, una ascensión de cataratas de amor, y tal será el Jardín de Voluptuosidad, el indefinible Paraíso nombrado en las Escrituras.

He evocado el paraíso de Melania y de Maximino. He aquí el mío, tal cual es. ¡Puede éste, como aquél, hacer que descienda a Mí la Virgen María!



#### IV

LUIS FELIPE. 19 DE SETIEMBRE DE 1846.

"Son aproximadamente las dos y media de la tarde. El Rey, la Reina, sus Altezas Reales, la Princesa Adelaida, Monseñor el Duque y la Señora Duquesa de Nemours, el Príncipe Felipe de Wurtemberg y el Conde d'Eu, acompañados del Ministro de Instrucción Pública, de los Señores Generales Chabannes, Lagrange, Resigny, del Coronel Dumas y de muchos otros oficiales, se disponen a realizar un paseo por el parque. Terminado el paseo, Sus Majestades y Sus Altezas retornan al castillo, alrededor de las cinco de la tarde, a fin de cenar, en tanto llega el momento de las *iluminaciones* de la noche."

Así es como un activo corresponsal, en un despacho fechado en la Ferté-Vidame, anuncia al *Moniteur universal* el acontecimiento más significativo del día 19 de setiembre de 1846 (1).

Afortunadamente yo estoy en condiciones de recordar a todo el mundo ese suceso que parece haber sido olvidado. Transcurridos más de sesenta años, siempre es interesante contemplar con la imaginación o la memoria ese paseo del rey de Julio, acompañado de su séquito, por un ameno parque, con el objeto de cobrar apetito para cenar, y prepararse, por el simple espectáculo de la naturaleza, para las magnificencias municipales de la iluminación de la noche.

Ese pasatiempo histórico, puesto en frente del otro Paseo Real que tenía lugar, al mismo tiempo, sobre la montaña de la Salette, me parece algo muy apropiado para gravitar sobre el pensamiento. El contraste realmente bíblico de semejante paralelo, no es precisamente lo más indicado para aumentar el ya mediocre prestigio

(1) *Moniteur* del 21 de setiembre de 1846.

de esa monarquía sin gloria, nacida en el pantano liberal de 1830 y predestinada a extinguirse sin honor en la cloaca económica de 1848. Sería curioso conocer lo que pasaba en el alma del Rey-Ciudadano en el mismo momento en que la Soberana de los Cielos, en un mar de llanto, se manifestaba a dos niños en un punto ignorado de esta hermosa Francia, profanada y moribunda bajo la dominación depravada de ese taumaturgo del envilecimiento.

Caminando bajo los plátanos o los castaños, iba soñando o hablando de las grandes cosas de un reinado de dieciséis años y de los magníficos resultados de una administración exenta de ese fanatismo de honor que otrora paralizara el impulso generoso del liberalismo revolucionario. Todo, fuera y dentro, salía a pedir de boca. Por una proclama, célebre desde entonces en los fastos parlamentarios, el conde de Morny pretendía que los grandes Cuerpos del Estado estaban satisfechos. Dios y el Papa eran convenientemente ultrajados, el infame jesuitismo iba por fin a exhalar el último suspiro, y el país legal no tenía más anhelos que ver eternizarse, en tan benéfica dinastía, las felicidades inesperadas de ese adorable gobierno. Por fin, con la unión de España, Francia se agigantaría. A ejemplo de Carlos V y Napoleón, el patriarca del orleanismo podía aspirar a la dominación universal. Los cachorros, por otra parte, habían crecido suficientemente, y Sus Altezas caracoleaban con cierta nobleza alrededor de Su Majestad, en la brisa otoñal de ese apacible día de setiembre. El rey de los franceses podía decir como el profeta de la tierra de Hus: "Yo moriré en el lecho que yo mismo hice, y multiplicaré mis días como la palmera; soy como un árbol cuya raíz se extiende en toda la longitud de los ríos, y el rocío descenderá sobre mis ramas. Mi gloria se renovará cada día, y mi arco se fortificará en mi mano (2)".

A doscientas leguas, la Madre de Dios llora amargamente sobre su pueblo. Si Sus Majestades y Sus Altezas pudieran, por un instante, acceder a tomar la actitud conveniente, es decir, a revolcarse en el suelo y acercar a la tierra sus oídos cerrados hasta ese día, quizás esa criatura humilde y fiel les transmitiría algún extraño y distante rumor de amenazas y de sollozos que los hiciera palidecer. Además, acaso la comida sería entonces sin embriaguez y la iluminación sin esperanza...

Mientras el orleanismo experimenta ese regocijo vespéral, los

(2) Job, XXIX, 18, 19 y 20.

26  
 Los pastores escogidos para representar todas las majestades triunfantes o decadentes, vivas o difuntas, se han acercado a su Reina. Ese es el instante en que la Madre dolorosa eleva su voz por sobre el murmullo confuso del himno de las Esposas <sup>(3)</sup> cantado alrededor de Ella, en diez mil iglesias:

SI MI PUEBLO NO QUIERE SOMETERSE ME VERÉ OBLIGADA A  
 DEJAR CAER EL BRAZO DE MI HIJO.

(3) Himno *O quot undis lacrymarum*, festividad de Nuestra Señora de los Siete Dolores.

## V

PROPOSITO DEL AUTOR. MILAGRO DE LA  
 INDIFERENCIA UNIVERSAL.

El propósito de esta obra, claramente indicado en la introducción, no es hacer el relato del Milagro de la Salette. Este ha sido hecho tan a menudo, que los cristianos no tienen excusas para ignorarlo. Los mismos pastores, mayores ya, lo han escrito y publicado, y ambos relatos, que hubieran debido ser infundidos en todos los ámbitos, son idénticos en cuanto a las circunstancias del Acontecimiento y del texto del Discurso público. En lo que atañe a los *Secretos*, Melania ha divulgado el suyo, pero reservando para el Soberano Pontífice, la Regla, *dada por María*, de una nueva Orden religiosa, Orden de los "Apóstoles de los Últimos Tiempos", fundación claramente profetizada en el siglo XVII por el Venerable Grignon de Montfort (\*).

No escribiendo para las multitudes, yo me dirijo, pues, exclusivamente a los que conocen el Caso de la Salette, convencido de que los demás no se interesarán por él. Principalmente quiero, en cuanto sea posible, mostrar el milagro ulterior, y que tal vez tiene aún más significación que el de la Aparición, el milagro ciertamente más increíble de la indiferencia universal y de la hostilidad casi general.

Esas voces infantiles que, venidas desde los Alpes, debían crecer como un alud y llenar la Tierra, han sido objeto de la más empeñosa tentativa de sofocarlas. "Difundidlas por todo mi pueblo", había dicho la Soberana. Los mismos judíos se asombrarían de una desobediencia tan completa. Los primeros pastores no han escalado

(\*) Téngase presente que hoy es Beato. — N. del T.

sus púlpitos para anunciar a sus diócesis la Gran Noticia; los predicadores y misioneros de todas las fundaciones no se han prestado entusiastas a dar a conocer a los más ignorantes las amenazas y las promesas del Omnipotente. Muchos, con infernal malicia, han hecho exactamente lo contrario. Las palabras brotadas de esos Labios casi divinos que pronunciaron el FIAT de la Encarnación, esas palabras tan terribles y tan maternas, no han sido enseñadas en las escuelas, y los niños en la edad de los pastores no las han aprendido. Apenas vagamente sábase en casi todas partes que la Sallette existe, que la Santa Virgen allí se ha manifestado de una manera cualquiera, y que Ella ha dicho algo. Hasta hay algunas personas que saben que la profanación del domingo y la blasfemia han sido condenadas especialmente por Ella. Pero no hay mano ni memoria alguna donde se halle el *texto* de ese Discurso. En cuanto a los Secretos, ni hablar de ellos se quiere.

¡Y bien! Esto es espantoso. Jesucristo sufre que se le desprecie o se le ultraje. Nos hallamos exactamente en el vigésimo siglo de las bofetadas y de los salvazos que caen sin piedad, desde hace dos mil años sobre esa Faz infinitamente santa, constituyendo así lo que se denomina la Era cristiana. Pero que sea desdeñada su Madre, su llorosa Madre, ¡no tolerará!... ¡Aquella de quien la Iglesia canta que fué "concebida antes que las montañas y los abismos, y antes que el brotar de las fuentes" (1); esa "Ciudad mística plena de pueblo, sentada sola y llorando sin que nadie la consuele" (2); esa gemebunda "Paloma escondida en la cavidad de la piedra" (3); la Reina de los Cielos, llorando como una abandonada en ese pliegue de la roca, y sin fuerzas ya para sostenerse, a fuerza de dolor, después de haber sido tan fuerte en la otra Montaña!...

Sola, sobre esa piedra misteriosamente dispuesta, que hace evocar la otra Piedra sobre la cual se ha levantado la Iglesia; el Seno colmado de los instrumentos de tortura de Su Hijo, y llorando como no se había llorado en dos mil años: DESDE QUE YO SUFRO POR VOSOTROS QUE NO REPARÁIS EN ELLO, dice Ella.

Representéese uno esa Madre dolorosa, permaneciendo sentada en esa piedra, sollozando continuamente, y sin levantarse *nunca*, hasta el fin del mundo. Así podrá tenerse alguna idea de lo que

(1) Prov. VIII, 24, 25.

(2) Thren, I, 1, 2.

(3) Cant. II, 14.

subsiste eternamente bajo la Mirada de Aquel cuya Madre es Ella y para quien no hay cosa pasada ni futura. Trátase luego de medir el poder de ese perpetuo clamor de una tal Madre a un tal Hijo y, al mismo tiempo, la indignación absolutamente inexpresable de un Hijo semejante, contra los autores de las lágrimas de semejante Madre... Todo lo que puede decirse o escribirse al respecto, está exactamente por debajo de la nada...



## VI

### FRACASO DE DIOS. QUIEBRA APARENTE DE LA REDENCION. EL SUSPIRO MAS DOLOROSO DESPUES DEL *CONSUMMATUM*

¡He aquí, pues, adónde hemos llegado! Las Lágrimas de María y sus Palabras han estado tan perfectamente escondidas por espacio de sesenta años, que la Cristiandad las ignora. La espantosa Cólera de su Hijo no ha sido sospechada ni siquiera por los que comen su Cuerpo y beben su Sangre, y el mundo sigue su trayectoria. Sin embargo, múltiples y excepcionalmente unánimes profecías afirman que nuestra época es la designada para la saciedad de Dios, lo que entrañará el Diluvio de las Catástrofes. Entrever o simplemente adivinar esto, es suficiente como para hacer oscilar las cabezas y hasta los mundos.

La enormidad del caso necesitaría una potencia de visión propia de un arcángel. ¡Diecinueve siglos cumplidos de cristianismo, es como decir un centenar de generaciones regadas por la Sangre de Cristo! ¿Y con qué resultado? El vigésimo siglo puede preguntárselo con estupor. El optimismo feroz que supone el Evangelio anunciado desde entonces a todas las naciones no puede ser sostenido más que por la *buena prensa* o en las más bajas clases primarias, anteriores a las más elementales nociones de la geografía más rudimentaria. La verdad harto segura es que, de los mil cuatrocientos o mil quinientos millones de seres humanos que pueblan nuestro globo, un tercio, a lo sumo, conoce el nombre de Jesucristo, y el noventa por ciento de estos últimos, lo conoce en vano. En cuanto a la calidad del residuo es un bochorno infinitamente misterioso, un prodigio de dolor sólo comparable al incomprensible septenario de Dolores de la Compasión de María.

La realidad *aparente*, es el fracaso de Dios sobre la tierra, la derrota de la Redención. Los resultados visibles son tan espantosamente mezquinos, y tanto es lo que se acentúa esa insignificancia día a día, que uno se pregunta enloquecido si el Salvador no ha abdicado. "*Quæ utilitas in sanguine meo, dum descendo in corruptionem?*" ; He ahí la Agonía del Huerto, tal como la han visto los extáticos! ¡Ah! ¡Valía la pena sangrar y gemir tanto, soportar tantas bofetadas y salivazos, tantos azotes, y ser tan horrendamente crucificado! ¡Valía la pena ser Hijo de Dios y morir hijo del hombre para llegar, al cabo de diecinueve siglos hollados por todos los demonios, al catolicismo actual!

Yo sé que hubo santos, uno quizás entre cada diez millones de habitantes de la tierra, antaño principalmente, y parece que esto bastó a Dios, transitoriamente al menos; mas ¿cómo podría bastarnos y contentarnos a nosotros, que no vemos las causas? Se nos dice, —¡con qué rigor!— que todo lo que no esté en la Iglesia es perdido. Pero es que cada día nacen muchos más de cien mil hombres que *jamás* oirán hablar de la Iglesia ni de un Dios cualquiera, aun en el mundo tenido por cristiano y que se corrompe desde la cuna... Yo he vivido largos y dolorosos meses entre luteranos, en uno de los tres reinos escandinavos, y allí he visto que la imposibilidad de conocer la Verdad es cien veces más insuperable que entre los paganos. ¡Dios sabe, sin embargo, cuánto se pronuncia allí su terrible Nombre!

Después de esto, ¿qué decir de los idólatras innumerables, entre los que sería injusto no contar a los católicos tradicionales atrincherados en la seguridad incommovible de que son seleccionados, grano a grano, como un trigo de eucaristía, y de que la penitencia no es para ellos? Estos, sobre todo, son terribles. Los genuinos salvajes de Africa o de la Polinesia, los frutos humanos de la horrible cultura asiática, los polimorfos monstruosos de la intelectualidad más envilecida, de la razón más decadente, todos esos infelices poseen sus dioses de madera o de piedra, ídolos entre los cuales hay algunos tan demoníacos y sombríos, que una vez vistos ya no es posible reír ni llorar. Empero, si Jesús les fuera mostrado en su Cruz, la mayoría de estos idólatras se trocaría instantáneamente en abismos de humildad.

El ídolo de los católicos honorables a los que acabo de hacer referencia, es precisamente la misma Cruz, pero cargada por ellos sobre el corazón del Pobre. Si fuera menester que tuvieran que

llevarla a cuestras, los católicos renegarían de ella. Libres de ese peso, ellos la adoran y "el Sudor de Jesús cae a tierra en gotas de sangre"...

—*Non fecit taliter omni nationi.* Vos mismo lo habéis dicho, Señor. Nosotros constituimos la nación privilegiada, el rebaño escogido. Vos habéis muerto por nosotros, y sólo nos queda dejar hacer. Necesario ha sido que hubiera mártires y penitentes, en el pasado, para sentirnos en ese bienestar espiritual y material que es, probablemente, el espejo de los Angeles. ¿Qué otra cosa mejor podríamos hacer sino tener generosidad y mansedumbre para con nosotros mismos y disfrutar de vuestros dones, menospreciando como es conveniente las profecías o las amenazas desaprobadas por nuestros pastores?

Evidentemente Nuestra Señora de la Salette nada dice y nada tiene que decir a tales cristianos.

¿Será menester, pues, que la Madre de Dios se pasee en vano por las montañas? El Discurso de la Salette es el suspiro más doloroso que se haya oído desde el *Consummatum*. ¿Quién se atrevería a decir que la Virgen es "bienaventurada" viendo correr en vano la Sangre de su Hijo, por espacio de tantos siglos, y cuál sería el Serafín que delimitara ese tormento?

NEGATIVA UNIVERSAL DE LA PENITENCIA. "¡CONTEMPLA, MELANIA, LO QUE ELLOS HAN HECHO DE NUESTRO DESIERTO!... *RIDEBO ET SUBSANNABO.*"

"El suelo que pisas es tierra santa", le fué dicho a Moisés sobre el Horeb, "montaña de Dios". Esta Palabra la he hallado nuevamente en las paredes de la hostería de la Salette. Ciertamente, la cita está en su lugar, pero debería decirse todo su Texto: "*Solve calceamentum de pedibus tuis: Descázate.*"

Nadie más vendrá. Esta es la Penitencia real. No se trata solamente de los pies, ¡y de qué pies! Preciso es descalzarse el espíritu y el corazón. ¡Y he aquí que todos huyen! Los pretendidos misioneros, y tras ellos los actuales capellanes, lo han querido así. *Ne quid nimis!* Nada de excesos. Lejos de pedir demasiado, se han arreglado para no pedir nada, y el resultado ha superado las esperanzas.

"¡Amenazas en boca de María, tan buena y tan dulce! —decíame días pasados una joven madre—. ¡Amenazas contra niños débiles, inocentes y puros; y amenazas de muerte, de horrorosa muerte!... ¡No! ¡No!... María es madre, ella no ha podido pronunciarlas. Ella sólo sabe amar; la venganza no alienta en ella, y yo quemaría la página en que se ha osado atribuirle un lenguaje como éste: **Los niños menores de siete años serán presa de un estremecimiento, y morirán entre las manos de aquellos a cuyo cargo estén.** ¡Yo, creer en esa *Aparición!* —repetía, estrechando a su hijo contra el corazón—. ¡No! ¡No, pobrecillo! ¡Nunca será mía esa devoción que inspira espanto y no amor! (1)

(1) *Eco de la Santa Montaña*, por Mademoiselle des Brulais. Nantes. 1854.

Ese fué el azúcar agregado al vinagre y a la hiel del Gólgota, y el Océano de las Lágrimas de María perdió su amargura.

Efecto muy fácil. Bastaba descomponer el Mensaje, separando lo que es condicional de lo que no lo es, por ejemplo el Discurso público del Secreto confiado a Melania, para ser publicado doce años más tarde. Pero la separación es la muerte. En tanto que el Secreto no fué publicado, podía suponérselo conciliable con todos los sentimentalismos. Admitíase su existencia. Cuando fué conocido, se decidió suprimirlo, y como era el alma del Mensaje de la Salette, este Mensaje fué ultimado tan completamente como puede ser matado lo que es de Dios. ¿Cómo aceptar en el siglo XIX o en el XX — así fuese el de María — una especie de Apocalipsis precisa, una amplificación o descubrimiento del vigésimo cuarto capítulo de Isaías: *Eccce Dominus dissipabit terram?* Estas cosas no son permitidas ni siquiera a Dios, que ha cerrado su Evangelio — ¿no es así? — y que *no debe* agregar un ápice a las Revelaciones de que es depositaria la Iglesia. Esto sería muy superior a las almas, y los dos testigos de la Reina de los Mártires, los dos pastores, lo han aprendido a su costa.

“Este suelo que pisas es una tierra santa.” ¡Palabras obsesiones! ¿Cuáles debieron ser los sentimientos de Melania cuando retornó a la Salette, al cabo de tantas dolorosas peregrinaciones, a los 71 años de edad, el 19 de setiembre de 1902, en el quincuagésimo sexto aniversario de la Aparición?

Poco tiempo le restaba para sufrir, y esta doncella extraordinaria debió oír ciertas cosas que los hombres no escucharían.

Desde todos los puntos de su Montaña, más preciosa que el diamante, debió salir una voz para ella sola, una Voz infinitamente dulce y plañidera:

— ¡Contempla, Melania, lo que han hecho de nuestro desierto! Antes, ¿te acuerdas de ello?, sólo se oía el rumor de las majadas y el lamento de las aguas. Yo, la Madre de Dios, creada antes que las colinas y las fuentes, te aguardaba allí desde siempre. Esperaba también a tu compañerito Maximino, convertido desde hace veintisiete años en mi compañero de Paraíso. Pues vosotros, queridos hijos, erais para mí toda la familia humana. Yo os había escogido, y no a otros, para ser los albaceas de mi Testamento. Sola entre esos montes, en la proximidad del buen torrente, sentía caer gota a gota, sobre las naciones, la Sangre de mi Hijo. Yo te hice ver la inmensidad de esa pena que asombrará a los Santos por toda la Eter-

nidad. ¡Haber dado un Hijo tal por tan poco! ¡Si tú supieras!... Durante tantos siglos he visto desde aquí derrumbarse un gran número de imperios, muchos de los cuales decíanse cristianos y se pudrían en medio de lujuria y de sangre. Apenas si había un hombre en todas esas multitudes que tuviera algunas veces un impulso compasivo hacia su Salvador. De Oriente a Occidente es una muralla roja que oculta, más de mil años, la mitad del cielo. Las persecuciones, las guerras, la esclavitud, todos los azotes de la Concupiscencia y del Orgullo. ¡Y ese fué el tiempo de los Santos! Hoy es la época de los demonios tibios y lívidos, el tiempo de los cristianos afables que tienen una sinagoga en el espíritu y una “mortandad” en el corazón. Inclusive los hay dispuestos a derramar su sangre, pero firmemente resueltos a no aceptar la miseria y la ignominia. Esos son los *heroicos*, de los que pocos hay. Yo te digo que los más crueles verdugos de mi Hijo han sido siempre sus amigos, sus hermanos, sus miembros preciosos, y nadie mejor que los cristianos afrontó jamás a Dios. Tú lo has dicho muchas veces, Melania: hace cincuenta y seis años que no puedo ya retener el Brazo de mi Hijo. Lo he contenido, no obstante, porque soy la Mujer fuerte, pero *muy pronto cesaré de hacerlo*. Esto ya debe ser advertido. Tengo necesidad de ser dos veces fuerte, puesto que El confía en mí. Su Corazón, demasiado tierno, confía en el mío. El sabe que yo seré implacable: *“Maledictio matris eradicat fundamenta — In interitu, ridebo et subsannabo*. Estallaré en risa y me mofaré de vos cuando os halléis en las ansias de la muerte.” Estas Palabras se cumplirán exactamente. Irrisión por irrisión. Yo he hecho, en 1846, la última advertencia. Es la esperanza y la voluntad del Hijo de Dios *ser vengado por su Madre*.



## VIII

### EL SAGRADO CORAZON CORONADO DE ESPINAS. MARIA ES EL REINO DEL PADRE.

"Su Corazón es demasiado tierno". El mismo lo ha dicho. *Mitis Corde*. El exceso divino, como siempre. Diríase que no puede decidirse a castigar. Aun cuando María no estuviera allí, su Brazo estaría siempre en suspenso, ese su Brazo demoleedor. Una célebre visionaria ha dicho que San José tenía el corazón demasiado tierno para soportar la Pasión, y que por esa causa no fué testigo de ésta. El solo presentimiento del Viernes Santo bastaba para hacerlo morir de compasión. Algo así es lo que debe existir inefablemente en Dios. Era menester la entereza de María en el holocausto, y ella será indispensable en el castigo, puesto que la Víctima, tan poderosa para el Amor, parece impotente para la Justicia.

Difícil es decir cuánto humillan y destronan a María los sentimentalismos devotos. Las piadosas cristianas quieren una Reina coronada de rosas, no de espinas. Bajo esta diadema, ella inspiraría miedo y horror, lo que se acomodaría más al género de belleza que sus miserables imaginaciones le suponen. Empero, la Liturgia sublime, que ellas ignoran, quiere expresamente que el Salvador haya sido coronado por su Madre <sup>(1)</sup>, ¿y de dónde, pues, sino de su propia cabeza habría Ella podido tomar esa diadema? ¿Es que no correspondía a Jesucristo la más suntuosa de todas las coronas? ¿Y qué otra sino la de la Reina-Madre hubiera sido digna del Rey su Hijo?

Pero yo he hablado del Corazón, de ese Corazón "tierno y humilde" que está en los altares y que todos los corazones adoran.

(1) *Missa Spinea Corona. D. N. J. C. Introitus.*

Esta es la devoción de los Últimos Tiempos, sean éstos años o milenios. Jesús quiere triunfar por su Corazón, *por su Corazón coronado de espinas*. Porque hay aquí un misterio. Diríase que la Faz del Señor que arrobaba a los Santos, ha desaparecido a medida que se mostraba su Corazón. Entonces, el signo de su Realeza, el signo esencial que tiene de su Madre, bien necesario ha sido que descendiera sobre su Corazón, y como ésta era una corona cerrada, que luce encima la Cruz, tal como conviene a los Emperadores, la Cruz ha descendido al mismo tiempo, plantada para siempre en ese Corazón devorante y devorado, que "poseerá toda la Tierra, porque es infinitamente dulce".

Tal esa imagen que ha sido forzoso ofrecer a la piedad de los fieles, imagen de aspecto infantil, la única tolerable, pues que no quiere ser sino simbólica. Las horribles estatuas que representan un Jesús glorioso y plástico, "en manto de brocado purpúreo, entreabriendo con celestial modestia su seno y mostrando con el extremo de sus dedos, a una salesiana enharinada de éxtasis, un enorme corazón de oro, almenado de llamas" <sup>(2)</sup>; esas profanadoras y bochornosas efigies deben, en cierto modo, aplazar la Comunión de los Santos, la Remisión de los pecados, la Resurrección de la carne, la Vida perdurable...

Por mucho que se quiera buscar, la representación del Corazón sacratísimo no es posible más que en escudos o en sello. Fué revelado a Margarita María que Jesús quería su Corazón sobre los estandartes de Francia, y *abismado* entre flores de lis. Luis, llamado el Grande, despreció ese deseo divino que no pudo ser satisfecho hasta dos siglos después, en la oscuridad más profunda, cuando, vacante a su vez el trono, y cerrados todos los teatros de la gloria francesa, presentóse un príncipe pobre... <sup>(3)</sup>

Para las inteligencias verdaderamente teológicas, la devoción moderna al Corazón de Jesús es la más fuerte prueba de que María debe realizarlo todo, y que ha sonado la hora. Cuando los cristianos dicen la tan misteriosa y tan incomprensible Oración Dominical, cuán poco saben o adivinan que el *Adveniat Regnum tuum* proclama a esta Madre con una precisión absoluta, y la llama tan vivamente, que esas tres palabras han terminado por hacerla descender bañada en llanto. *Ella es el Reinado del Padre.*

¡Ah, cómo nos pide que la escuchemos! *Attendite et videte si*

(2) LEÓN BLOY: *El Desesperado*, cap. XLVI. Ed. "Mundo Moderno".

(3) LEÓN BLOY: *El Hijo de Luis XVI*.

*est dolor sicut dolor meus.* Bien sabe Ella que todo está perdido si no se la escucha. Se la ha esperado diecinueve siglos. Se la ha llamado en todos los países y en todos los idiomas, de día y de noche, por millones de bocas. Apóstoles, mártires, confesores, vírgenes, prostitutas, asesinos, ancianos al borde de la sepultura y criaturitas que sabían o no lo que decían le han suplicado que viniera, y Ella al fin ha venido, como una desdichada, reclamando el Séptimo Día, que le pertenece y que no se le quiere dar.

Ella no nombra expresamente el Corazón de Jesús, pero nombra el de Napoleón III, lo que es extraño y terrible. ¿Cómo se pretende que María pronuncie la palabra *corazón* sin que se produzca el Diluvio, la inmersión, el engullimiento de Ella misma y de todos los mundos en ese abismo de sangre y de fuego que es el Corazón de Cristo: "La fuente salida de la Casa del Señor para regar el torrente de espinas", tal como lo profetizaba Joel 600 años antes de la Pasión? (4)

Pero, ¡cuántas palabras, Dios mío! ¿No es Ella misma el Corazón de Cristo atravesado por la Lanza y desgarrado por las Espinas, donde se implanta la Cruz insensata?

Si esto no fuera de creer, ¿qué podría, pues, creerse? Hay un punto que no admite discusión: pereceremos por no haberla escuchado.

(4) Joel III, 18. *Joel planus in principiis, in fine obscurior*, ha dicho San Jerónimo hablando a hombres que no podían conocer el Sagrado Corazón.

VOS NO IGNORAIS, OH MI SEÑORA DE TRANSFIXION,  
QUE YO NO SE COMO EMPLEARME...

"Bendeciré las casas donde la imagen de mi Corazón sea expuesta y honrada." Tal es la promesa. ¡Sea, pues, bendito este libro donde encierro mi pensamiento, libro pleno del deseo de honrar a María dolorosa!

—Vos no ignoráis, oh mi Señora de Transfixión, que yo no sé cómo consagrarme a ello, y que tengo necesidad de ser ayudado para hablar de Vos convenientemente. Vos sabéis, oh Corazón lacerado de Emperatriz de todos los mundos, que yo quisiera acrecentar Vuestra Gloria, ensanchando el pensamiento de algunos de mis hermanos. Pero la empresa es superior a mi capacidad, y pareceme que nada tengo que decir.

Muy pronto hará treinta años que tuve la audacia de concebir este pensamiento. Aquel de Vuestros amigos que me enviasteis entonces, ya no tiene voz para instruirme. El aguarda la Resurrección en Vuestro pequeño cementerio de la Montaña. Pero Vos me habéis perseguido sin tregua, forzándome a hablar de la Salette, a pesar de todo, en otros libros que no os estaban exclusivamente dedicados, y finalmente, condujisteis de Vuestra mano, a mi pobre caverna, a uno de Vuestros hijos más dulces, a un sabio humildísimo que me dijo de Vuestra parte que, no teniendo naturalmente mucho tiempo de vida por delante, de grado o por fuerza yo debía poner manos a la obra.

Entonces, Soberana mía, lo indispensable es que lo hagáis todo, pues grande es mi impotencia, amén de tener el espíritu ofuscado por muchas cosas que no son santas. En el silencio universal, o poco menos, considerad que Vos me hacéis un deber de

vociferar contra la injusticia enorme, jamás igualada, de todo el pueblo cristiano despreciador de Vuestras Lágrimas y depositario infiel de Vuestras advertencias más preciosas. Vos me dais la consigna de apalear como a perros <sup>(1)</sup> a los voraces pastores de Ezequiel, ocupados, en gran número, de apacentarse ellos mismos, y atentos disimuladores de Vuestra Revelación formidable.

¡Cuántas otras cosas más! Si yo callara, ¿quién reivindicaría a Vuestros testigos, a Vuestros pastores dilectos, a Vuestros mandatarios escogidos entre muchos millones y bochornosamente expulsados y calumniados por esos mismos pastores que los silenciaron tanto como les fué posible? Si yo me desaliento, ¿dónde está el cristiano que se atreva a decir que es exacto que Vos hayáis venido, hace sesenta años, para informarnos, llorando, de la inminencia del Diluvio, y que nadie ha querido creerlos? Vos erais, sin embargo, el Arca de salvación que ni siquiera tuvo que ser construída como antaño, y en la cual es cierto que más de ocho almas hubieran podido ser salvadas... <sup>(2)</sup>

Mirad, ahora, el pobre instrumento que soy. Víctima como Vos de la *conspiración del silencio*, desde hace veinte años tengo la boca de tal modo sellada, que sólo y apenas puedo comer. Únicamente me oyen aquellos que están junto a mí, corazón a corazón, por así decirlo.

Aun cuando Vos me dierais el lenguaje de un Jeremías, nada podría hacer mientras no acordarais también oídos a la multitud. Yo soy una legaña en el ojo de los contemporáneos. Los más viles enemigos de Dios se creen con derecho a despreciarme, y los amigos declarados del mismo Dios, son amigos de mis enemigos. Vos, que creasteis lo Absoluto a fin de que los hombres lo crucificaran, sabéis la razón. Pero yo podría ser un embajador acreditado si, seguidamente, tuviera el poder de cambiar las aguas en sangre, lo que os pido humildísimamente.

Yo obedeceré, pues, seguro de que lo que deba decir me será puesto en los labios, esperando de Vos, oh María, yo no sé qué fuerza milagrosa, y colmado, para el resto de mis días, de esa honra abrumadora.

(1) *Videte canes, videte malos operarios...* Felipe III, 2.

(2) I Petr. III, 20.

### NAPOLEON III DECLARA LA GUERRA A MELANIA.

*Que él (Pío IX) desconfíe de Napoleón: su corazón es doble, y cuando quiere ser a la vez Papa y Emperador, Dios no tardará en apartarse de él. El es el águila que queriendo subir más y más, caerá sobre la espada de la que quería servirse para obligar a los pueblos a hacerse elevar <sup>(1)</sup>.*

Tal es el octavo párrafo del Secreto de Melania, confiado por la Madre de Dios a esta pastora, el 19 de setiembre de 1846, con la consigna de publicarlo doce años más tarde. Entretanto, ese Secreto escrito por mano de Melania, a indicación de su obispo, para ser comunicado únicamente al Papa, fué llevado a Roma en 1851 por dos sacerdotes venerables que lo confiaron, sellado y lacrado, al Soberano Pontífice, al mismo tiempo que el de Maximino, ignorado hasta el presente.

Conviene hacer observar, ante todo, que en 1846 el futuro Napoleón III, en el que nadie pensaba, hallábase encerrado en el fuerte de Ham, condenado a prisión perpetua. Aun en 1851, el Golpe de Estado y el Segundo Imperio estaban todavía entre los hechos que sólo pertenecen a las profecías. Vale la pena señalar un caso bien concluyente.

¿Pío IX habló? Uno se ve obligado a creer que, de un modo u otro algo trascendió, puesto que Luis Napoleón, ya emperador "por la gracia de Dios y de la voluntad nacional", se apresuró a declarar la guerra a Melania. Este fué uno de sus primeros actos, y ciertamente uno de los menos conocidos.

(1) Las cuatro últimas palabras dan idea de una construcción defectuosa y ambigua. Razón de más, al parecer, para respetarlas.

El venerado Monseñor de Bruillard, obispo de Grenoble, que había proclamado el Milagro poco antes del Golpe de Estado, pidió a Napoleón, en noviembre de 1852, le nombrara un coadjutor, invocando su avanzada edad y sus achaques. El presidente decenal, que tenía necesidad de un doméstico, nególe un coadjutor, exigiendo su dimisión, lisa y llanamente, a fin de poder ubicar en su lugar, en la sede de Grenoble, a un prelado incondicional que no creyera en la Salette y enterrara el milagro. De esta manera, el sucesor de San Hugo fué el abate Ginoulhiac, de Montpellier, vicario general del arzobispado de Aix, ex profesor de teología galicana.

"Muchos creyentes, dice Amadeo Nicola (2), alarmáronse al saber quién era el nuevo obispo. Pero la Santa Virgen había elegido a un prelado dotado de mucha habilidad, perspicacia y prudencia, y que, conociendo el discurso público e ignorando los Secretos que eran el terror de Napoleón, podía conservar mejor la devoción y el santuario y tranquilizar al jefe del Estado, afirmándole, con toda buena fe, que en las partes ocultas del Mensaje no se trataba de él ni de su trono. La Providencia no prodiga los milagros. Lo más frecuente es que ella se sirva, para la consecución de sus fines, de los hombres más mediocres, de su carácter, de su manera de ser, de sus cualidades y hasta de sus defectos. Nosotros creemos que sin la elevación a la sede de Grenoble de Monseñor Ginoulhiac, que por otra parte era galicano, y que por serlo resultaba grato al Imperio, y sin una intervención divina, la Salette hubiera sido perseguida y acosada por el Emperador. Esa elección ha tenido muchos inconvenientes; de ella ha resultado para los dos testigos muchas penas y sufrimientos inmerecidos, cierto es; pero se ha salvado lo principal, vale decir, la devoción, la peregrinación, el santuario y la montaña."

No obstante, el nuevo obispo no tardó en hallarse frente a extremas dificultades. Los Secretos, el de Melania principalmente, que se decían tan amenazadores y que él no conocía todavía, eran como una espina en su garganta cuando tenía que hablar a su emperador de los cormoranes. "Pero, afortunadamente, dice en su Instrucción pastoral del 4 de noviembre de 1854, nos hallamos bajo un gobierno bastante seguro de sí mismo como para no temblar

(2) *Defensa y explicación del Secreto de Melania de la Salette.* Nîmes, 1881.

ante pretendidas confidencias proféticas hechas a un niño... (3)" Napoleón III, inquieto, quiso cerrar el santuario, y fué menester la intervención de Jules Favre, muy temido entonces, el cual manifestó la intención de llevar el asunto al poder legislativo por una interpelación, para que el gobierno renunciara a perseguir a la Salette. En cuanto a Ginoulhiac, harto de tantas emociones, inquieto de sentir vacilar en su mano el precioso cayado, decidióse a terminar con las causas, haciendo desaparecer los testigos de Maria, los "dos niños ignorantes y groseros", los "ruines instrumentos" que tanto daban que hacer a Su Grandeza. Lo más seguro hubiera sido matarlos, pero había demasiados ojos abiertos. Era necesario un *expediente* no menos episcopal que el de Caifás. La temible Melania fué desterrada a Inglaterra, a fines de setiembre de 1854, abuso de autoridad, iniquidad suprema que no se omitió presentar como un favor insigne solicitado por la propia víctima, enternecedor efecto de una bondad pastoral rayana en debilidad.

Al año siguiente, el terrible obispo no vaciló en afirmar, sobre la misma Montaña, que "la misión de los niños estaba *terminada* con la remisión de sus Secretos al Papa, que *nada* los ligaba ya al Milagro; que sus actos y sus palabras, desde el 18 de julio de 1851, eran completamente *indiferentes*; que podían alejarse, marchar por el mundo, *hacerse infieles* a una grande gracia recibida, sin que ello alterara el hecho de la Aparición". Tratábase, cualquiera fuese el precio, de desmonetizar a los dos Testigos.

(3) "Vivimos bajo un príncipe enemigo del fraude", había ya dicho Molière.



## XI

### VIDA ERRANTE DE LA PASTORA. EL CARDENAL PERRAUD, SUCESOR DE TALLEYRAND, LA DESPOJA.

“¿Por qué estás triste, alma mía, y por qué me atormentas?”  
¡Fué, sin embargo, necesario que el triste obispo articulara esa interrogación litúrgica, antes de subir al altar, a la mañana siguiente, y todas las otras mañanas, hasta el fin de su vida! Y cuando llegó la hora de la muerte, la hora terrible o apacible de la *recomendación del alma*, no le fué posible siquiera *pensar*, con los asistentes de su agonía, las rituales palabras que abren la bienaventurada puerta: *Viam mandatorum tuorum cucurri*. El no lo pudo, pues habiendo dicho a la santa niña: “¡Sois una loca!”, justo era que, a su vez, muriera él privado de la razón.

Algún día, para asombro y espanto de muchos, será publicada una monografía de los castigos infligidos a los perseguidores o blasfemadores eclesiásticos de la Salette. La lista de ellos ya es larga.

Melania no debía conocer ya el reposo. Al cabo de seis años de permanencia en el Carmelo de Darlington, retorna a Francia y llega a Marsella el 28 de setiembre de 1860 <sup>(1)</sup>. En Marsella, entra en una comunidad religiosa para enseñar las primeras letras a los

(1) Ella fué allí *relevada* de los votos *no solemnes* que había hecho en febrero de 1856, en el Carmelo de Inglaterra. Por manifestación de Pío IX, en efecto, la misión que la Santa Virgen le había confiado en la Salette, prohibiéndole enclaustrarse. Incluso muy pronto vino de Roma, consultada a su respecto esta otra respuesta: “*Ocultadla tanto como os sea posible*”. Esto era por temor al *carbonario* coronado, el hombre de “corazón doble”, denunciado como tal por la Santa Virgen misma a su confidente, con orden

párvulos. Es enviada a las islas jónicas Cefalonia y Corfú, en 1861 y 1862. Retorna a Marsella en 1862, donde queda hasta 1867 en una propiedad rural, bajo la dirección de Monseñor Petagna, obispo de Castellamare, proscrito de su diócesis por la invasión piamentesa y que pasó los años de su exilio en Marsella. Parte para Italia en julio de 1867, para Castellamare, no lejos de Nápoles, donde estuvo 18 años, siempre bajo la dirección de Mons. Petagna, reintegrado a su diócesis en ese mismo año, hasta la muerte de ese digno y piadoso obispo, y aun después. Hacia 1885 regresa a Francia, con permiso especial de León XIII, para asistir a su madre enferma, en Cannes y en el Cannet, hasta la muerte de ésta; luego, estaba en Marsella desde 1890 a 1892. Vuelve a Italia, fijándose esta vez en Galatina, entre Lecce y Otranto, para quedar allí algunos años, de 1892 a 1897, cerca de un viejo director, Mons. Zola. Viaja a Francia en 1895, en ocasión de un proceso resonante y escandaloso, ganado contra ella, como era natural, por el Cardenal-obispo de Autun, Mons. Perraud, sucesor del extinto Talleyrand, e inclusive académico, que hizo a la pastora el honor de despojarla, en beneficio de su mesa episcopal, de un importante legado con que la favorecieran los Apóstoles de los Últimos Tiempos. En ese legado figuraba una capilla pública cuya interdicción dispuso el Cardenal <sup>(2)</sup>. Con tal motivo hubo una recrudescencia de calumnias, un diluvio de inmundicias. ¡Libertinaje, herejía, estafa, locura, posesión! Tales fueron las amenidades de la *buena prensa*. Del 14 de setiembre de 1897 al 2 de octubre de 1898, en Mesina, en el Instituto de las *Hijas* llamadas *del divino Cielo del Corazón de Jesús*, para dirigir a las jóvenes aspirantes durante el año del noviciado. De allí, a Moncalieri. Luego, nueva y última entrada en Francia, donde pasó cinco años, de 1899 a 1904, en Saint-Pourçain, Diou, Cusset (Allier) Argœuvres (Somme). En dos oportunidades se traslada a la Salette: el 18 de setiembre de 1902, para pasar en la Montaña el 56º aniversario de la Aparición, y por última vez, el 28 de julio de 1903. Había recibido el sacra-

expresa de decir a Pío IX: “Que desconfíe de Napoleón”, cosa que ella hizo en la redacción de su secreto para el Santo Padre, secreto que fué remitido a Su Santidad el 18 de julio de 1851, como ya se ha dicho. El Emperador no podía soportar a Melania, sintiéndose desfavorablemente aludido en su *Menaje*. Al punto dióse curso a esta prudente advertencia.

(2) Los documentos relativos a este vergonzoso asunto fueron publicados en 1898, por el editor Chamuel, de París. *Melania, Pastora de la Salette, y el Cardenal Perraud*.

mento de la Extremaunción en Diou, el 26 de enero de 1903, durante una grave enfermedad que no tuvo consecuencias. En fin, a mediados de 1904 abandona definitivamente su patria para ir a fijarse en la provincia de Bari, en Italia, donde hasta su muerte, acaecida en mitad de diciembre, vivió de incógnito, sólo conocida de su nuevo obispo, Mons. Cecchini, y de una piadosa señora Giannuzzi. Su última comunión, el 14 de diciembre, en la catedral de Altamura, es su supremo Viático.

Interpretado de la manera más baja y más odiosa, ese continuo errar, esa migración incesante provocada por una hostilidad despiadada —favorable, por otra parte, al cumplimiento de su misión— volviéndose contra ella, que fué tachada de vagancia, en la peor acepción del vocablo. Pocas santas han sido tan calumniadas.

"Yo moriré en Italia", dijo en Diou, menos de dos años antes de su muerte, "en un suelo que no conozco, donde no conozco a nadie, región casi salvaje, pero donde se ama al buen Dios; yo estaré sola, y una hermosa mañana se verá mis ventanas cerradas, se derribará la puerta, y se me encontrará muerta". Esta profecía se ha realizado completa y literalmente (3).

La extraordinaria belleza de esa vida fué ocultada durante más de sesenta años, con un arte verdaderamente diabólico, y la preciosísima muerte no fué conocida. En esa época, por otra parte, ¿quién pensaba en la Pastora? Apenas se la nombraba en la Montaña, deplorando que se hubiera descarriado. Inmolación irreprochable. Maximino, muerto en 1875, había sido deshonrado también,

(3) Melania vivía en Altamura, "detrás de las paredes" de una casita. Allí estaba sola, desde hacía poco tiempo; y, único en su diócesis, Mons. Cecchini sabía que ella era la santa cuya guarda habíasele confiado. Todas las mañanas se trasladaba a la catedral, asistía al Santo Sacrificio, comulgaba, y luego iba al obispado a tomar un poco de café sin pan, retirándose después a su soledad. Este era todo su alimento en el día. Alrededor del mediodía, Monseñor, que todavía había tenido ocasión de *sorprender* ese don de vivir casi sin comer, hacíale llevar por un familiar del obispado su comida, que ella daba luego a los pobres. El 15 de diciembre, no viéndola en la catedral, sintióse intranquilo y envió en busca de noticias. Cerrados estaban sus postigos, y no habiéndose obtenido respuesta, decidióse prevenir a las autoridades civiles. Abierta que fué la puerta, hallóse a la doncella, en el suelo muerta. Estaba enteramente vestida con sus ropas dispuestas con modestia; sus brazos en cruz prestaban apoyo a su frente. No hubo más que depositarla religiosamente en el ataúd... Seis meses después de la muerte de Melania, Mons. Cecchini hizo abrir su sepultura, hallando intacto su santo cuerpo.

muy deliberada y concienzudamente. Feliz liberación del uno y de la otra.

La leyenda, sólidamente establecida desde entonces, de la deplorable indignidad de los testigos, volvía, en suma, a la Gloria de Dios, cuya práctica corriente es extraer bien del mal y servirse de los instrumentos más despreciables. La elocuencia de los seminaristas podía tomar vuelo. La inverificable mentira era adoptada por todos los cristianos, sacerdotes o laicos, irreparablemente engañados. El Secreto habíase transformado en una pesadilla peli-grosa o ridícula, ¡y por una vez, la vieja Serpiente triunfaba del Pie Virginal!...

Sin embargo, *Deus non irridetur*, de Dios no es posible burlarse. Melania había muerto la mañana de la Octava de la Inmaculada Concepción y, la víspera, ese año, en diversas diócesis se había celebrado la *Manifestación* de la Medalla milagrosa, fiesta trasladada del 27 de noviembre. Evocación litúrgica del Dragón persiguiendo en vano a la Mujer con alas de águila que huía delante de él, en el desierto; ¿y, para qué otra, sino para esta moribunda abandonada, la Iglesia habría cantado las fatídicas palabras: "POSUIT IN EA VERBA SIGNORUM SUORUM ET PRODIGIORUM SUORUM IN TERRA"? (4).

Tres años han transcurrido. La Mensajera enterrada no recorrer ya el mundo. Está inmóvil e incorrupta en una tumba que los pueblos visitarán un día. Pero la profecía que ella trajo prosigue su curso como un río cada vez más majestuoso, cada vez más terrible. Ya se le oye mugir, y los más impávidos comienzan a sentir miedo ante su deslizamiento.

(4) *Manifestatio Immaculate V. M. a Sacro Numismate, Graduale, MISSALE ROMANUM.*



## LOS SACERDOTES Y EL SECRETO DE MELANIA.

Si sólo se hubiera tratado de Napoleón III, la conspiración del silencio no le habría sobrevivido treinta y seis años. Dada la asombrosa debilidad humana, que transforma en rutina el resentimiento de los agravios más olvidados, todo cuanto podía, antes de la catástrofe de 1870, seguir oponiéndose a la Salette y a sus Testigos estaría ya gastado, y la sola energía de la savia católica hubiera ido demoliendo cada primavera más y más la muralla. Pero había esto que no se confesaba, que se juzgaba intolérable y que a ningún precio se admitía:

*Los sacerdotes, ministros de mi Hijo, los sacerdotes, por su mala vida, por sus irreverencias y por su impiedad en celebrar los Santos Misterios, por su amor al dinero, a los honores y a los placeres, se han convertido en CLOACAS DE IMPUREZA. Si, los sacerdotes hacen clamar venganza, y la venganza pende sobre sus cabezas. ¡Maldición a los sacerdotes y las personas consagradas a Dios, que por sus infidelidades y por su mala vida crucifican nuevamente a mi Hijo! Los pecados de las personas consagradas a Dios, claman al Cielo y llaman la venganza, y he aquí que ésta se halla a sus puertas, pues nadie hay para impetrar misericordia y perdón para el pueblo: NO HAY YA ALMAS GENEROSAS, no hay ya nadie digno de ofrecer la Víctima inmaculada al Eterno, en favor del mundo* (1).

*"Nolite tangere Christos meos. . . Qui vos audit, me audit et qui vos spernit, me spernit."* Vos lo oís, ¡oh Madre del Verbo! Es

(1) Secreto de Melania, 2º párrafo: "Lo que hay de notable, hacía observar Amadeo Nicola hace treinta años, es que ninguna comunidad religiosa de mujeres ha protestado. Solamente han reaccionado los sacerdotes seculares o regulares."

a Vos a quien esto hace alusión. Vos habéis osado atacar al clero. Podría pensarse que tenéis ese derecho, siendo su Reina, *Regina cleri*; pero esto es nada y he aquí vuestro castigo: Nos decidimos que Vos habréis hablado en vano.

"Ellos no quieren hacer su examen de conciencia", decía Melania. *Tu es ille vir, tu fecisti hanc rem abscondite!*", dice el Espíritu Santo. *¡Tú eres el culpable!*, dice la conciencia. Sea cual fuere el crimen perpetrado. en un lugar cualquiera del mundo, esta palabra debe ser justa y rigurosamente aplicada a cada uno de nosotros. Así lo han entendido siempre los santos. Y puesto que los sacerdotes están más cerca de Dios, y por ende son más responsables, es natural que sean ellos los primeros en sentir sus efectos.

"¡Vosotros sois la luz del mundo!", les ha dicho el Señor. Nunca habrá una afirmación más exacta. Pero es sabido que la más débil llama terrestre, expuesta al sol, proyecta una sombra. De igual modo, si la Luz de Dios se manifestara tras la luz del mundo, en ese instante esta última proyectaría una sombra negra, fuliginosa, de la más impenetrable opacidad. Tal debe ser la sensación de un humilde sacerdote que hace su *examen de conciencia*. ¿Cómo, entonces, podría turbarse o asombrarse de la energía de ciertas palabras?

Y de esto precisamente se trata, por otra parte. La Palabra de Dios es, por esencia, irrefragable, indiscutible, irrefragable, definitiva. Se está obligado a recibirla integralmente, o a declararse apóstata. Ahora bien: la palabra de María es Palabra de Dios, tanto en la Salette como en el Evangelio. Si ella dice que somos "perros", es que ha hablado la Sapiencia eterna. Si le parece oportuno agregar que los sacerdotes son "cloacas de impureza", nada hay mejor que creer que esto es así, con humildísimas acciones de gracia por el beneficio de una tan preciosa revelación, y sin pensar, así fuera sólo un instante, en hacer sofisticadas *distinciones*. Esa palabra sabe lo que dice, lo sabe infinitamente, en tanto que nosotros no sabemos ni siquiera qué es lo que pensamos.

Se ha hablado de "expresiones hiperbólicas", se ha querido salvar el Secreto, explicando que la palabra *cloaca* no tenía un sentido absoluto, como si Dios no hablara siempre **ABSOLUTAMENTE**. Infidelidad, mala vida, irreverencia, impiedad, amor al dinero, a los honores y a los placeres. En suma, cloaca de impureza. ¿Qué pensar de un sacerdote que dijera: "Esto no es para mí"? San Francisco de Sales, San Felipe de Neri, San Vicente de Paul, el cura de

Ars y cincuenta mil otros, sin remontarnos a los Mártires, hubiesen dicho llorando: "¡Ah, qué cierto es todo esto! ¡Cuánto me conoce nuestra Soberana, y qué inútil es mi hipocresía de todos los instantes!" Pero, he ahí que ya no hay más almas generosas. La rigurosa verdad que jamás discutirá un hombre resuelto a dar su vida por Dios es que todo sacerdote que no tienda a la Santidad, es realmente rigurosa, absolutamente, un Judas y una inmundicia.

Acabo de citar dos Textos, el primero, correspondiente al salmo 104: "*Nolite tangere...* No toquéis a mis ungidos", para hacer ver cuánto bueno puede tomarse de ello. La otra mitad del mismo versículo parece una fulminante respuesta de María: "... *et in prophetis meis nolite malignari*: y no maltratéis a mis profetas". Entre los perseguidores de Melania y de Maximino, aquellos que no habían "recibido sus almas enteramente en vano", debieron temblar algunas veces al leer estas palabras en sus breviarios. En lo que respecta al Oráculo evangélico: "El que os escucha me escucha", etc., ¿acaso no se advierte que ello cuadra superiormente a Nuestra Señora de la Salette? "Haced todo cuanto él os diga", había dicho en las bodas de Caná la Madre de Jesús. "El que Te escucha. Me escucha, y el que Te desprecia, Me desprecia", le responda su Hijo, diecinueve siglos más tarde, viéndola llorar en una montaña.



## INMENSA DIGNIDAD DE MARIA.

LA INCOMPRESIÓN del Caso de la Salette es una consecuencia natural de la incomprensión o de la ignorancia de los Privilegios —infinitamente inexplicables, por otra parte— de María. Sin hablar más de su Inmaculada Concepción, que es un misterio terrible, es de observar que en Lourdes Ella no dice: "Yo soy concebida sin pecado", sino: "*Yo soy la Inmaculada Concepción*". Es como si una montaña dijera: "Yo soy la Celsitud". María es la única que tiene el derecho de hablar de Ella misma *absolutamente*, como Jesús habla de El mismo cuando dice: "Yo soy la Luz, la Verdad, la Vida". El "Ropaje de Sol", mencionado en el Apocalipsis, es su ropaje de Absoluto. Ella está tan cerca de Dios y tan lejos de las otras criaturas, que se requiere un esfuerzo de la Razón para no confundir. Hasta me atreví a decir, a riesgo de confundirme yo mismo, que cuanto más crecen la Razón y la Fe, más crece la Madre de Dios, y que uno se hace cada vez menos capaz de delimitarla, de *distinguir*la.

¡Ah, yo sé cuán miserables son estas palabras! Pero al menos tienen el mérito de ser adecuadas a la miseria del pensamiento. Un ángel mismo, si uno pudiera oír su latín sin quedar fulminado de amor a la primera sílaba, ¿cómo podría explicarnos que puede concebirse a María sin concebir la Trinidad misma, y todavía discernirla un poco en el resplandor de la gran Tiniebla?

En la Salette, Ella habla *en primera persona*, como sólo Dios puede hablar. Mucho se ha observado esto. Para sostener los muros de la Iglesia, próximos a ser derribados, sin duda, por efecto de ese lenguaje, gente muy poderosa se ha lanzado a explicar —¡pero qué débilmente!— que todos los profetas canónicos se han ex-

presado así, y que en este encuentro, su Reina admirable no es, como estos, sino un portavoz, *nada más*. Nadie se ha preocupado de preguntar cómo la Madre de Dios habría podido expresarse de otra manera. En el Discurso público siempre está el Nombre de su Hijo acompañando los reproches y las amenazas. Así nos hace ver que Ella habla, ante todo y únicamente, en carácter de Madre de Dios, de Soberana absoluta, al extremo que ese Hijo, que es el Creador de ella misma, parece depender completamente de su permiso. Tratar de reemplazar la Primera Persona por la Tercera, de leer, por ejemplo: "*Dios* os ha dado seis días para trabajar, El se ha reservado el séptimo y no se *le* quiere acordar." De inmediato, es la parénesis de un predicador cualquiera, y lo que hace el carácter preciso de ese célebre Discurso que ha asombrado tantas almas, la Autoridad suprema, desaparece.

Se sobreentiende que María, aunque Madre de Dios, no es Dios. Sin embargo, nada puede expresar su dignidad. Teológicamente es tan imposible adorarla como exagerar el culto de honor que le pertenece. La gloria de María y su excelencia ecuménica desafían a la Hipérbole. Ella es ese fuego de Salomón que nunca dice: "¡basta ya!" Es el Paraíso terrenal y la Jerusalem celestial. Es Aquella a la que Dios todo ha dado. Si pensáis en su Belleza, ridículo sería decir que es la Belleza misma, pues Ella sobrepasa infinitamente esa alabanza. Si queréis exaltar su Fuerza y su Poder, nada os resultará mejor que reconocer que Ella es, en verdad, la última de las criaturas, porque ha podido operar ese inimaginable prodigio de humillarse muy por debajo de todos los abismos posteriores a su concepción. Si deseáis morir, todos los moribundos de buena voluntad estarán en sus Brazos. Si queréis nacer, la Vía láctea brotará de sus Senos para nutrirnos. Aunque fueseis poeta, capaz, me atrevo a decir, de pasmar a la Pareja inocente bajo los plátanos del Paraíso, sólo os asemejaríais a un vendedor inescrupuloso de las sustancias más fétidas. Pareceríais un negrero si os propusierais —así fuese llorando y de rodillas— si solamente soñarais pronunciar una palabra sobre su Pureza, junto a la cual las gotitas de rocío suspendidas una mañana de estío, en el ópalo y la plata de las telarañas de los bosques, serían comparables al sudor de los condenados en el más bajo infierno.

*En vano suplicaréis, en vano haréis el bien; nunca podréis recompensar la pena que yo me he tomado por vosotros.*

La Iglesia militante seguirá subsistiendo diez mil años más, habrá centenares de concilios, cada uno de los cuales agregará una gema inestimable al joyel de esta Reina; pero nada de ello hará por su esplendor tanto como ese testimonio de Ella misma a Si misma, en el desierto, en presencia de dos pobrecillos niños.





#### XIV

### IDENTIDAD DEL DISCURSO PÚBLICO Y DEL SECRETO DE MELANIA. I. A QUEJA DE EVA.

La palabra de María, siempre idéntica a la Palabra del Espíritu Santo, que la Iglesia considera su Esposo y que la conmueve indeciblemente, está siempre, *por naturaleza*, en semejanzas o en parábolas. Ella es, sobre todo, *iterativa*, pues Dios dice siempre lo mismo, y no habla más que de El mismo, tal como lo he hecho observar en otra parte <sup>(1)</sup>.

Por consiguiente, era menester que el Secreto fuese idéntico al Discurso público, y en esto se manifiesta su origen común. Yo no me propongo interpretarlos. Con mayor o menor fortuna, otros lo han intentado. Pero, precisamente porque la Palabra divina es invariablemente asimilada o figurativa, las profecías no pueden ser verificadas en esta parte de la vida, puesto que su misma realización no es más que otra imagen del porvenir. En este, como en todos los sentidos, un profeta habla siempre. *Defunctus adhuc loquitur*.

Puede tenerse la certeza de que ciertas amenazas del Secreto de la Salette, tales como la caída de Napoleón III, muy visiblemente cumplidas, son también prefigurativas de algún otro gran castigo, que nadie puede adivinar. Inclusive me aventuraría a decir que no es ajena a esas amenazas la caída colosal del primer Napoleón, pues las profecías no pertenecen al tiempo, ni tampoco al espacio, y es una fiesta para el pensamiento sentir las palpar en medio de los tiempos, puesto que se irradian hacia *todas* las épocas y sobre todos los mundos.

(1) *La salvación por los judíos.*

En consecuencia, identidad necesaria del Discurso público y del Secreto. Cuando María dice a los Pastores: *¿No habéis visto el trigo deteriorado, hijos míos?*, al punto reproduce mi memoria todo el segundo párrafo, las quince líneas más arriba citadas, sobre los sacerdotes y las personas consagradas a Dios. La misma observación para las uvas que se pudren. Tal es la significación del Sacrificio que entrañan el Pan y el Vino.

*Las patatas han de seguir pudriéndose, y en Navidad habrán desaparecido.* Alguien me ha dicho: "Las patatas son los muertos, y Navidad es el advenimiento de Dios". Pero nunca, desde los grandes profetas hebreos, se había anunciado tantas matanzas, horribles flagelos, pestes y miseria; jamás, como en el Secreto, la imaginación fué llevada al espectáculo de la tierra engullendo tan prodigiosas multitudes.

Permitaseme citar aquí una carta ingenua y singularmente luminosa que me escribió el año pasado, una enamorada de Dios:

"He soñado que veía desfilar un inmenso gentío que me era desconocido. La multitud entraba y salía. Era un intenso vaivén. De pronto, una mujer atrajo mi atención; había algo en ella que me conmovió infinitamente. Habiéndose marchado todos, díjome estas extraordinarias palabras: "*Se me cree SIN PECADO*; yo quiero contar mi pasado". Entonces se puso a cantar o a hablar, pues sus palabras eran como un canto divino que me penetraba de dolor. *Esta era la queja de Eva*. Azorada, sumida en el dolor, despertéme preguntándome: —¿Dónde estoy? ¿Es la Salette, es Nuestra Señora de la Salette que me ha hablado, *es Eva que llora!* En seguida, el Discurso de la Salette recomenzó en mí, como fluyendo naturalmente. Yo recibía el sentido de las palabras, descifrándolas con facilidad, como si poseyera su clave... Poco es lo que queda en mi espíritu de todo esto, disipada mi lucidez, y sólo tengo el recuerdo de algo divino que ha ocurrido junto a mí... Con su brazo derecho. Eva clavó al Salvador: con su brazo izquierdo ella lo desclavará. "Mi pueblo", esto es, todo el género humano desde el génesis. Eva es quien habla, lanzando su mirada a través de las edades. *Es ella*, atormentada por las dos pesadas cadenas..."

¿Qué pensáis de este nuevo aspecto del Secreto de la Salette, de ese ensanchamiento sobrenatural de nuestro horizonte? *Mutans Evae nomen*. Es María quien nos habla y es Eva quien nos habla. Es la misma fuente de vida, el mismo manantial de lágrimas. De

ahí que su vestido, o la apariencia de él, sea tan extraordinariamente simbólico.

¡Oh, ese ropaje! ¡Y pensar en la tan absoluta incomprensión de un escritor célebre, que nuestros católicos han creído precioso porque había llegado a la Iglesia desde muy bajo, y que casi en seguida intentó deshonrar a la Salette, ridiculizando sus imágenes, cuyo simbolismo no percibía, después de haber escarnecido con sus adjetivos a la propia Montaña que lo había anonadado con su grandeza! Ese pobre hombre, que creía amar a María, ha muerto muy cruelmente pocos años más tarde, en cumplimiento, así lo temo, de la amenaza que entrañaba el Mandamiento terrible: *Honora Matrem ut sis longævus super terram.*

Casi es menester renunciar al sentido de las palabras cuando de tales temas se trata. Ya no es posible saber, por ejemplo, lo que es un vestido. El escultor que ha hecho los grupos de la Salette, no quiso ser más que el discípulo de los dos niños, y pienso que por esa causa su obra posee todo el valor que podía tener. Pero, ¿cómo traducir en el mármol o en el bronce, *un ropaje de profecías*, un manto o una túnica del Espíritu Santo? Pues esto es lo que bien pudieron ver los pastores con los ojos que por un instante les fueron prestados.

Ellos han dicho: "la Señora en llamas". ¿Lo habrían dicho mejor Bossuet o San Agustín? El fuego no se esculpe, y menos aún el fuego extraterreno. La faz de la dama y, pendiente de su cuello, el "manejo de mirra" de Salomón, el Crucificado viviente sobre su pecho, estaban como envueltos en un fuego esencial que no podrían igualar en intensidad todos los volcanes reunidos. Por lo tanto, silencio. El oro, el diamante, las piedras más preciosas, el mismo sol, parecieron simple lodo a esos niños.

PERSECUCION DE MONSEÑOR FAVA. CRIMINAL  
DESOBEDIENCIA E INFIDELIDAD DE LOS  
MISIONEROS.

La no existencia, al cabo de sesenta años, de la Orden de los Apóstoles de los Ultimos Tiempos, es el efecto infinitamente deplorable de una desobediencia inaudita, no solamente a la Santa Virgen, que había exigido su institución, sino a León XIII, que ordenó formalmente a Monseñor Fava, obispo de Grenoble: "*adoptar la Regla dada por la Santísima Virgen a Melania, para hacerla observar por los Religiosos y las Religiosas que viven en la Montaña de la Salette*". Y Melania, recibida al día siguiente en audiencia privada, tuvo el consuelo de oír al Santo Padre decirlo muchas veces: "Trás a la Montaña con la Regla que te ha dado la Santísima Virgen. La harás observar por los Religiosos y las Religiosas". Esto ocurría el 3 de diciembre de 1878.

"¿Qué es lo que ha pasado para que nada se haya hecho?", escribía ella diecisiete años más tarde. —"Alguien que yo conozco, si se encontrara en su lecho de muerte, en esa hora suprema en que se da el adiós a todos los partidos, a todos los intereses terrenos, la hora en que los ojos no perciben sino un Juez escrutador de los corazones, podría decirnoslo, antes de tener la visión de ello en el otro mundo. También nos podría decir por qué no se ha dado cumplimiento a las órdenes del Santo Padre (1)."

(1) Ese alguien, hablando con precisión, no tuvo lecho de muerte. Una mañana fué hallado muerto sobre el piso de su habitación, como fué hallada Melania tiempo después; pero contrariamente a la santa criatura, desvestido, torcidos los brazos, crispados los puños, y en el rostro y los ojos expresando el terror de una visión horrible.

La constante hostilidad de Monseñor Fava, mucho más activa que la de Monseñor Ginoulhiac, aun cuando no fuera acicateado por ningún emperador, parece un caso de posesión diabólica. Este inconcebible prelado, siempre acompañado de su instrumento de iniquidad, el Padre Berthier, de los pretendidos Misioneros de la Salette, arrojaba nuevamente a Roma a su víctima, asombrando con su arrogancia a León XIII, que no supo anularlo, y sin retroceder siquiera ante la monstruosidad de intentar corromperla con *billetes de banco*, la enviaba hasta el fondo de Italia, donde ella había esperado hallar un refugio. —“Aquí tengo algunos billetes de cien francos *para vuestro pequeños caprichos*”—, habíase atrevido a decirle. Hasta el momento de su espantosa muerte, no dejó de obrar en contra de ella y de obstaculizar su misión por todos los medios imaginables.

El 3 de enero de 1880 ella había escrito: “... No es malicia que Mons. Fava no quiera compartir mis designios, que son enteramente opuestos a los suyos. Mis propósitos eran hacer de la Montaña de la Salette un nuevo calvario de expiación, de reparación, de inmolación, de plegaria y de penitencia para la salvación de mi amada Francia y del mundo entero. Yo deseaba que el lugar donde María Inmaculada derramó tantas lágrimas fuera un lugar santo, un modelo, donde se observara *rigurosamente* la Santa Ley de Dios, la *Ley del Domingo*, y que ni los Padres ni las Religiosas hicieran negocio alguno, *dejando a los seglares la preocupación de vender objetos de piedad* (2).”

Otra queja, el 8 de setiembre de 1895: “... ¡Qué triste, pues, es ver ese santo lugar habitado por *descreídos*! Desde el principio consolábame el pensar que esa Montaña, donde María había derramado su llanto, sería habitada un día por almas que fueran modelo de la exacta observancia de la ley de Dios, por almas humildes, caritativas, solícitas y abnegadas; que ese santo lugar transformarse en hogar de la *penitencia*, de la expiación y de la continua plegaria, por las necesidades de la Iglesia y la conversión de los pecadores... Me engañé; no les guardo rencor; ellos no han comprendido nada de la misericordiosa Aparición; ellos no tienen la vocación religiosa y apostólica; son miembros dislocados. ¡Que Dios los ilumine!”

La presencia de pretendidos Misioneros, radicados y prosperando allí por espacio de medio siglo, la crucificaba: “... Son los viejos misioneros —escribió el 19 de diciembre de 1903— que han des-

(2) *Nuestra Señora de la Salette y sus dos Elegidos*. Ciento sesenta cartas de Melania, París, Weibel, 9. calle Clovis.

truido la peregrinación; ellos son, ¡ay! los que han osado *arrancar la corona* de Nuestra Señora de la Salette (3); ellos son los que, en complicidad con Mons. Fava, se han negado, contra la orden del Papa, a aceptar la Regla de la Madre de Dios; ellos son los que han calumniado al tan bueno y humilde Maximino y le han negado un pedazo de pan...”

En 1902 habían preguntado a Melania en su sacristía “¿Qué va a suceder?” —“La Madona, respondió, va a *expulsaros*.” Ya había dicho Maximino, hablando de ellos poco antes de su muerte, acaecida el 1º de marzo de 1875: “Ellos bajarán de la Montaña para no volver a ascenderla”. Decididamente los dos Pastores estaban mejor informados que esos pretendidos religiosos, en lo que se refiere al futuro; más, por ejemplo que el P. Berthier, que decía: “Después de todo, nosotros somos propietarios de los lugares de la Aparición. Los hemos adquirido por transacción lícita, en buena y debida forma: *nadie puede desalojarnos*.” ¡Adorable barrido! “Lo que se haría en la misericordia —había dicho también Melania— se hará sobre ruinas.”

El dolor de esta profanación le fué un martirio. Su admirable correspondencia está impregnada de él, y puede decirse que ha muerto por esa tortura, al cabo de una existencia de mártir. No podía arrodillarse, hablar a Dios ni hablar a los hombres, sin que esa espina se clavara en su corazón. “Los que ahogan la verdad... Lo material ofusca su inteligencia... Estoy indignada contra el espíritu de mentira que anima a los Padres de la Salette... Ellos sienten el horror de ese Secreto que levanta un extremo del velo... ¡Religiosos desventurados por infieles! —lamentábase—. ¡Oh, cuántos de entre ellos comparecerán ante el terrible Tribunal de Dios con las manos y el corazón vacíos, y vacíos de buenas obras sus ojos, aunque colmados del deseo de los bienes terrenales! Roguemos, roguemos... Nuestra pobre Francia es muy desdichada, está muy enferma; pero los que más ofenden a la Majestad Divina no son aquellos que en nada creen: las personas que pertenecen al demonio, hacen las obras del demonio. Son las almas cristianas, las Antorchas de la Iglesia, la Sal de la tierra, que no cumplen ya su misión... *La divina María no ha hablado sin motivo*, ni para que *sus sabias advertencias sean*

(3) Expulsados de la Santa Montaña los antiguos Misioneros se llevaron la caja, los vasos sagrados cubiertos de pedrería, y hasta la *DIADEMA DE LA SANTA VIRGEN* (1) Fué menester recurrir al Papa para hacerles restituir esas riquezas de la Peregrinación.

*sepultadas*. . . Los pretextos que esgrimen ciertas personas para no creer en el Secreto, no son sino *acusaciones* que se vuelven contra ellas mismas. Para no cambiar de vida, es más fácil decir que no se cree en el Secreto, o bien, que éste se ha exagerado, que el mal no es tan grande, que la Santísima Virgen no ha podido quejarse de la Sal de la tierra, etc., etc. Tales razonamientos serían más propios de mí, ignorante como soy. Pero me parecen bochornosos en boca de personas que, aunque poco doctas, son piadosas. ¿Qué nos dicen la Sagrada Escritura, el Antiguo y el Nuevo Testamento? ¿Cómo se habla ahí del sacerdote? . . . ¿Quién ha pedido la crucifixión de nuestro dulce Salvador? . . . Las herejías ¿por quién han empezado? . . . En el 93 ¿quiénes fueron los primeros en adherir a la desaparición de la monarquía?, etc., etc. ¿Cuáles eran las personas que iban contra la Infalibilidad del Papa? . . . Y hoy, ¿quiénes son los que claman contra el Secreto de la Virgen María? . . . ¡La Sal de la tierra! . . . (4)".

(4) *Nuestra Señora de la Salette y sus dos Elegidos.*

## XVI

## DONES PROFETICOS DE MELANIA.

Después de lo que acaba de ser leído, fácil será comprender la exasperación de la multitud soberbia de los eclesiásticos, principalmente los honorables, aunque despreciadores de las exigencias de la Santidad o del Heroísmo.

No habría digresión en recordar aquí la admirable fórmula del filósofo Blanc de Saint-Bonnet: "El clero santo hace al pueblo virtuoso; el clero virtuoso hace al pueblo honesto; y el clero honesto hace al pueblo impio." ¿Acaso estamos todavía en el período del clero honesto? Eso, que pudo ser un interrogante en 1879, ¿por qué no habría de serlo hoy? Me parece que al cabo de tantas gracias y de tantos crímenes, el collar de la maldición debe ser infinitamente más suntuoso. ¿Por qué no habríamos de hallarnos en pleno diabolismo puro? Es muy cierto, de fácil y directa observación, que la sola mención, *no digo ya de la Salette*, sino del Secreto de Melania, o simplemente el nombre de Melania, basta en Francia para agitar los seminarios y las sacristías, para trastornar a un buen número de nuestros obispos. Plugo a María servirse de una pastorcilla para espantar a poderosos pastores, como si ésta hubiera sido un moloso delante de muy tímidos lobos. *Et ridebit. . . Et subsannabit.*

¿Es, pues, exacto que estamos maldecidos? Si sólo se tratara de una impostura más o menos fácil de demostrar, no habría lugar a tanto estruendo. Pero se ha probado hasta la saciedad, indiscutiblemente, por milagros de curas, de conversiones, de profecías, que

es la Madre de Dios, la Madre de la Verdad eterna la que ha hablado por su Boca, y esto es lo que no se puede soportar (1).

No bastaba hacer creer que esos pastores tan obstinados en sus testimonios y a los cuales no había medio de "sellar" los labios, eran almas perdidas, mil veces indignas de la gracia inaudita que habían recibido, y que su misión, luego del Discurso público, había terminado definitivamente; era menester, sobre todo, ocultar al mismo tiempo que sus virtudes, su don sobrehumano de *profecía*, lo que resultaba sumamente difícil.

En marzo de 1854 (téngase presente esta fecha) Melania anunciaba ya a los prusianos, designándolos por su nombre, y el incendio de París. Resumiendo el reinado de Napoleón III en tres palabras: *Hipocresía, Ingratitud y Traición*, el emperador era para ella "el hipócrita, el bribón, el ingrato, el miserable, el cínico, el traidor, el perseguidor de la Iglesia y del Papa, el que destronaba a Dios para coronar al diablo". No contenta con ese lenguaje, dedicábase a ciertos actos singularmente significativos. Sábese que en 1854 abandonó el convento de la Providencia, en Corenc, para ser enviada a Inglaterra; pero luego de su partida se advirtió que había grabado con una navaja, en la madera de su mesa, estas palabras: "PRUSIANOS 1870". Todavía en Corenc, la maestra de su clase le dió una vez un mapa de Francia para estudiar. La pobre niña rompió a llorar y *tachó de un trazo la Alsacia y la Lorena*. El 28 de noviembre de 1870, después de los desastres, ella escribió a su madre: "Hace veinticuatro años que yo sabía de esta guerra; veintidós años hace que dije que Napoleón era un pillo y que arruinaría nuestra pobre Francia".

En otras admirables cartas explica lo que denominaba su "Mira" (2). Tenía realmente la visión actual y universal de las cosas venideras, "y todo eso en una sola palabra que escapa de los labios

(1) —El Evangelio, ¿está o no cerrado? —preguntábame hace unos veinticinco años un famoso asuncionista, enemigo de las profecías y de las iluminaciones excepcionales.

—Menos que vos, mi querido padre, le respondí.

Esto no era muy espiritual, pero se hace lo que se puede, en última instancia.

(2) "Desde la Aparición, dice el abate Feliciano Bliard, la Pastora ha conservado siempre una *vista clara y distinta* de todas las partes del Secreto, aun cuando éste es de gran extensión y muy complejo; ella ha conservado el *recuerdo fiel de todas las palabras* de la Santísima Virgen y el *entendimiento de todo lo que ha oído*. Al mismo tiempo que la Virgen hablaba a la pequeña Pastora, elevábase ésta a una sublime visión en la cual *veía nitidamente* cuanto le era dicho. Y por espacio de un cuarto

de La que hace temblar el infierno, la Virgen María". "...Yo encuentro muy difícil representar una cosa que no tiene comparación... Cuando la Santa Virgen me hablaba, yo veía realizarse lo que Ella decía; veía el mundo entero; veía el ojo del Eterno; era una escena en movimiento; veía la sangre de los que morían y la de los Mártires." "*La Santa Virgen, EN UNA SOLA PALABRA, puede decir y hacer comprender lo suficiente para ser escrito durante cien años...* Ella pronunciaba todas las palabras, ya del Secreto, ya de las Reglas, y yo podía adivinar o asimilar todo lo que ellas entrañaban. Se había descubierto un inmenso velo, los acontecimientos aparecían a mis ojos y a mi imaginación a medida que María hablaba, y delante mío se desarrollaban grandes espacios; veía las mutaciones de la tierra, y Dios, impasible en su gloria, contemplaba a la Virgen que se inclinaba para hablar a dos puntos." (Ella y Maximino) (3).

En 1871 escribió a Thiers, suplicándole, conjurándolo a sacar la estatua de Voltaire, cuya presencia en París era a sus ojos un peligro espantoso para toda Francia. Agregaba que si el gobierno no hacía observar los Mandamientos de Dios, los castigos recibidos serían nada en comparación con las sanciones venideras. Es de imaginar de qué modo habrá acogido esa carta el octogenario volatinero.

de siglo nada se le ha escapado, todo ha quedado fielmente guardado en su espíritu. De ahí el conocimiento tan seguro que parece tener respecto del porvenir. En las prolongadas entrevistas que yo he mantenido con ella me ha pasmado la lucidez, la precisión, la firmeza incommovible de sus ideas. Volviéndola al mismo asunto, siempre la encontré igual a sí misma, sin sombra de vacilación. Por lo demás, es parca en palabras, y la he hallado admirable de sencillez, de candor y de prudencia. Cuando en nuestras conversaciones yo tocaba puntos que ella no debía descubrir aún, tenía oportunidad de admirar su silencio o la habilidad con que sabía eludir toda respuesta."

(3) *Nuestra Señora de la Salette y sus dos Elegidos*. La correspondencia de Melania (ciento sesenta cartas) da a este libro un interés extraordinario y sobrenatural. Se tiene como la sensación de haber escalado felizmente la Montaña de los Profetas, que está "por cima del globo terrestre", según la expresión de Ana Catalina Emmerich.



XVII

DONES PROFETICOS DE MAXIMINO.

¿Qué hombre ha sido más vilipendiado que Maximino? Aun aquellos que le debían todo, los pretendidos Misioneros, dejáronle perecer de miseria en su vecindad, abusaron horriblemente de su prestigio sacerdotal para deshonorar a ese pobre que los había creado, que los había vestido y alimentado, que les había dado sus montañas y su cielo, y el Paraíso en el corazón, si ellos lo hubieran querido (1). Se sabe que los verdaderos cristianos son los más desarmados de los hombres, puesto que la Caridad y la Humildad, les impiden defenderse. Melania "aventurera", Maximino "borracho" ¡epítetos inseparables! Se ha visto a peregrinos espantados del porvenir eterno de este Alejo en el reducto de la casa de su Madre.

Pero, he aquí el testimonio de Melania: "¡Bueno y leal Maximino!... Yo creo que él ha sufrido mucho y siempre en silencio; en verdad me siento llena de confusión cuando veo cuán lejos estoy de su vida, enteramente sumida en Dios; y si yo llegara al cielo, ni siquiera alcanzaría a sus plantas. Con frecuencia le ruego que me obtenga esa generosidad de alma que me sería tan necesaria... Mucho os agradezco la preciosa fotografía del buen Maximino; lo he reconocido en sus ojos cándidos e inocentes. Pienso siempre en él y en todo lo que ha sufrido con paciencia extraordinaria, con ese gran espíritu de fe que le hacía ver a Dios en todos los instrumentos de

(1) El antiguo alcalde de Corps, señor Barbe, tiene en su poder un billete de 200 francos (creo), que Maximino había tomado en préstamo de los Misioneros para no morir de hambre. Lo rescató después de la muerte de Maximino, pagándolo a fin de tener en su poder la prueba de la dureza y la avaricia de aquéllos. M. Barbe, a quien yo escribiera inútilmente para tener una fotografía de ese documento, ¿vive todavía?

Dios, en las personas que le hacían padecer...". *Virginitate clara floruit*, se dijo en sus funerales. "No tiene necesidad de *De Profundis* sobre su tumba; cantemos el *Gloria Patri*, y el *Te Deum* le procurará un acrecentamiento de gloria en el cielo donde habita." También éstas son palabras de Melania.

El mismo Maximino, con mucha anticipación también, había visto el peligro prusiano: "La Italia *unida*, escribía en 1866, es la enemiga de Francia, como el veneno es enemigo del hombre. Todos los franceses que tienen sangre en las venas, deberían acudir en auxilio de Roma, y abatir la unificación italiana como se destruye un áspid. Los prusianos, cuya única afinidad con los italianos es su odio contra la religión de Nuestro Señor Jesucristo, se unirán a su vez, un día, para castigarnos por nuestra infidelidad hacia nuestro derecho de primogenitura en la defensa y protección, entera y universalmente, de la Religión y el Papado... Mucho me temo que nuestro afecto por Italia y nuestras complacencias con Prusia se vuelvan contra nosotros, y en día no lejano."

El 29 de julio de 1851, Maximino había dicho a un personaje absolutamente digno de fe, M. Dausse, ingeniero de Grenoble que ha dejado curiosos *Recuerdos*: "Cuando París esté ardiendo habrá en torno *cuatro reyes*", lo que se ha cumplido al pie de la letra. (Los reyes de Prusia, de Baviera, de Wurtemberg y de Sajonia).

El nombrado ingeniero cuenta asimismo que en 1854, antes de la guerra de Crimea, M. Michal, cura de Corenc, afirmaba en presencia de Maximino que el Emperador, en una reunión diplomática de las Tullerías, había descendido de su trono para estrechar la mano al Embajador de Rusia, a raíz de lo cual, como es natural, se hizo carne en la opinión que no habría guerra con esta potencia. "Entonces, prosigue el narrador, Maximino puesto delante suyo, los brazos en cruz, responde categóricamente: —*¡Sí! ¡Pues yo le digo a usted que habrá guerra con Rusia!*..."

Otro caso más asombroso. Hallándose Maximino en la Montaña, el 18 ó 19 de setiembre de 1870, hablóse de la predicción de Melania: *París será incendiado*. Uno de los asistentes dió al momento la explicación natural: "Será por obra de los prusianos". —*No, no*, replicó Maximino, *París no será incendiado por aquéllos, sino por su canalla*.

El 4 de diciembre de 1868 Maximino era recibido en el arzobispado de París, donde quiso verlo Monseñor Darboy, tan admirablemente domesticado, como es sabido, por el Emperador. La

entrevista, narrada por Maximino, fué larga. Su Grandeza, que sin duda esperó constreñir al pastor a develar su secreto, habló en un tono como para escandalizar a su interlocutor, que había sido *guardia pontificio*, acusando a la Santa Virgen de exagerar las consideraciones que se deben al Papado y de no haber hecho más que profecías al azar. —“¡También yo podría hacer profecías de esa clase!” atrevióse a decir ese arzobispo. Y por fin, exasperándose hasta la blasfemia: —“En suma ¿qué es un discurso como el de vuestra pretendida Bella Señora? Es tan poco francés como falto de sentido común... Es un estúpido discurso. Y el Secreto no puede ser mejor... ¡No; yo, arzobispo de París, no puedo autorizar una devoción semejante!”

Maximino, humillado por ese príncipe de la Iglesia, que a tal punto perdía la cabeza en su presencia, quiso que Nuestra Señora de la Salette tuviera la última palabra. —“Monseñor, respondió con firmeza, tan cierto es que la Santa Virgen se me apareció en la Salette, y que me habló, como es exacto que en 1871 vos seréis fusilado por la turba.” Asegúrase que tres años más tarde, en la Roquette, el prelado, prisionero, respondió a los que trataban de salvarlo: —“Será inútil; Maximino me ha dicho que yo sería fusilado.”

El célebre abogado de la Salette Amadeo Nicolas relata este hecho, del que fuera testigo en la Montaña en agosto de 1871: “Un sabio profesor de teología y su amigo, cura en una gran ciudad, habían llegado a la Salette con una docena de objeciones preparadas y estudiadas de antemano, con el fin de proponérselas a Maximino cuando éste dejara su tienda, para ir, a pedido de los peregrinos (que le preferían a los misioneros), a hacer el relato del Milagro. Así que Maximino hubo terminado, el profesor propuso la primera objeción. Maximino se limitó a decir: “Pasad a la segunda”. Y así hasta llegar a la quinta, a la que respondió con algunas palabras. Estas palabras bastaron para deshacer todas las anteriores objeciones, así como para invalidar las siete restantes. A lo cual, el profesor y el cura nos dijeron, pues nos hallábamos a su lado: “Este joven no se aparta de su misión; hoy, como en el primer momento, está asistido por la Santa Virgen; esto es evidente para nosotros. Ni el más sabio de los teólogos del mundo hubiera sido capaz de semejante esfuerzo. Decididamente, todo esto es sobrehumano. Nos ha probado el Milagro en forma que no hubieran podido hacerlo las más fuertes demostraciones (2).”

(2) *Defensa y explicación del Secreto de Melania*. Nîmes, año 1881.

La vida de Maximino ha sido de las más accidentadas. Después de haber pasado algunos años en un seminario, fué soldado, y luego estudiante de medicina. Pero en todo fracasó y vióse reducido a servir a obreros para poder ganarse el sustento.

Hallándose en París, en la más completa desnudez, empeñó una de sus prendas en el Monte de Piedad. Un día, falto del último recurso, sin tener nada para comer, entra en San Sulpicio y se pone de rodillas ante el altar de la Santa Virgen. “Yo tengo hambre, mi buena Madre; ¿me dejaréis morir de hambre? Y sin embargo, todo lo que me habéis mandado hacer, lo he hecho. He difundido por todo vuestro pueblo las graves y solemnes advertencias que vinisteis a traer. Poco me falta ya para sucumbir de inanición. Si vos no queréis sacarme de la miseria en que estoy, he de dirigirme a vuestro esposo San José, que tendrá piedad de mí.”

Debilitado por un ayuno prolongado, terminó por desvanecerse. Un desconocido lo despierta invitándole a seguirle a un restaurante, donde le hace servir una abundante comida. Cuando Maximino queda satisfecho, el desconocido paga la consumición y le dice que vaya al Monte de Piedad a rescatar la prenda pignorada. Agrega que en un bolsillo de esa ropa encontrará un billete de banco que lo pondrá al amparo de la miseria. Al punto desapareció. Nunca supo Maximino quién era ese hombre. ¿Cómo supo ese desconocido que él había empeñado la ropa en el Monte de Piedad? ¿Cómo sabía que en el bolsillo de esa prenda había un dinero que aseguraba su porvenir? No pudiéndose explicar naturalmente una cosa tan extraordinaria, siempre creyó que el desconocido era San José.

Dócilmente Maximino vase hasta el Monte de Piedad, y en efecto, halla en un bolsillo de su ropa un *testamento* que una persona caritativa había hecho en su favor. Por ese testamento se le brindaba la oferta de ser recibido por una familia, y se le dejaba quince mil francos para subvenir a sus necesidades. ¿Cómo se hallaba en el bolsillo de su traje ese testamento? No lo ha sabido nunca. Pero, ¿cuál era el valor real de ese documento? Maximino lo presentó a un notario, el que lo juzgó formal e hizo los trámites necesarios. Entregósele, pues, la cantidad de quince mil francos, con los cuales inició un negocio de hacienda, en el que se arruinó (3). Su misión exigía que viviera y muriera en la indigencia. ¡Y cuántas otras anécdotas similares!

(3) *Melania, Pastora de la Salette y el Cardenal Perraud*, París, Chamuel, 1898.



Desde aquí oigo el coro de las voces sacristinas: "¡La santidad de Melania y de Maximino, y su estado de *profetas!* ¡Pero, señor mío, esto da en tierra con todas nuestras ideas! ¡No se nos hará creer que tantos buenos cristianos, tantos venerables pastores, durante tantos años no hayan sabido nada, y que se haya podido establecer una leyenda opuesta! Esta suposición es absurda." Esto trae a mi mente la buena respuesta del viajante de comercio a quien se hablaba del Palacio de los Papas en Avignon: "¡Qué cosa más chusca! ¡Si hubiera habido papas en Avignon, *se sabría!*" ¡Ah! sin duda alguna. Algo de esto se sabe, pero es regla sin excepción que, para saber, es menester instruirse con el candor de un niño y la humilde voluntad de esos otros *pastores* a quienes los ángeles de la Natividad prometieron antaño "paz en la tierra." "*Invenietis infantes, pannis involutos et positos in praesepio* (4)."

La ignorancia, culpable o no, del hecho más trascendental de la historia moderna y de su inmediata consecuencia, esto es, la santidad de los dos Testigos, no impedirá a éstos continuar su misión desde el fondo de sus tumbas, que quizás llegue el día en que la Iglesia llame milagrosas. *Defuncti adhuc loquuntur*. Esta ignorancia monstruosa en todos los casos, no será óbice a la esperanza de algunas almas ni a los centenares de millones de brazos torcidos por la desesperación, en la hora señalada.

Se recuerda que el Secreto de Melania fué publicado en 1879, con el *imprimatur* de Monseñor Zola, obispo de Lecce. Esta fórmula latina, significativa, para la santa niña, de tantas amarguras, tribulaciones y luchas, fijóse en su memoria, extraña y profundamente.

"¡Puesto que no se quiere el Mensaje, remedio de nuestros males, la divina Justicia vengará la ingratitud de los hombres y *dará el IMPRIMATUR* a los azotes anunciados por la Reina de los Angeles!" Así se expresaba la Pastora de la Salette, el 23 de mayo de 1904.

(4) Pido perdón por la libertad que al parecer me tomo con el texto de San Lucas, pero se me hace imposible no evocar la Natividad cuando pienso en los dos sublimes pobres niños sobre su Montaña.

XVIII

LOS OBISPOS DE GRENOBLE EN SOISSONS.

¡Qué hermoso libro podría escribirse para demostrar metódicamente la identidad absoluta del Discurso público y el Secreto de Melania, y la eterna imposibilidad de separarlos, de hacer estallar la unidad profunda y magnífica de la Revelación del 19 de setiembre! Indudablemente, en estas cosas, que son de Dios, no es de esperar la evidencia perfecta; pero ¿acaso no sería ya mucho entrever esto, por lo menos: que el Discurso y el Secreto se confunden el uno en el otro, continuamente, como una imagen en su espejo, como lo Invisible en lo Visible, como el Creador en la Criatura?...

Es inconcebible que ese trabajo no se haya hecho todavía. Mucho he pensado en ello, y quizás lo haré un día, si Dios me ayuda. Pero, sin hablar de mi lamentable incapacidad, la verdad es que un estudio semejante parecería aquí un episodio monstruoso. Piénsese que sería necesario hacer intervenir a Isaías, "el vidente de las cosas futuras, para consuelo de los que lloran sobre la Montaña" (1); a Isaías, que en su XXIV capítulo habla del "*Secreto de Dios*, tan temible para quienquiera sea su depositario, y de la prevaricación de los transgresores." Ese capítulo, escrito hace veintiséis siglos, es un eco-maravillosamente anticipado del Secreto de Melania, y el Discurso público de la Salette hace oír este eco, absolutamente imperceptible sin él. Tal es el sentido de la última palabra de María: *Hacedla conocer de todo mi pueblo*. Difundidla por lo menos, entre las generaciones de veintiséis siglos.

Repito que yo no me encargo de esa inmensa labor de interpretación, que exigiría, me lo temo, la inteligencia milagrosamente

(1) *Eclesiástico*, XLVIII, 27.



iluminada de un santo. Pero algo es ya presentir esa concordancia colosal y advertir a los humildes que buscan amorosamente a Dios (2).

La realidad del Secreto de Melania no es negable, puesto que hasta los que *no le dan importancia* se ven obligados, cada día, en el mismo lugar donde se ha mostrado la Santa Virgen, a confesar que Ella ha dado un secreto a cada uno de los dos pastores y a alegar, al mismo tiempo, no se sabe qué razones para explicar su inexcusable incredulidad.

Anonada pensar que, desde hace cuarenta años, o sea el tiempo que se conoce el Secreto de Melania, no se haya encontrado, en la sede episcopal de Grenoble, un *solo* sacerdote capaz de comprender el honor inefable de ser jefe de una diócesis en donde la Madre de Dios se ha dignado profetizar por Si misma, confiando, por sobre toda la tierra, a dos niños de esa diócesis, increíblemente privilegiada, el Mensaje inaudito de la Impaciencia divina llegada al extremo, y el anuncio —condicional, sin duda, pero ¿a qué plazo?— del último Diluvio...

He sabido con estupefacción —convencido de que cierta misión ya no era posible— que el titular actual, Monseñor Henry, ha expresado públicamente en la misma Salette, hace muy poco, sus dudas sobre el Secreto, *pidiendo pruebas* (1) de las afirmaciones explícitas y formales a la Corte de Roma, como si las aprobaciones, las **ÓRDENES** inclusive, de Pío IX y León XIII no fuesen suficientes (3).

(2) ¿Hasta dónde llevaría un trabajo de esta índole? Es menester un profundo estudio de los Libros Santos para saber cuán difícil es hallar la senda en la selva siempre virgen de las Comparaciones. Ejemplo: el Discurso habla de *nueces que se echarán a perder*. Pero, la Vulgata las nombra exactamente seis veces, cinco en el *Exodo*, donde ellas prestan su forma a las arandelas del Candelabro del Tabernáculo, y una sola vez en el *Cantar de los Cantares*, cuando se trata de María que baja a su huerto. “¿Quién es La que viene, levantándose como la aurora, bella como la luna, selecta como el sol, terrible como el ejército de las huestes? Yo he descendido al huerto de las *nueces* para ver las manzanas de los valles y para observar si las vides estaban en flor, y germinaban los granados.” Cant. VI. 9 y 10. Ese Texto, leído en la Salette por un cristiano atento, podrá parecerle un tanto formidable.

(3) Esto era el 14 de julio de 1907. Monseñor Henry hablaba, desde el púlpito de la Salette, a más de mil peregrinos: “Vosotros habéis venido en multitud... en esta *Festividad Nacional y MARIANA* (1)”, deciales, significando con ello una especie de contubernio entre los asesinos de la Bastilla y Nuestra Señora de los Siete Dolores. “...Monseñor expone en seguida el Caso de la Salette... *Distingue cuidadosamente entre el Mensaje público y el Mensaje secreto*. Los niños recibieron la orden y la misión de “difundir el primero por todo el pueblo

¡Qué vergüenza! Es absolutamente imposible que Monseñor Henry no conozca toda esta historia, es decir, la desobediencia espantosa de su predecesor Fava, cuyo fin debiera aterrorarlo. El no puede ignorar la mentira constante de los opositores y su diabólico espíritu de calumnia contra una *estigmatizada*, a la cual será forzoso que él haga honrar por todos sus sacerdotes, si Dios le concede vida. Se halla, pues, en estado de prevaricación caracterizada, *sciens et prudens*, enemigo sagaz y declarado de la Madre de Dios. Su sola excusa —¡y cuán mezquina!— sería la cobardía, la indecisión invencible, la irresolución crónica, la sempiterna hesitación.

El mismo día de su toma de posesión, este obispo de Grenoble —¡de Grenoble!— dijo: “En esta hora, la dificultad no consiste en cumplir el deber, sino en saber cuál es.” Palabras que en 1902, en Nuestra Señora de la Liberación, el obispo de Orleans expresaba de esta manera: “Es siempre fácil cumplir con el deber; lo difícil es conocerlo”. Una analogía hará más comprensible la enormidad de este retroceso.

En marzo de 1814, Francia, hollada, violada, devorada por seiscientos mil soldados extranjeros, iba a ser liberada por Napoleón. Una estrategia divina, a la que sólo pueden compararse los más grandes prodigios de Anibal, iba a salvarlo todo. El atroz Blücher estaba entre los dos maxilares del torno en que el hombre de Jena y de Montmirail iba a desmenuzarse a sus sesenta mil prusianos. Por la voluntad de Dios, la falta de voluntad de un solo hombre hizo fracasar la más bella de todas las victorias.

de María”, es decir, por el mundo entero (cosa que el odio no ha permitido); el segundo sólo estaba destinado a los propios Pastores (desmentido episcopal a la Santa Virgen que había dicho a Melania: *Podrás publicarlo en 1858*), que, perfectamente conscientes de esa distinción necesaria (?) y siempre dispuestos a repetir el Discurso de la Bella Señora, no consintieron, al cabo de cinco años de silencio y de absoluta reserva, revelar sus Secretos sino sólo al Papa. Al respecto, Su Grandeza previene a los fieles contra todos los escritos y comentarios fantasistas que circulan y pretenden reproducir el “Secreto de Melania”. (*Reproducción* bendecida por Pío IX, aprobada por muchos obispos, estimulada 25 años, por el silencio de León XIII. Pero esto no basta a ningún obispo de Grenoble). Una vez más, el Papa solo. A propósito de ello, Su Grandeza pone en guardia a los fieles contra todas las elucubraciones publicadas recientemente de acuerdo con el texto primitivo...

El Obispo de Grenoble espera que Roma haya hablado. (Siempre la misma táctica del Demonio. Si Roma hablara, se le respondería como Fava: “Probádmeme que tenéis razón”). *Memorias de Nuestra Señora de la Salette*, agosto de 1907.



El general Moreau, ese deplorable capitulador de Soissons, no era, sin embargo, un alma vendida, ni un soldado falto de valor; así se ha dicho, por lo menos. Era simplemente un mediocre, un imbécil irresoluto, desprovisto de altivez, que creyó que había algo mejor que obedecer, y cuya vil prudencia fué sentencia de muerte para toda una multitud. También éste se preguntó dónde estaba su deber, olvidando la consigna que debía ejecutar rigurosamente, en los términos de la Ordenanza sobre el servicio de las plazas de guerra, es decir, "agotando todos los medios de defensa, cerrando oídos a las noticias comunicadas por el enemigo y resistiendo a sus insinuaciones tanto como a sus ataques". El decreto imperial de 1811 contenía esta instrucción casi profética. "El jefe de una plaza de guerra debe tener presente que defiende una de las avenidas de nuestro reino, uno de los puntos de apoyo de nuestro ejército, y que su rendición, anticipada o retardada en sólo un día, puede ser de la más grave consecuencia para la defensa del Estado y la salvación del ejército."

"Cuando un soldado empieza a preguntarse *dónde está su deber*, dice al respecto el excelente historiador Henry Houssaye, se halla muy próximo a no tener en cuenta nada más que su interés."

La Salette es, probablemente, la última avenida del Cristianismo, y hace cuarenta años que esta fortaleza capitula.

## XIX

SACERDOCIO PROFICUO. VANIDAD  
DE LAS OBRAS EN PLENA DESOBEDIENCIA.  
CASTIGOS. TINIEBLAS.

El secreto de la hostilidad sacerdotal contra el Secreto de Melania radica en que, de aceptarse éste, sería menester renunciar al *sacerdocio provechoso*, dar el adiós a lo eventual, a las tarifas, a las *clases*, al execrable tintineo del dinero en las iglesias. Aun suponiendo un clero de admirable pureza de costumbres, ¿dónde hallar el sacerdote que osara declarar un grado cualquiera de horror por ese tráfico de "vendedores de palomas" y de "cambistas", en la Casa del Padre, transformada así en una "cueva de ladrones"? Porque tal es la precisión del Texto evangélico. ¿Dónde está el cura de parroquia que se atreviera a dar el primer lugar a los Amigos de Dios, a los descamisados que tan caros le son, relegando a los ricos, con sus lujosos reclinatorios, en el fondo de la iglesia, lo más lejos posible del altar? *Sancta sanctis, non canibus*. Inmediatamente ese audaz sería denunciado por todos sus cofrades y severamente censurado por la autoridad diocesana (1).

¡Bien se trata de amar la pobreza y la humillación! La *letra* del Evangelio no personaliza. Podía convenir a los primeros Apóstoles como a algunos monjes polvorientos del oncenno siglo; nada significa ella para sulpicianos a los que ha vivificado el *espíritu* y que están obligados a andar por el mundo. Pues siempre es fácil transformar en *consejo* de perfección el *precepto* en verdad excesivo

(1) Los reclinatorios acolchados. Prevaricación denunciada por Santiago, II, 2, 3, 4.



de despreciar, abandonar, venderlo todo, para convertirse en discípulos y compañeros de Jesucristo.

La Santa Virgen, habiendo hablado severamente del clero, primero en el Discurso, en forma muy velada, y luego en el Secreto, explícitamente (2), ha dado lugar, naturalmente, a que la "cloaca" protestara —como lo hacen las cloacas— exhalando la asfixia. El mundo cristiano ya no respira. En 1846 todo estaba perdido. Un remedio, único y sobrenatural, fué traído desde lo alto por la Madre de Dios, que lloraba. ¿El "Padre de familia, plantador de la Viña y constructor de la Torre", podía creer que esto sería útil? ¿La Sabiduría eterna podía decirse: "Verebuntur Matrem meam? El humo de la cloaca ahogó esa Revelación, y tanto, que los buenos sacerdotes, engañados ellos mismos durante dos generaciones de sacerdotes, confiesan su ignorancia del remedio. En consecuencia, ¿cómo expresar ampliamente la vanidad de las obras realizadas en plena desobediencia?

Un excelente eclesiástico escribía: "Se irá a la Salette, a Lourdes, a Paray-le-Monial, a Roma, a Jerusalén, etc., entonando: ¡Salvad a Roma y a Francia! No se hace otra cosa desde una treintena de años. Se imaginará peregrinaciones de hombres y hasta de sacerdotes. Organizaránse congresos de la Santa Virgen, congresos eucarísticos, ligas del Ave María, novenas, etc. Y el cielo permanecerá inmutable. Todo será de una completa insignificancia para apaciguar a Dios irritado, porque, en suma, uno vive a su antojo, y porque, para no oír los reproches de su Madre, se pisotea su Mensaje."

Dejemos hablar a Melania: "... Me parece que desde hace mucho tiempo doy un toque de alarma para advertir a los humanos que nos acercamos a tristes y lúgubres acontecimientos del reinado del Anticristo. ¿La fe no se ha extinguido? —No, nos dirá alguno—. Si la fe no se ha extinguido, que nos muestre sus obras, pues con ellas marcha paralelamente.

Se responderá que se realizan peregrinaciones, que se hace un gran número de buenas obras. Sea, el pueblo francés está natural-

(2) Los jefes, los conductores del pueblo de Dios, han desdeñado la plegaria y la penitencia... 5º parágrafo del Secreto.

LOS QUE CONDUCE LAS CARRETAS, se ha dicho en el Discurso. Esa relación sorprenderá a las personas habituadas al misterio de las concordancias. "Los que conducen las carretas, ¿no son evidentemente los sacerdotes que NO SABEN HABLAR SIN PONER EN MEDIO EL NOMBRE DE MI HIJO? Pater mi, pater mi, currus Israel auriga ejus. IV Reg. II, 12, XIII, 14.

mente inclinado a las cosas exteriores; pero si esas peregrinaciones han sido hechas en expiación, para aplacar la justa cólera de Dios, para pedirle perdón, etc., ¿acaso se ha vestido arpillera y cubierto de cenizas, por una sincera penitencia? ¡No! ¿Al menos se ha dejado de lado esas modas diabólicas e indecentes, etc.? ¡Nada de eso! Luego de haber visitado los Santos Lugares, los Santuarios, se frecuenta, como antes, los teatros... Podría tomarse cuenta de los elegidos, de las almas fundamentalmente cristianas; los otros no pueden contarse. *La apostasia es punto menos que general.* Poco le costará al Anticristo establecer su reinado en Europa; aquellos que, en esta hora, gobiernan a Francia, la preparan para aquél, sin hallar obstáculos. ¡Pobre Francia!... Entretanto, ella ríe, se divierte, porque no cree en una existencia mejor, porque no tiene fe, sino simplemente *la vanidad de la fe*, fingiendo la religión, haciéndose designar DIRECTORA O CELADORA O PRESIDENTA de tal o cual confraternidad". Esta carta es del 28 de noviembre de 1887.

Un año antes, cuando muchos periodistas se agitaban, ella ya había escrito: "... Es inútil mortificarnos tratando de adivinar cuál será el príncipe que ocupará el trono de Francia. Si no se conociera el Secreto, ello sería perdonable: Durante un tiempo, Dios no se acordará más de Francia ni de Italia. Nos hemos rebelado contra Dios y contra su suave ley: seremos gobernados por una barra de hierro, y nos serán impuestas duras y odiosas leyes. Los que nos gobiernan no son sino instrumentos en manos del Altísimo. A medida que los malvados avanzan en el terreno católico, tenemos la cobardía de retroceder... Nos plegamos a todas las exigencias de los enemigos de Dios y de las almas. Se protesta, me diréis. ¡Sea, se protesta! Eso cuesta poco. Los primeros cristianos protestaron con su sangre, con su vida. Somos, pues, sólo sombras de cristianos, y los castigos de los hombres nos atemorizan más que las penas del Infierno. ¿Creéis que el buen Dios dará un rey a Francia antes de haberla castigado justa y severamente? Luego, perteneceremos al número de los vivos. *Todas las intrigas de ciertos pretendientes al trono de Francia, no son más que pasatiempos infantiles* (3)."

"... Hay un hecho que me causa la más penosa impresión. Es la costumbre *demoníaca* de procurar socorros a las víctimas de un terremoto o de cualquiera otra calamidad, realizando bailes, funciones de teatro. *Yo no puedo admitir que se tenga la audacia de*

(3) Inútil es hacer observar la actualidad de esta página escrita hace más de veinte años.

*Recurrir a un mal para realizar un bien* (4). ¡Oh, la ceguera del hombre sin Dios! ¡Y los que así proceden son cristianos! Yo no sabría ponerlo en duda, nos hallamos próximos a la gran guerra, esto es, al *advenimiento del hombre de perdición, del Anticristo*. Bien sé que nadie consiente en reconocer una verdad que aterra, aunque no deje de ser una verdad. *Nuestra generación va hacia el Anticristo, CON EL CUAL DEBE ENCONTRARSE*; y se niegan a creer los indiferentes, y se mojan los impíos. *Así es. ¡Desgracia, desgracia, desgracia!*"

"...Estoy helada de horror viendo la rabia del infierno y de los hombres, incluidas las mujeres infernales (*sic*); será una orgía de fuego y de sangre. ¡Cuántas matanzas! ¡Cuántas horribles torturas! ¡Oh! ¡Las mujeres son terribles! ¡Pobres los sacerdotes que caigan entre sus manos!..."

"*La Iglesia pasará por una horrorosa crisis...* Expulsión de los curas de su presbiterio, obispos arrojados de su palacio —prosi-gue la vidente—; cierre y confiscación de iglesias; matanzas del clero peores que las del Terror. Muchos serán sacrificados por venganza personal; los que hayan cedido no lograrán salvarse; el proyecto de los masones es hacer pecar a los consagrados antes de matarlos. Yo vi que esas muertes violentas, eran, en su mayor parte, *cosa muy distinta del martirio*; que ésta era, en todo su horror, la realización de la palabra "Desgracia", de la Escritura... No apreciáis el Mensaje de la Misericordia, rechazáis la mano tendida; nada hay que hacer: *Dios abandonará los hombres a ellos mismos...* *Este será el tiempo de las tinieblas* (5)."

(4) LEÓN BLOY: *Mi Diario*. "Carta sobre el incendio del Bazar de Caridad."

(5) Una tradición pretende que Francia, al cabo de largas iniquidades, despertará una mañana, en una época similar a la nuestra, sin ver aparecer el sol. Por espacio de muchos días quedará en las tinieblas, en medio de las cuales espectros surgidos de los infiernos vendrán a atormentar a los vivos. Existe una predicción análoga de la Venerable Ana María Taigi, muerta en 1837.

LA MUJER ENCORVADA DIECIOCHO AÑOS,  
IMAGEN DE LA SALETTE.

MARIA HABLA. ¿JESUS, PUES, NO HABLARA MAS?  
LA INMACULADA CONCEPCION CORONADA DE  
ESPINAS, ESTIGMATIZADA.

LOURDES Y LA SALETTE.

Hay en San Lucas, evangelista de María, un relato que nunca será leído con bastante atención y respeto:

"Jesús enseñaba en la sinagoga, un día de sabbat. Vino una mujer que desde hacia dieciocho años se hallaba poseída de un espíritu de invalidez. Estaba encorvada y le era imposible elevar los ojos. Habiéndola observado, Jesús la llamó y le dijo: "Mujer, estás libre de tu mal". Apenas le impuso las manos, ella se incorporó y glorificó a Dios."

No debe uno cansarse de repetir que el Evangelio, tanto como el Antiguo Testamento, es esencialmente parabólico, figurativo, profético, pues que jamás ha hablado en otra forma el Espíritu Santo. Entonces, ¿quién era esa mujer, poseída dieciocho años por un espíritu de invalidez? Yo no encuentro sino a María para identificar una figura semejante.

¡Oh, María, mi Señora de Compasión! ¿Qué habéis venido a hacer aquí?

Es, en efecto, el día de sabbat, sábado, vispera de vuestros Dolores (1). Hace muy exactamente *dieciocho* siglos que estáis encorvada y muda, siendo el Esposo que os posee bienaventuradamen-

(1) Es sabido que la Aparición tuvo lugar un sábado, *el 19 de setiembre de 1846*, vispera, ese año, de la festividad de Nuestra Señora de los Siete



te, aunque Dios —por misterio impenetrable— un Espiritu de invallidez y de encorvamiento, hasta la hora maravillosa en que El nos enseñará todo. ¡Durante dieciocho siglos habéis guardado silencio, después de haber hablado seis veces (2) tan sólo en los Evangelios! En la Salette, por séptima vez habláis con una autoridad tan soberana, que luego ya no puede haber más que el Juicio universal y la combustión de los mundos. Habláis así porque Jesús os ha liberado, esto es lo que leo en el Evangelio, y glorificáis a Dios como nadie podría hacerlo. Empero, no es todavía el momento de vuestro triunfo, puesto que ahí está el “jefe de la sinagoga” seguido de muchos sacerdotes, indignándose juntos de que Jesús haya hecho ese milagro un día de sabbat, es decir, que os haya designado juez de ellos. Es sorprendente ese jefe de “hipócritas”, que usando de vuestras mismas palabras, oh Madre de la Palabra, para condenar vuestro Hijo, despreciándoos: “Hay seis días para trabajar”, dijo... El Espiritu Santo está unido de tal modo a su Esposa, que si se supiera leer, en todas las páginas del Evangelio se encontraría la Salette.

La Revelación de la Salette, considerada como la ruptura de un silencio de dieciocho siglos, brinda al mismo tiempo consuelo y terror. Y aquí ni siquiera pienso en el Mensaje, esto es, en las amenazas y en las promesas. Me limito a encarar el hecho inaudito de la Santa Virgen hablando con autoridad en la Iglesia.

Digo que este hecho es consolador, en razón del carácter de La que habla, puesto que la Iglesia la invoca bajo el nombre de Consoladora, y también porque es una especie de realización, ante nuestros ojos, de la Tercera Palabra de Jesús agonizante. Pero es, al mismo tiempo, terrible, a causa del silencio de ese mismo Jesús que parece implicar. Jesús y María no hablan juntos. Cuando Jesús comienza su Predica, María se abisma en el silencio, y si sale

Dolores, y en el instante de las primeras vísperas. También era ese el último día de las Cuatro Témperas de setiembre. La misma mañana, la gran Liturgia ferial había leído estas palabras del Levítico: “Este es el día famosísimo de las Expiaciones, y será llamado Santo... Es el día de la propiciación para reconciliaros con el Señor. Toda alma que en este día no esté afligida, perecerá.” ¡Y muy poco después, en el Evangelio, oh milagro, la historia, precisamente, de la mujer encorvada durante dieciocho años, curada por Jesús y glorificando a Dios! *Misère romain*.

(2) Cuatro veces en San Lucas, dos veces en San Juan. Cada vez Ella sube uno de los Seis peldaños del Trono de marfil de ese Salomón eterno, a la derecha del cual está señalado su lugar, entre los Doce Leoncillos del Apostolado. II Par. IX. 18 y 19.

hoy de ese silencio, ¿debe esto significar, pues, que Jesús no va a hablar más? He aquí, pareceme, uno de los aspectos más oscuros de la Salette y uno de los menos profundizados, probablemente a causa del inmenso terror que inspira.

Algunos escritores ascéticos, tales como el santo obispo de Lausana, Amadeo, y sobre todo, en el siglo XVII, el Venerable Grignon de Montfort, han afirmado que el Reinado de María está reservado para los últimos tiempos, lo que haría suponer que, habiendo por fin hablado nuestra Madre como Soberana, Jesús no volverá a hacer uso de la palabra sino para hacer oír el temible ESURIVI, he tenido hambre (3), con que debe terminar todo...

Yo escribí esto el día de la Asunción. En tanto que otros ven a María en la gloria, yo la veo en la ignominia. Por mucho que lo he intentado, no puedo representarme la Madre del Cristo doloroso en la suave luz de Lourdes. No me ha sido posible. Yo no siento la atracción de una Inmaculada Concepción blanca y celeste, coronada de rosas, entre aromas y suaves armonías. Estoy demasiado maculado, harto distante de la inocencia, sumamente cerca de los lodos, necesitado en extremo de perdón (4).

Lo que me hace falta es la Inmaculada Concepción coronada de espinas: mi Señora de la Salette, la Inmaculada Concepción estigmatizada, infinitamente sangrante y pálida, desolada y terrible entre sus lágrimas y sus cadenas, con su sombrío ropaje de “Dominadora de las naciones, como una viuda acurrucada en la sole-

(3) Mateo, XXV. 35 y 42.

(4) No faltará alguien que diga que yo soy un enemigo. ¡Ay! Sabe Dios que de buena gana daría mi vida y consentiría en sufrir los más horribles tormentos antes que desacreditar un santuario donde María se ha manifestado por prodigios. Por otra parte, sé que el milagro de Lourdes ha sido una consecuencia del milagro de la Salette, como el arcoiris es una consecuencia de la tempestad, y espero que un día me será dado mostrar esto mejor que por esa imagen. Pero es un derecho de todo cristiano tener una preferencia, una atracción particular. Hasta creo que es un deber seguirla, pues que así indica Dios su camino.

“Yo pido dos cosas”, escribí hace algunos años, “1º Que un cristiano, en pleno goce de salud, vaya a Lourdes a impetrar el favor de la enfermedad; 2º Que otro cristiano rico, curado en Lourdes por el milagro más rotundo, retorne para distribuir toda su fortuna entre los pobres. Mientras yo no haya visto estas cosas, creeré que el Enemigo ha querido profanar, por la comicidad, la mediocridad y la avaricia, el único lugar donde fué afirmado el Misterio por excelencia entre todos los que más debe aborrecer: la Inmaculada Concepción.”

La Virgen de Lourdes ha recomendado la penitencia, se objetará. Ya se sabe lo que es la penitencia de los mundanos.



dad"; la Virgen de las Espadas, como la ha visto toda la edad media; Medusa de inocencia y de dolor que trocaba en piedra de catedrales a los que la miraban llorar.

Los sacerdotes son para ella lo que son para Dios y para la Iglesia. Cada uno de ellos representa a Jesucristo, y la veo arrodillándose delante de ellos, como se arrodilló ante su Hijo cuando éste vino a pedirle humildemente permiso para ir a sufrir (5).

—Yo os suplico, hijos míos muy amados, les dice ella, que no despreciéis mi Mensaje. Es ése mi último esfuerzo por salvar el rebaño del cual sois pastores, y del que se os exigirá una rigurosa rendición de cuentas. Si vosotros no le decís que yo he venido y que he llorado amargamente por él, si no le repetís *todas* mis palabras, ¿quién podría enseñárselas, y cómo os salvaríais vosotros? Todo lo que yo he dicho a mis dos testigos, todo lo que les he revelado para que lo comuniquen a mi pueblo, es infinitamente precioso y saludable, y vosotros no podéis hacer una elección sin herirme en la misma pupila, sin atravesar vuestras almas... Vosotros, que tanto habéis recibido de mi Hijo, hasta retener su divino lugar; vosotros, que deberíais ser tan santos, ¿cómo es posible que no lloréis conmigo, golpeándoos el pecho? ¿Cómo habéis osado mofaros de mis avisos e impedir que los demás dieran crédito a esas advertencias?... Yo había dado una Regla. ¿Qué se ha hecho de ella? Inútil ha sido que dos Papas hayan querido hacerla practicar. Mis queridos Apóstoles de los Últimos Tiempos, mis dulces hijos bien amados, ¿dónde están? Yo misma los había escogido, los había cernido cuidadosamente, como granos de trigo del Pan de los Angeles. Algunos están muy cerca de vosotros. Si yo los nombrara, al instante los haríais sufrir... Por el muy terrible Nombre de vuestro Señor, al que forzáis a descender todos los días, *yo os conjuro a que sintáis miedo...*

—¿Qué es, pues, lo que habría que hacer?— preguntaba a Melania un sacerdote que se decía "tener algo de santo Tomás".

—La penitencia de los Ninivitas, respondió ella.

—¡Oh! hasta ese punto, no; nosotros no tenemos ni la fe ni la fuerza de aquellos tiempos.

—¡Pues bien! Os haréis pasibles de los castigos más duros que la penitencia, y no teniendo fuerzas, renegaréis de Dios.

—*¡Ya está hecho!* —dicen voces de lo Hondo, que están en trance de subir y que todavía no pueden ser oídas.

(5) María de Agreda.

PROFANACION DEL DOMINGO.

Nadie ignora que la blasfemia y la negativa de santificar el Domingo fueron los dos grandes reproches de la Salette, las dos acusaciones mortales, *las dos cosas que tan pesado hicieron el Brazo de mi Hijo*. También en esto, dicho sea de paso, la concordancia del Discurso público con el Secreto es manifiesta, porque en este último se ha dicho que *hasta las personas consagradas a Dios... tomarán el espíritu de los ángeles malos, y que se verá la abominación en los lugares santos*, lo que implica necesariamente lo absoluto de las profanaciones y de las negaciones supuestas por esos dos terribles crímenes.

Repito que no ha sido mi propósito explicar, ni siquiera mostrar, esas profundas y divinas concordancias, designio para cuya ejecución supongo que sería indispensable más luz de la que habitualmente concede Dios a los escritores no eclesiásticos. Mas he aquí muy a propósito, una obrita póstuma de Paul Verlaine, *Viaje de un francés por Francia*, donde se lee, contra el trabajo del Domingo, una buena protesta de ese grande y desventurado poeta.

Yo sé bien que tampoco éste es una autoridad. ¡Tanto es menester para serlo! *Se acabará* por saber en el mundo piadoso que Paul Verlaine ha escrito los versos más bellos en alabanza de "su Madre María", a la gloria de la Penitencia y del Santo Sacramento, y que es, en realidad, el *único* poeta católico desde los inspirados del gran "Hymnario"; pero transcurrirá mucho tiempo todavía. Alrededor de medio siglo para la *élite* de nuestros seminarios, y por lo menos un siglo para un tercio de los otros, a partir de la muerte de François Coppée, que no parece cercana. De todos modos, el "pobre Lélian", hacia 1880, presentó en prosa la original y



82  
poderosa idea de que la ley del trabajo, considerada generalmente como una maldición, es, por el contrario, el "único y solo recuerdo consolador del Paraíso terrenal". Leyendo esto me ha parecido ver entreabrirse la Puerta tan bien guardada.

¡Ah! ¡cuán bello es esto! Así Dios, completamente disgustado contra el hombre y condenándolo a perderlo todo, habría empleado esa adorable artimaña de flagelarlo con la Esperanza, de infligirle como castigo lo que debía ser su tonificante, y de ligarlo rudamente por una cadena de Dilección. Desde sus propias cadenas, mucho más duras, el lamentable Verlaine ha visto claro. Ha visto o entrevisto que si el perezoso realiza el horrible acto de cortar la última amarra, el trabajador perverso, que solamente el Domingo se muestra esforzado, porque se trata de desafiar un amo invisible, renueva sin saberlo —siendo un espantoso bruto— el Crimen inicial, y pierde una y otra vez, para sí y para muchos otros, el Edén de la Voluptuosidad. Adán y Eva han debido, no se sabe en qué forma, despreciar el Séptimo día y *trabajar en Domingo todo el día, o no ir a la Misa sino para mofarse de la religión, o ir por carne, como perros, durante la Cuaresma*, porque las palabras divinas son siempre ciertas, río arriba como río abajo de su curso eterno.

La santificación del Domingo es la santificación del trabajo, y éste, no santificado de ese modo, es tan maldito, que la aparente solidez de las casas privadas o de los monumentos públicos, por cuya construcción se trabajó el Domingo, es un problema.

El Secreto anuncia males inauditos, como jamás ni tan horribles ni tan universales anunció profeta alguno. *La tierra será castigada por toda clase de plagas. Las montañas y la naturaleza entera temblarán de espanto.* Por otra parte, ya se manifiestan los prolegómenos. La prensa, prólogo en sí misma de la demencia del mundo, da cuenta diariamente, sin reparar en ellas, de las más alarmantes catástrofes: terremotos o volcanes en erupción, que destruyen grandes ciudades, comarcas enteras; explosiones, incendios, accidentes innumerados y de todo género, originados por la cooperación científica o industrial, al servicio de la Desobediencia y del Orgullo. Esto, sin hablar de los homicidios continuos y cada vez más atroces, prelude, bajo nuestras miradas, de matanzas sin perdón. Ayer era un tren de pasajeros que se precipitaba en el Loire... Ha de sonar la hora en que las catástrofes *se eslabonen con las catástrofes*, hora en que no habrá sino catástrofes.

A cada vuelta de esa rueda de los tormentos, cuyo movimiento se acelera, graves señores buscan inmediatamente las "responsabilidades", con la esperanza, diríase, de aumentar el mal, reduciendo a la desesperación a algún mercenario sin protección.

¡Ah, qué miserables somos! La responsabilidad está en cada uno de nosotros. La palabra *castigo* subleva nuestro orgullo. Necesitamos causas naturales, explicaciones científicas, donde Dios no tenga intervención alguna... Ese trabajo había sido bien hecho, sin embargo. Los materiales eran excelentes, y buenos habían sido los operarios. Nada había que objetar a esos cimientos de piedra dura, capaces de sostener una montaña, ni a esa armazón de hierro con sus maderos, sus clavos, sus pernos, y tantas otras cosas, más allá de todo elogio... Mas he ahí que ese trabajo había sido hecho el Domingo, muy probablemente y los obreros, tal vez uno solo, habían debido mezclar *el Nombre de mi Hijo*. No se ha necesitado más. Tal es la explicación de la Madre de Dios.

*Yo me he reservado el Séptimo Día.* La profanación del Domingo renueva continuamente el primer pecado. Este es el atentado a la RESERVA del Señor. Pena de muerte en los dos casos, y de muerte horrorosa... Más arriba he hablado de las lágrimas de Eva. La Perdición no es un hecho cumplido en el pasado, y cuyas consecuencias debemos soportar. *Nosotros caemos siempre*, y he ahí por qué *Eva llora*. Sus lágrimas nos siguen al abismo.



## XXII\*

### EL CASO CATERINI.

No hay modo de comprender la enorme prevaricación sacerdotal, y sobre todo *episcopal*, relativa al Milagro de la Salette, cuando se ignora el caso Caterini. Veamos, pues, someramente, esa historia miserable.

El Secreto de Melania comienza con estas palabras: *Melania, lo que voy a decirte ahora no será siempre un secreto: lo podrás propalar en 1858* (1).

En 1858 Melania se hallaba encerrada en el Carmelo de Darlington, en Inglaterra. Pidió autorización para salir, a fin de dar cumplimiento a su misión. Cuando regresó, en 1860, la gravedad de ese Secreto espantó a los miembros del clero a los cuales lo hizo conocer. Por entonces se limitó a darlo por escrito. De esa manera, numerosas copias se difundieron antes de 1870.

Sucedieronse muchas publicaciones. La que apareció en 1872 fué honrada con la bendición de Pío IX. La que apareció en 1873 fué aprobada por el cardenal Sixto Riario Sforza, arzobispo de Nápoles. La que apareció en 1879 fué publicada por la misma Pastora, con el *imprimatur* de Monseñor de Lecce, el conde Zola, su director.

Fué entonces cuando numerosos sacerdotes, religiosos y obispos franceses, queriendo hacer condenar por Roma el folleto de Melania, encomendaron a Mons. Cortet, obispo de Troyes, ponerle el cascabel al gato.

Mal conocedor de las Reglas del Derecho canónico en esta materia, Monseñor Cortet se dirigió a la Congregación del Index,

(1) 1858: el año de la Aparición de Lourdes.

que lo remitió a la de la Inquisición. Tampoco allí pudo obtener nada. Como último recurso, amenazó al cardenal Caterini, simple diácono, pero secretario de esta Congregación por rango de edad, con el *retiro del Dinero de San Pedro* "si no se hacía algo en favor suyo" (*sic*). El secretario, anciano de ochenta y cinco años, firmó la carta siguiente, redactada por su subsecretario:

"Reverendísimo señor:

Vuestra carta del 23 de julio, relativa a la publicación del opúsculo titulado: *La Aparición de la Santa Virgen en la Montaña de la Salette*, ha sido remitida a los Eminentísimos Cardenales, conmigo Inquisidores de la Fe, que desean haceros saber que la Santa Sede ha visto con desagrado la publicación que se ha hecho del mismo, y que es voluntad Suya que los ejemplares ya difundidos sean, en lo posible, *secuestrados de las manos de los fieles*...

Roma, 8 de agosto de 1880.

P. Card. CATERINI."

Al recibir esta carta, Monseñor Cortet quedó aterrado, porque aquello no era una condenación. Primero, Roma no dice "retirar en lo posible" cuando condena un libro. Segundo, se trataba de una carta privada que se le enviaba, y de ningún modo un decreto, pues es de rigor que se determine, en un decreto, la fecha de la reunión del Santo Oficio. Tercero, en lugar del punteado, que será explicado en seguida, había estas palabras: "*Pero que sea mantenida (la obrita) en las manos del clero, para provecho de éste*". Esta última frase era, en realidad, una aprobación del citado opúsculo. Imposible publicar esa carta.

Monseñor Cortet envió esa respuesta a su colega de Nimes. Monseñor Besson no se inquietaba por tan poco. Suprimió la última línea, la reemplazó por un punteado y publicó, con la apariencia de decreto, esa carta privada, trunca y falseada, que ni siquiera le estaba dirigida. Monseñor de Troyes lo imitó. Un gran número de *Semaines religieuses*, a pesar de saber a qué atenerse, se dieron prisa para proceder del mismo modo. A las *Revue catholiques*, a los "buenos periódicos", se les rogó la inserción de aquella carta, y lo hicieron de buena fe, o al menos así se supone. Todo el mundo creyó, o quiso creer, que el folleto de Melania estaba *condenado*.

Más tarde, los Misioneros de la Salette, considerando que el punteado decía demasiado todavía, lo reemplazaron por un solo punto, y millares de ejemplares hicieron llegar a manos de los peregrinos. Al mismo tiempo, las calumnias abríanse camino; no ha-



bia duda posible: "La Hija de María se había descarriado; era extraviada por la vanidad e infiel a su misión", etc.

Al respecto, he aquí una carta de Melania dirigida al abate Roubaud, cura de Vins, en la diócesis de Fréjus, que murió en 1897 dejando una alta reputación de santidad:

"Castellamare, octubre 25 de 1880.

Mi Reverendísimo Padre:

No os turbe todo lo que hace el demonio por medio de los hombres; el buen Dios lo permite para fortalecer la fe de los verdaderos creyentes... Los personajes a que me he dirigido en Roma, pertenecen, uno a la Congregación del Index y otro a la del Santo Oficio o de la Inquisición, que es lo mismo. Uno y otro ignoraban la carta del cardenal Caterini. Esto es lo que les ha hecho decir que se trata de un partido que actúa independientemente del Papa, y hasta de las Congregaciones del Index y de la Inquisición..."

Melania escribió asimismo a Monseñor Pennachi, asesor del Index, quien le dió igual respuesta. Mons. Zola, obispo de Lecce, que diera el *imprimatur*, se había trasladado de inmediato a Roma, para obtener explicaciones. El subsecretario que escribiera la carta presentó muy humildemente sus excusas a Monseñor de Lecce, diciéndole que se había visto reducido a ello por imposición del obispo de Troyes y de otros obispos de Francia. Su carta no debía ser publicada. Las fórmulas que en ese asunto comprometían a "los Eminentísimos Cardenales" y a "la Santa Sede", ¡eran *fruslerías!* (2)

Y para terminar, veamos ahora lo que también escribió Melania el 13 de octubre de 1880: "...El más culpable con respecto a la carta del Cardenal Caterini es Monseñor Fava. Empero, nada hay tan oportuno como las advertencias de nuestra misericordiosa Madre María, en la víspera del día en que los religiosos son expulsados... como muy bien lo dice el Secreto que se desprecia... *Las tinieblas oscurecen las inteligencias*; ¿no vemos cumplirse, literalmente, esas palabras del Secreto?... Un obispo escribe a la Congregación del Index y un secretario de la Congregación de la Inquisición, responde por carta *privada* y no oficial, y esta carta

(2) El Cardenal Próspero Caterini, *secretario* y no *prefecto* de la Congregación, como entonces se publicó erróneamente, nacido en 1795, primer diácono del título de Santa María-in-Via-Lata, murió el año siguiente, en octubre de 1881, a la edad de ochenta y seis años. *Requiescat in pace*, así como Mons. Cortet, muerto hace pocos años.

privada se reproduce en los Semanarios religiosos, luego en los diarios religiosos, ¡y así recorre el mundo!... *El Secreto*, inoportuno para los fieles, excita la curiosidad de todo el mundo, y de todas partes recibo cartas en las que se me pide el pequeño opúsculo, que ya no poseo. He ahí hasta dónde han llegado la discreción y la prudencia del oportunismo... ¡Verdaderamente, estamos sumidos en las tinieblas! Y esto es un castigo de Dios. *Conteniendo la difusión del Secreto, se asume una grandísima responsabilidad ante Dios*. ¡Ante El se responderá de todo el Mensaje de la Virgen María! ¡Yo no quisiera hallarme en el lugar de esas personas, el día del terrible Juicio!..."



### XXIII

#### SANTIDAD DE MELANIA. LOS APOSTOLES DE LOS ULTIMOS TIEMPOS, PROFETIZADOS POR ELLA Y POR EL VENERABLE GRIGNION DE MONTFORT.

Al todo esto, Melania no podía oponer más que su santidad, su inmensa belleza de alma universalmente desconocida. Los menos hostiles tienen la caridad de esperar que ella no se haya condenado irremisiblemente, y que terminará por ser admitida en el Paraíso, muy por debajo de las damas, luego de un Purgatorio cuyo pensamiento estremece. Las leyendas fabricadas por el demonio son tan tenaces que durante mucho tiempo se creará que la Pastora de la Salette ha acabado mal, que después de una gracia inaudita, de la cual hubiera sido más digna la menos piadosa de las niñas del catecismo, ella ha caído, casi en seguida, en la tibieza, en la indolencia de alma, en la vanidad, en la infidelidad, en la mentira (1).

Cuando uno sabe a qué atenerse, ese viejo lodo de los estercoleros del infierno parece tan ruin y hediondo, que se hace imposible detenerse allí un solo instante.

La voluntad de Melania era que sus directores o confesores nada descubriesen de su vida íntima. Pero muchas personas, desde 1852, han sabido por el P. Sibillat, depositario de algunas confidencias de esta niña privilegiada, que mucho antes de 1846 el Cielo la había visitado, que la gran Aparición de 1846 no era sino un episodio de su niñez; y las Religiosas de Corenc, sus compañeras, pudieron observar que esas gracias no cesaban. Existe prueba de que esos favores no han cesado.

(1) El año pasado se ha acusado de falsedad en sus registros a un eclesiástico soberbio que había acusado a Melania de ser una FALSARIA. *Sicut fecit sic fiet ei.*

“Esta humilde niña —dice su historiador futuro, cuyo nombre debo callar— de quien las almas, inclusive religiosas, no pueden, antes que su Vida íntima sea publicada, sospechar la elevada santidad y la alta misión en la Iglesia, fué colmada desde la edad de tres años de los más sorprendentes dones sobrenaturales, tales como los que se encuentran en la vida de algunos santos. Instruída por el Niño Jesús, que le había enseñado que debía ocultar esas gracias, ella las escondió con tanta humildad y habilidad como sufrimiento le causó verse sorprendida por sus mismos directores, que sólo llegaron a conocer una ínfima parte. En las montañas donde cuidaba sus majadas antes de la Aparición, llamábasela ya *la santita* y se le atribuían milagros.”

Hoy se sabe que ella los ha operado, y esto se probará cuando la Congregación de los Ritos se digne ocuparse de la Beatificación de una tan pobre Pastora. El descubrimiento de sus estigmas ha sido la cosa más fortuita. Ella misma parecía ignorarlos —aun cuando los ocultara, como todo, instintivamente— o por lo menos, parecía creer que *todos los cristianos debían ser así*, lo que no dista mucho de la más aterradora sublimidad.

Melania comulgó frecuentemente de manos del mismo Señor Jesucristo, y gozaba de la visión continua de su Ángel custodio. Los habitantes de Altamura han afirmado haber oído en las habitaciones de “la piadosa dama francesa”, al toque del Ángelus, la noche que ella murió, cantos angélicos y el tintineo de una campanilla, como cuando se conduce el Santo Viático.

¡Y cuántas otras cosas más! Pero lo que asombra por sobre todo, lo que desalienta pensar, lo que sólo a las lágrimas de amor da un inestimable precio, es decirse que ella *veía todo en la Luz de Dios*, no simultánea sino sucesivamente, es decir, en el momento que su pensamiento incidía en un objeto. Don extraordinario, quizás único en una vida de los santos. Ella parecía vivir en el Paraíso terrenal como si no hubiera acontecido la Caída...

A una creyente que quería saber algo de los Apóstoles de los Últimos Tiempos, comunicóle Melania este fragmento de lo que llama su “Mira” (2).

“...En otras partes yo vi a los Discípulos de los Apóstoles de

(2) Esta página, absolutamente inédita, completa o confirma lo que se ha dicho más arriba, capítulo XVI, del don de profecía conferido a la Pastora.



90  
los Ultimos Tiempos. Comprendí con toda claridad que esos señores, a los que denomino Discípulos, formaban parte de la Orden. Se trataba de hombres libres, de jóvenes que, no sintiéndose llamados al sacerdocio, aunque deseando abrazar la vida cristiana, acompañaban a los Padres en algunas misiones y trabajaban empeñosamente en su propia santificación y en la salvación de las almas. Eran muy celosos de la gloria de Dios. Estos discípulos estaban junto a los enfermos que no querían confesarse, junto a los pobres, a los heridos, a los prisioneros; estaban en las reuniones públicas, en las asambleas sectarias, etc., etc. Algunos de ellos vi que comían y bebían con impíos que no querían oír hablar de Dios ni de los sacerdotes, y hete aquí que esos Angeles terrestres trataban por todos los medios imaginables de convencerlos, de conducirlos a Dios, de salvar esas pobres almas, cada una de las cuales tiene el valor de la Sangre de Jesucristo, loco de amor por nosotros. Este concepto era bien claro, bien preciso, y no me dejaba duda alguna sobre lo que yo veía; y admiraba la grandeza de Dios, su amor por los hombres y los santos métodos de que se valía para salvarlos a todos; y veía también que su amor no puede ser comprendido sobre la tierra, porque va más allá de todo cuanto pueden concebir los hombres más santos...

"...Con ellas (las Religiosas), había también mujeres y niñas llenas de fervor, que ayudaban a las religiosas en sus obras. Esas viudas y esas doncellas eran personas que, sin atreverse a pronunciar votos de religión, deseaban servir al buen Dios, trabajar por su salvación y llevar una existencia retirada del mundo. Vestían de negro y con mucha sencillez. Llevaban, además, una cruz sobre el pecho, como los Discípulos, pero no tan grande como la de los Misioneros, ni era exterior.

"... Los Discípulos y las mujeres hacían esta promesa u oblación a la Santísima Virgen: darse a Ella, y darle, para las almas del Purgatorio, en favor de la conversión de los pecadores, todas sus oraciones, todas sus penitencias, en una palabra, todas sus obras meritorias.

"Yo vi que los Misioneros vivían en comunidad... que los Discípulos que sabían leer decían el Oficio en su capilla; vi también que las Religiosas decían el Oficio de la Santa Virgen, y con ellas las mujeres."

Es infinitamente interesante relacionar esta *mira* de la Pastora, tan actual, tan precisa, con la otra más general, pero cuán

elocuente, escrita ciento cincuenta años antes de la Salette por el Venerable Grignon de Montfort:

"...Pero ¿cuáles serán esos servidores, esclavos e hijos de María? Serán un fuego ardiente de ministros del Señor que incendiarán todo en amor divino y, *sicut sagitta in manu potentis*, flechas aguzadas en la mano de la poderosa María, para atravesar a los enemigos; serán hijos de Leví, bien purificados por el fuego de grandes tribulaciones y bien apegados a Dios, que llevarán el oro del amor en el corazón, el incienso de la oración en el espíritu y la mirra de la mortificación en el cuerpo, y que en todas partes serán la buena fragancia de Jesucristo para los pobres y para los pequeños, en tanto que serán un olor de muerte para los grandes, para los ricos y para los orgullosos mundanos.

"Serán nubarrones fragorosos y volantes por los espacios, al menor soplo del Espíritu Santo que, sin adherirse a nada, ni asombrarse ni inquietarse por nada, esparcirán la lluvia de la palabra de Dios y de la vida eterna; tronarán contra el pecado, rugirán contra el mundo, golpearán al diablo y sus hechuras y atravesarán de extremo a extremo, para vida o para muerte, con la espada de dos filos de la palabra de Dios, a todos aquellos que sean enviados de parte del Altísimo.

"Esos serán los Apóstoles verdaderos de los Ultimos Tiempos, a quienes el Señor de las virtudes dará la palabra y la fuerza para operar maravillas y llevar despojos gloriosos sobre sus enemigos; dormirán sin oro ni plata, y lo que es aún más, sin cuidado, en medio de los otros sacerdotes, eclesiásticos y clérigos, *inter medios clericos*, y sin embargo tendrán las alas plateadas de la paloma para ir, con la pura intención de la gloria de Dios y de la salvación de las almas, donde los llame el Espíritu Santo (3); y no dejarán tras de sí, por los sitios donde hayan predicado, más oro que el de la caridad, que es el cumplimiento de toda ley. En fin, sabemos que ellos serán verdaderos discípulos de Jesucristo que, marchando en pos de su pobreza, humildad, desprecio del mundo y caridad, enseñarán la senda estrecha de Dios en la pura verdad, según el santo Evangelio y no de acuerdo con las máximas mundanas, sin ponerse en cuidado ni hacer excepción de nadie, sin omitir, escuchar ni temer a ningún mortal, por muy poderoso que éste fuera (4).

(3) Salmo 67, v. 14. Maitines de Pentecostés. Ese salmo, pleno de misterio, pertenece litúrgicamente al Espíritu Santo.

(4) Conformidad casi literal con el 30º párrafo del Secreto de Melania, citado en la introducción de la presente obra.

"En su boca tendrán la espada con doble filo de la palabra de Dios; sobre sus hombros llevarán el estandarte sangriento de la Cruz, el Crucifijo en la mano derecha, el Rosario en la izquierda, los Nombres sagrados de Jesús y de María sobre su corazón, y la modestia y mortificación de Jesucristo en toda su conducta. He ahí los grandes hombres que vendrán; pero allí estará María, por orden del Altísimo, para extender su imperio sobre el de los impíos, idólatras y mahometanos. ¿Cuánto y cómo será esto?... Sólo Dios lo sabe; nos corresponde callar, orar, suspirar y esperar: *Expectans, expectavi* (6)."

Seguramente sólo Dios lo sabe. Sin embargo, nosotros sabemos también por qué y cómo esto no ha sido, por qué el 19 de setiembre próximo, 62º aniversario de la Aparición, no habrá ni siquiera un débil comienzo de ejecución, una remota veleidad de obediencia. Demasiado sabemos las sórdidas y bajas razones de esa prevaricación inaudita. Pero no todos lo saben, y es principalmente para los ignorantes que se ha escrito este libro. Los otros, los que son por malicia o por cobardía los verdaderos culpables, intentarán naturalmente ahogarlo, según su sistema, simplemente por espíritu de consecuencia, sin vergüenza ni temor. ¿Cómo atemorizar a hombres consagrados a Dios que han podido, sin golpear el pecho, *ver* el castigo terrible de un número bien crecido de entre ellos? Yo, por mi parte, he querido rendir testimonio a fin de dormirme en paz, cuando suene mi hora.

Las amenazas de la Salette fueron condicionales, pero hay motivo para creer que ya no lo son. Los Apóstoles de María, que habrían debido ser instituídos antes del Diluvio de sangre y de fuego, lo serán *después*, he ahí todo.

(5) *Tratado de la verdadera Devoción a la Santísima Virgen*, 1º parte, cap. I. Editó "Difusión".

## XXIV

## OBJECIONES Y CALUMNIAS; EL ASUNCIONISTA DROCHON.

¿Mi tarea no ha terminado? Yo creo haber dicho todo lo que era menester, y ya no podría hacer más que abundar en ello. Se me ha presentado una lista de las objeciones que se repiten ininterrumpidamente en la Salette contra el Secreto. Demasiado las conozco, y las he refutado implícita o explícitamente en las páginas precedentes. Se sabe, por otra parte, que las objeciones presentadas por el odio, el orgullo o el interés, son invencibles. Reaparecen tras cada decapitación que sufren. Sin embargo, el rasgo distintivo de éstas es una extrema debilidad, una inconsistencia pueril, a punto tal, que avergüenza oír las. Ejemplo: "Si el Papa hubiera querido, la publicación del Secreto la habría hecho él mismo". Esta objeción, en boca de sacerdotes que pasan por instruídos, asombra y aflige. Uno presiente la inutilidad de explicarles que el Papa ha podido y ha debido querer *respetar* la misión, evidente para él, de Melania y que de ello ha dado pruebas. Esta idea no entraría en tales cerebros. ¿Cómo esperar también hacer comprender a esos esclavos de la *letra*, a esos ilotas del vocablo, que siendo infalible el Papa, su silencio *es una aprobación*? Pero es que el Secreto nunca ha sido condenado. Agreguemos que tal vez habría que averiguar si entra en las grandes Normas que el Papa haga en persona la publicación de tal documento.

Además, ¿qué responder a viejas calumnias que el hábito ha transformado en verdades indiscutibles y cuyo origen a ningún cristiano se le ocurre buscar? En esto no hay solamente el bochorno para el espíritu, sino el horror del alma, y es abominable pensar en mentiras tantas veces refutadas y tan vana-

mente confundidas. Un padre asuncionista llamado Drochon ha hecho de ellas un ramo en una *Historia ilustrada de las Peregrinaciones francesas*, formidable in. 4º de 1.274 páginas (que necesaria, hubiera dicho Barbey d'Aureville, 2.548 hombres para leerla), publicada con la autorización y la admiración del Padre Picard, su superior general (1). Es sabido que los asuncionistas han sido los más constantes enemigos de Melania y de su Secreto, y que se han encarnizado en esta guerra con toda la fuerza y la autoridad que les daba el triunfo inaudito y lamentable de sus deprimentes publicaciones (2).

En el volumen enorme de ese P. Drochon, *trece* páginas solamente están dedicadas a la Peregrinación de la Salette, y es casi imposible hallar en él una línea que no sea inexacta o falsa. Juzguese por lo que sigue:

"... Maximino y Melania habrían recibido, lo hemos dicho, cada uno (*sic*) su secreto: "Inválidos, desfallecientes, si preferís, en todo lo demás, dice el abate Nortet, el único punto en que se muestran firmes es en lo que han afirmado ser su misión." "Estas criaturas pueden alejarse, exclamaba a su vez Monseñor Ginouliac el 19 de setiembre de 1855 (el año anterior él había destruido a Melania), manifestarse infieles a una gracia inmensa recibida (!), pero la Aparición de María será incommovible." Estas citas hacen prever las vicisitudes que han jalonado la existencia de los dos niños... Melania, después de haber contemplado a la Reina del Cielo, no cerró los ojos al mundo (!), como la hemos visto hacer a Angèle de Sagazan, a Liloye y a tantas otras, y como lo hizo poco después Bernadette. Ella entró, sin duda, en el convento de la Providencia, en Corenc; pero creyéndose llamada a alguna obra trascendental, soñando misiones y conquistas apostólicas, despertó en sor María de la Cruz serias dudas sobre su vocación para la vida religiosa, que no puede ser eficaz si no es humilde (!). Luego de tres años (un año) de noviciado, Mons. Ginouliac se

(1) París, Plon, 1890.

(2) Sábese también, desde hace más de medio siglo, que es índice de modestia, entre los católicos modernos, escribir de una manera espantosa, y esto se enseña cuidadosamente en sus institutos, a punto tal que todo lo que fué escrito con posterioridad a las *Oraciones fúnebres*, o a la *Henriade*, es considerado despreciable, desarreglado o libidinoso. El sublime Padre Picard me afirmó un día para vergüenza de su orden, que Ernesto Hello era un loco. Su sucesor, el Padre Bailly, y sus "Eliacines" de *La Croix* o del *Pèlerin*, han abusado verdaderamente de la doctrina.

opuso a que profesara (3). Volvió a Corps, donde un prelado romano, de origen inglés, la decidió a seguirlo a Inglaterra, con el objeto de entregarse a la penitencia para la conversión del país. De 1854 a 1860 permaneció en el convento de las Carmelitas de Darlington. Allí tomó los hábitos, hizo, al parecer (!), votos, en 1856, pero tornó a Francia cuatro años más tarde, fijándose en Marsella, donde, según (!) Amadeo Nicolas, fué relevada de sus promesas. Quedó allí hasta 1867. (Nada de Corfú, etc.). Monseñor Luis Zola, a la sazón obispo de Lecce, en Italia, la llevó a su diócesis y la instaló en Castellamare. ¡Admirable! Entonces Mons. Zola no era obispo todavía; se trata de Monseñor Petagna, y éste no llevó a Melania; además, Castellamare no es de la diócesis de Lecce, incluso es otro obispado y bien distante de Lecce. Sería como situar Amiens en la diócesis de Périgueux. No es precisamente la geografía el fuerte de los asuncionistas. El historiador se ha informado en buena fuente, entre los Misioneros de la Salette, y su libro es grueso). A la muerte del obispo, en 1888 (en ese año ni Mons. Petagna ni Mons. Zola habían fallecido), Melania regresó a Marsella, donde vive aún (1890). En medio de esta existencia agitada e inconstante, Melania se conservó virtuosa ¡ah, por lo menos estrictamente virtuosa! y, como Maximino, perseverante en un solo punto, su fe ardiente en el secreto que había oído". Luego de lo que antecede, la palabra *ardiente* es completamente estúpida, pero así es como se escribe en la Asunción. Y ni una palabra acerca de ese Secreto, como si la pu-

(3) Monseñor Ginouliac dijo a Melania: "Acabo de ver a Maximino, que se ha negado a decirme su secreto, ¡a mí, su obispo! ¡Se arrepentirá de ello! Pero tú eres más razonable, tienes más experiencia que él; oreo que no desobedecerás a tu obispo..." Y como la pobre niña se rehusara a desobedecer a la Santa Virgen, él amenazóla en la misma forma: "¡Tú te arrepentirás!"

Y bien cumplió su palabra. Cuando llegó para ella el momento de profesar, de pronunciar sus votos en las Religiosas de la Providencia de Corenc, él se opuso a pesar de éstas, que decían cuán piadosa era Melania, y buscó por todos los medios y vejaciones posibles, hacerla marcharse. Por fin la embarcó para Inglaterra, con prohibición de avisar incluso a sus padres. Más aún, dió órdenes para forzarla a hacer votos de clausura. Como ella se negara a esto, en razón de la misión que tendría que cumplir a partir de 1858, y como ninguna presión, ninguna insistencia podía vencer su firmeza, las religiosas le preguntaron: "¿Dónde iréis? Mons. G... nos ha escrito que si retornáis a su diócesis, él os excomulgará dondequiera que residáis."

blicación de Melania y el *imprimatur* de Mons. Zola fueran apócrifos, puesto que, por otra parte, Drochon dice que ese secreto es la atracción principal de la Aparición (estilo Bailly, estilo *La Croix* y *Le Pèlerin*).

Esta página me ha recordado las palabras de Chateaubriand: "Hay tiempos en que no debe dilapidarse el desprecio, pues es grande el número de los necesitados."

## XXV.

LA HOSTERIA. TACTICA DOBLE DE LOS  
MISIONEROS O CAPELLANES.

Desde el comienzo de este trabajo, personas piadosas y de intención recta juzgaron excesiva mi censura de la hostería de la Salette <sup>(1)</sup>. Es menester, sin embargo, me han dicho esas personas, que los peregrinos sean hospedados, sobre todo los inválidos y los enfermos, y éstos no pueden pretender que se les dé gratuitamente habitación y comida. Pero he aquí, precisamente, lo que no debería estar en cuestión. El derecho estricto de los peregrinos, sobre todo de los inválidos y de los enfermos, es de ser hospedados *gratuitamente*. En octubre de 1880, época de los pretendidos misioneros, vi una mañana llegar a la puerta de la hostería, bajo una nieve horrosa, a un mendigo casi tan blanco como ésta, y que parecía tener ochenta años. Había caminado durante horas por la mañana, seguro, se decía, de hallar en la Salette la hospitalidad de dos días que el reglamento de la hostería acuerda a los vagabundos. Yo no he visto ese reglamento, acaso soñado por pobres desventurados; pero lo que he visto bien, demasiado bien, es la desesperación, la humilde desesperación de ese anciano, cuando me decía un cuarto de hora después: "Me han dado una sopa fría y me han dicho que debía marcharme. Bien hubiera querido descansar". Por no ser cómplice de un asesinato, yo, aunque muy pobre, pagué tres días de pensión a ese *enviado*, que acaso fuera Rafael y cuyo agradecimiento ha quedado en mí como una suave luminosidad en la celda de un condenado.

(1) Yo me expresé con más rudeza todavía, en la época de los Misioneros. *La Mujer Pobre*. Editó "Mundo Moderno".

A partir de ese día he comprendido lo que ocurría en esa montaña. Para hablar con claridad, he visto el espantoso espíritu de avaricia de esos presuntos religiosos, que no debieran ser ellos mismos sino mendigos y siervos de mendigos, pues la Salette es por esencia y por excelencia una peregrinación de descamisados. Lléguese como se llegue al pie de la montaña, desde allí no se puede ascender *delicadamente*, sino con el diablo a la espalda. Los primeros peregrinos no se engañaron en esto, ni habrían podido engañarse. El camino actual no existía, y el servicio de mulas no se hacía como hoy. Uno veía arrastrarse, sobre las laderas del Monte, a inválidos y agonizantes, a verdaderos moribundos que reptaban días enteros y que descendían curados. La señorita des Brulais, que fué uno de los primeros testigos de la Salette, ha relatado algunos ejemplos verdaderamente prodigiosos <sup>(2)</sup>. No creo que sea posible citar un solo caso de muerte de esos enfermos en la Montaña. ¡Cuántos, sin embargo, debieron pasar la noche sin el menor abrigo, *sub Jove frigido*, en esa altitud mortal para seres humanos privados de protección! ¿Qué socorro podrían ser, para centenares y millares de peregrinos, el abrigo de algunas cabañas y tablas? *Quid intertantos?* Mas la gente iba allí impelida por la fe, se hospedaba, calentaba, confortaba y curaba por la fe.

Hoy la gente sube cómodamente en un coche o a lomo de mulo, paga su habitación y su mesa, en 1ª o 2ª clase; reza con comodidad, al amparo de verdaderas murallas, en una basílica bien cerrada, y se extraña de no obtener lo que pide. No son acaso fariseos, pero nadie cree ser, *sicut ceteri hominum*, ladrón, injusto, adúltero, y no se tiene miedo de "elevar los ojos al cielo". Y se desciende en el mismo coche o en el mismo cuadrúpedo, pero no como el pobre publicano. *Descendit hic justificatus (hoc est sanatus) in domum suam*. No hay más milagros porque no hay más creyentes ni PENITENTES, porque no hay más entusiasmo, es decir, caridad. *No hay más almas generosas*.

Uno se pasmaría si hallara una máquina registradora y libros de contabilidad en la antecámara de un poeta, y no siente la más mínima impresión al encontrar esos mismos objetos en un lugar de peregrinación, ¡y de qué peregrinación! Es despampanante decirse que hay un sitio donde la Santa Virgen se ha mostrado, donde ha

(2) *El Eco de la Santa Montaña*, por Mlle. des Brulais, Casa Henri Douchet, en Méricourt-l'Abbé (Somme). No existe libro más recomendable sobre los comienzos de la Salette.

llorado de amor y de compasión, donde ha dicho las más grandes cosas que se hayan podido oír desde Isaias, donde se ha curado y consolado a tantos desgraciados, ¡y que a dos pasos de ese lugar haya una *caja!*

—Esto es abominable, diréis, pero ¿dónde está el remedio? Lo sabéis tan bien como yo. La hostería de la Salette, transformada en una casa de Dios, donde cada peregrino válido se constituyera en servidor de los pobres o enfermero, por algunas horas o algunos días, sería abastecida superabundantemente y de continuo, si los cristianos le dieran la centésima parte de lo que dan tan inútil como amargamente al perceptor de impuestos. Ella sería veinte veces más rica que ahora, demasiado rica, sin duda, pero al menos no se escucharía ese infame tintineo de monedas que Dios aborrece, y se tendría el júbilo y la gloria de reanimar innumerables pobres.

Esto es lo que hubieran podido comprender los pastores, y no sin terror pienso en lo que ha debido sentir el dulce y noble corazón de Maximino, cuando era testigo de la explotación de su Montaña mientras él perecía de miseria a pocos pasos de los sordidos religiosos, que sólo a él debían su presencia ahí. Por lo que hace a la vieja Melania, lo que ella debió sentir, cuando hizo su última peregrinación, me lo he preguntado ya, y no he hallado más respuesta que el llanto.

Mi libro, lo he dicho suficientemente, no tiene más que un objeto: probar que todo esfuerzo de los enemigos de Dios, en el caso de la Salette, ha tendido a menospreciar el Secreto de Melania, único en cuestión, pues el de Maximino nunca ha sido divulgado. Entonces, doble táctica. Por una parte, los misioneros o capellanes instalados en la Montaña han querido siempre y muy firmemente que las amenazas de la Santa Virgen sean cumplidas, poco después de la Aparición, en forma bien completa y definitiva, de modo que quede demostrado que no tenemos más nada que temer y que toda otra profecía, concierne al futuro y aun al presente, debe ser tenida por superchería. Yo los he visto trabajar, a diario, cerca de la Fuente, a la hora de la Narración, presentando estadísticas de miseria en Irlanda, por enfermedad de las patatas; en Francia, España o Polonia, por enfermedad del trigo, etc. En cuanto se refiere a la amenaza del Discurso relativa a los "niños menores de siete años...", parece que aquélla se explica muy suficientemente por una epidemia deplorable que tuvo lugar hacia esa época, vale decir, hace unos sesenta años. En consecuencia, el presunto Secreto



no es más que una pesadilla completamente apócrifa, que los buenos católicos deben desterrar.

Luego, es menester tener en cuenta la diferencia de tiempos. En 1846, la Religión era despreciada y la sociedad cristiana tenía necesidad de ser castigada. Hoy, en cambio, ¿no se ve acaso que está en el más floreciente de los estados? De todas maneras, el Secreto es insostenible.

Por otra parte, se quiere a toda costa que los Pastores no hayan sido jamás perseverantes, salvo en un solo punto: Maximino borracho, según la leyenda innoble y criminalmente falsa de los Misioneros, no saliendo de su inconsciencia más que para narrar con *lucidez* la Aparición, por un milagro constante; Melania, santa niña si se quiere, pero abandonada al más peligroso vagabundaje y constantemente "rodeada de troneras y de sacerdotes desobedientes que se le iban a la cabeza", no hallando su equilibrio, como Maximino, ni su razón, más que cuando se trataba del relato de la misma Aparición, idénticamente narrado por ella desde 1846. Aparte del Discurso público a secas —imposible poner en tela de juicio sin condenarse a sí mismo a la inexistencia— ¿dónde está el medio de suponer un secreto de vida y de muerte eventualmente divulgado por tales testigos?

—Después de esto, podrían decir los interesados, si se quiere tomar el trabajo de considerar las cosas fría, razonable, *prácticamente*, ¿cómo no ver, oh Madre del Verbo, que vuestra pretendida Revelación no es sino una impostura de los demonios para impedir que santos religiosos se ganen honradamente su vida en vuestra Montaña?

## XXVI

## LA SALETTE Y LUIS XVII.

Recientemente la cuestión de la Supervivencia de Luis XVII ha sido dilucidada en excelentes trabajos históricos. Cuestión vieja, que ya no puede ser ignorada sin sentirse alguna vergüenza.

Mi obra *El hijo de Luis XVI*, publicada en 1900, no ha proporcionado nueva documentación, sino el testimonio de una admiración infinita por ese gran gesto de Dios, único en la historia: una Casta Real que pasaba por la primera del mundo, no precisamente expulsada ni exterminada, sino abismada en la ignominia insondable, sin esperanzas de salir nunca de ella.

"...Es como para desorientar a la propia imaginación decirse que hubo un hombre sin pan ni techo, sin parientes, nombre ni patria, un individuo cualquiera perdido entre lo más remoto de las multitudes, a quien podía insultar el último de los granujas, y que era sin embargo, el Rey de Francia... ¡El rey de Francia, reconocido secretamente como tal por todos los gobiernos, cuyos titulares sudaban de angustia al sólo pensar que vivía siempre, que a cada paso se le podía hablar, y que él acaso no deseaba que la pobre Francia, aunque herida de muerte, reconociera repentinamente, viendo pasar esa imagen de su dolor, la Sangre de sus antiguos Señores, y no se precipitara hacia él con un gran clamor, en un sublime arrebato de resurrección!

"Hízose lo posible por matarlo. Las prisiones más bárbaras, el cuchillo, el fuego, el veneno, la calumnia, el ridículo feroz, la miseria más negra, todo fué empleado. Se logró eso, al fin, cuando Dios lo hubo guardado bastante, y cuando él tenía ya sesenta años,



es decir, cuando había terminado de soportar la penitencia de sesenta reyes..." (1)

La desgracia de ese "rey fantasma" fué tan completa, que las palabras "ignominia" y "oprobio" son insuficientes. Se le rehusó lo que no se le niega a los peores delincuentes: su identidad personal, o mejor dicho, una identidad cualquiera. Se quiso absolutamente que no fuera nadie, en la estricta acepción del vocablo, y que sus hijos fuesen hijos de nadie. Así se realizó, de una manera que Solo Dios podía inventar, la secular fórmula de los Capeto: *El rey muere*, puesto que la descendencia legítima de Luis XVI estaba condenada a no poder vivir ni morir.

El Delfín, hijo de Luis XVI —auténticamente Luis XVII, supuestamente muerto en el Temple, en 1795— exhaló su alma dolorosa en Delft, Holanda, el 10 de agosto de 1845, algo más de trece meses antes que la Aparición de la Salette, "prontitud muy singular de ese milagro, tan cercano del día en que el Candelabro de las Lises de Oro, del cual se ha hablado en el Pentateuco, había sido derribado.

"¿Hubo, cuando estalló la noticia de la Aparición, un solo cristiano que se preguntara si no se habría quebrado algo infinitamente precioso, para que el Esplendor mismo, la Gloria impasible e inaccesible apareciera de duelo? *¡Tanto tiempo ha que sufro por vosotros!* ¿Qué expresión turbadora e inconcebible!

"La catástrofe es tan enorme, que lo que no puede absolutamente sufrir, sufre no obstante, y llora. La Beatitud solloza y suplica. La Todopoderosa declara que no puede más y pide clemencia... ¿Qué ha pasado, pues, sino es que Alguien que no debía morir, ha muerto?..."

Si por lo menos estuviera verdaderamente muerto como todo el mundo muere; pero, lo repito, esto era peor, pues que el Rey de Francia no debía morir. ¡Y ya van más de sesenta años que esto continúa!

Tengo aquí, ante mis ojos, el retrato de un pobre niño de cuatro o cinco años, que se llama el Príncipe Enrique Carlos Luis de Borbón, Delfín de Francia. Parece que es el encargado de continuar la serie de los reyes fantasmas...

(1) Melania murió el 14 de diciembre del mismo año. Esta preciosa carta puede, pues, ser considerada como una especie de testamento. Se sobrentiende que el *estilo* de la Pastora ha sido escrupulosamente respetado.

Muchas cartas de Melania, algunas de las cuales fueron dirigidas a la princesa Amelia de Borbón, prueban que la profetisa no tenía ninguna duda sobre la Supervivencia representada por el pretendido Naundorff y sus hijos. En 1881, ella llama al heredero directo *Rey legítimo*, *Rey "Flor de Lis"*, y recomienda la esperanza. Sábese, por otra parte, que muchos años antes Maximino había hecho un viaje a Frahsdorf, y que su entrevista con el Conde Chambord pudo haber tenido por efecto la renuncia efectiva de éste al trono de Francia. Todo induce a creer, en efecto, que Maximino habría dicho a ese pretendiente lo que Martín de Gallardon dijera en 1816 al infame Luis XVIII: "Vos sois un usurpador." El Conde Chambord, contrariamente a la actitud de su tío-abuelo fratricida, no se atrevió a suceder a los dos Caines de la Restauración, aunque, de todos modos, retuvo los trescientos millones del patrimonio real, y los herederos despojados vivieron durante tres generaciones en la miseria y la ignominia, como había ocurrido a su padre y sobre todo a su abuelo, el Delfín del Temple.

Analogía o afinidad, correspondencia o relación misteriosa entre el Milagro de la Salette y el Milagro del destino del Hijo de Luis XVI. Un rey pobre, un rey muerto de hambre y de miseria, el hijo cubierto de inmundicia y obstinadamente renegado por sesenta reyes, viene a ofrecer la salvación a Francia, y se le asesina luego de haberlo flagelado largo tiempo. *Nolumus hunc regnare super nos.*

Inmediatamente, la verdadera Reina de Francia, la Soberana a quien fuera auténtica e irrevocablemente dado ese Reino, viene llorando a suplicar a su vez a su pueblo y a todos los otros pueblos de los cuales es la Primogénita, que consideren el Abismo terrible que los *invoca*... No pudiendo matarla, se le responde con la desobediencia, la negación de sus palabras y la judaica lapidación de sus testigos. *Nolumus HANC regnare super nos.*

Muchas veces he pensado que la paciencia de Dios es la mejor prueba del Cristianismo.

¿Todo está hoy perdido? ¿No hay ya nada que esperar? ¿No hay otros remedios que los castigos? El autor de este libro está convencido de ello. Francia no quiere ya Rey, ni Reina, ni Dios, ni Eucaristía, ni Penitencia, ni Perdón, ni Paz, ni Guerra, ni Gloria, ni Belleza, ni cosa alguna que signifique la vida o la muerte. Ella quiere, en su carácter de mentora y ejemplo de naciones, lo que nunca ha sido querido por ninguna decadencia: la completa estu-



pidez en el movimiento artificial y automático. Esto se denomina *deporte*, el que debe ser uno de los nombres ingleses de la Perdición.

*En el año 1864, dice el Secreto, Lucifer y un gran número de Demonios serán destacados del Infierno...*

Sabido es que León XIII, tocado por esta predicción, ha querido que todos los sacerdotes católicos rezasen cada día, luego de su misa, arrodillados al pie del altar, esta oración muy semejante a un exorcismo:

SANCTE MICHAEL, ARCHANGELE, DEFENDE NOS  
IN PRÆLIO; CONTRA NEQUITIAM ET INSIDIAS DIA-  
BOLI ESTO PRÆSIDIUM. IMPERET ILLI DEUS, SUP-  
PLICES DEPRECAMUR; TUOUE PRINCEPS MILITIÆ  
CÆLESTIS, SATANAM ALIOSQUE SPIRITUS MALIG-  
NOS QUI AD PERDITIONEM ANIMARUM PERVAGAN-  
TUR IN MUNDO, DIVINA VIRTUTE IN INFERNUM  
DETRUDE. AMEN.

## APENDICES





#### PIEZA JUSTIFICATIVA.

El documento que sigue, escrito por la mano de Melania, hará conocer la *fente* de las calumnias incesantemente repetidas, por espacio de treinta años, contra el Secreto, la Regla de la Santa Virgen, la Vidente y su Misión.

“... (Cusset, Allier), este 28 de febrero de 1904 <sup>(1)</sup>.

Al Señor abate H. Rigaux,

Cura de Argœuvres

par Dreuil-les-Amiens (Somme).

Mi reverendísimo y muy amado Padre:

¡Que Jesús sea amado de todos los corazones!

Yo os había prometido, siendo grato a Dios, relatar por escrito mi viaje a Roma, lo que lo ha precedido, el Congreso efectuado en nombre del Santo Padre por su Eminencia el Cardenal Ferrieri, Prefecto de la Congregación de Obispos y Regulares, lo que en él se ha dicho, mi audiencia privada con el Santo Padre y lo que habíamos dicho, mi ingreso a las Salesianas, luego mi salida y lo que ha seguido.

Hasta el presente yo no he podido escribir esto, por causa de enfermedad. ¡Que el buen Dios sea bendito por todo ello!

---

(1) Melania murió el 14 de diciembre del mismo año. Esta preciosa carta puede, pues, ser considerada como una especie de testamento. Se sobreentiende que el *estilo* de la Pastora ha sido escrupulosamente respetado.

En el año de gracia de 1878, y en octubre, según creo, una mañana, después de la Santa Misa, el reverendo padre Fusco me dijo haber leído en un diario el proyecto de Mons. Fava, obispo de Grenoble, de ir a Roma para hacer aprobar su regla para los padres y para las hermanas de la Montaña de la Salette.

Ante esa noticia, dije: "Para tranquilidad de mi conciencia he de apresurarme a escribir la Regla de la Santísima Madre de Dios y enviarla al Santo Padre". "La llevaré yo mismo a Roma", dijo el P. Fusco. Y todo se hizo como habíamos convenido.

Había transcurrido alrededor de un mes, cuando un domingo mi santo obispo, Monseñor Petagna, hizome saber que deseaba hablarme. Me trasladé al obispado. Al subir las escaleras tropecé con viejos canónigos que lloraban y decían: "Mejor habría hecho en quedarse en su diócesis, en lugar de venir a matar a nuestro obispo. Si no hubiera sido por la sotana, yo lo hubiese confundido con un gendarme altanero, imperioso". Otros canónigos me dijeron: "Por caridad, haced cesar las instancias del obispo de Grenoble ante Mons. Petagna, demasiado enfermo ya". Yo pregunté las causas de esas *órdenes* que el obispo de Grenoble daba a mi santo obispo. Se me dijo: "El obispo de Grenoble, con aire de suficiencia, *ordena* a nuestro santo obispo que os obligue, que os fuerce a ir a su diócesis", etc., etc. Yo entré, y por primera vez vi a Monseñor Fava.

El obispo de Grenoble estaba acompañado de un sacerdote, que según supe después era el padre Berthier, uno de los misioneros de la Salette.

Monseñor de Grenoble, entre otras cosas triviales, indiferentes, me expresó que había oído decir que yo estaba aquí y que había venido de lejos para verme. Yo se lo agradecí. Mi santo obispo, ya enfermo, sentíase agotado, teniendo gran necesidad de reposo, y

sobre todo, de tranquilidad de espíritu. Un criado vino a decirle que su habitación estaba ya dispuesta, por si tenía necesidad de descansar. Entonces, mi santo obispo me dijo: "Mons. de Grenoble y el R. Padre Berthier comerán con vos, porque aquí, desde que estoy tan enfermo, no se prepara nada, ni se dispone la mesa". Le expresé mi pesar por su quebrantada salud y le dije a mi santo obispo que le agradecía el honor que me procuraba de tener como invitados a Monseñor y a ese digno sacerdote, rogándole que me permitiera retirarme, a fin de disponer lo necesario para la comida. Mi santo obispo, observando el mutismo de Mons. Fava sobre lo que se terminaba de concertar, creyó que éste no había comprendido. Lo repetió una segunda y hasta una tercera vez, y yo retorné para preparar todo lo concerniente a la comida.

A mediodía llega Monseñor de Grenoble, acompañado del Padre Berthier. Su primera palabra fué: "Yo he ido a Roma por tres razones, hacer aprobar mi regla para los Padres y para las Hermanas; obtener el título de Basilica para la iglesia de la montaña de la Salette; y hacer construir una NUEVA ESTATUA de Nuestra Señora, de acuerdo con el modelo que he traído; porque, ved vos misma, ninguna estatua representa bien la Santa Virgen, que no debe tener pañoleta ni delantal; y todo el mundo murmura y desaprueba esa vestimenta propia de las mujeres del campo. El modelo que yo he hecho ejecutar es mucho mejor. En primer lugar no debe llevar cruz... porque, como podéis ver, esto entristece a los peregrinos y la Santa Virgen no debía tener cruz (2)...". Paso por alto lo que mi pluma se niega a escribir, es decir, todo lo que dijo Su Grandeza. Yo estaba aterrada; apenas si pude decirle: "Y al pie de vuestra estatua, Monseñor, escribiréis en grandes letras: *La Virgen, según la visión de Mons. Fava*". En ese momento nos llamaron a la mesa.

Después de la comida, el obispo de Grenoble abrió un balcón para ver el campo y sobre todo el Vesubio, que estaba frente a nosotros. Su Grandeza me preguntó cuáles eran nuestros vecinos. Le respondí que estábamos solas.

—¡Oh! Pero estáis instaladas principescamente.

Y púsose a recorrer las habitaciones. Salió a la terraza que, cuando no llovía, servía de lugar de recreo a mis alumnas. Contempló un tiempo más el Vesubio, el mar y el paisaje... Tras lo cual,

(2) No habiendo subrayado Melania estas últimas líneas, yo no lo hago. Sólo se encarece leerlas atentamente.

volvió a entrar, no sin antes abrir y examinar mi pieza de trabajo; y viendo tantas y tantas cartas sobre mi escritorio, me dijo:

—Vuestra correspondencia es mucho más numerosa que la mía. ¿De dónde os llegan tantas cartas?

—De toda Europa, Monseñor.

—Estáis alojada en un palacio demasiado hermoso. Sin salir, tenéis por donde pasearos...

Al cabo de una hora, aproximadamente, Monseñor dijo que iba a dar las buenas noches a Mons. Petagna, y luego se marcharía a tomar el tren que habría de volverlo a Roma: —¡Oh! MI estatua será cautivante de belleza: toda de mármol, con un hermoso manto que la envuelva; nada de zapatos ni crucifijo; eso entristece demasiado: la Santa Virgen no debió estar vestida como vos lo habéis dicho. —Pues bien, Monseñor, le dije: si el buen Dios me enviara su Providencia, yo haría pintar un cuadro donde la Santísima Virgen Madre de Dios estuviera representada en medio de dos resplandecientes luces, y vestida tal como apareció en la Salette—. Y Mons. Fava se marchó con el P. Berthier.

Al caer la tarde, con gran sorpresa de mi parte, una persona enviada por mi santo obispo vino en su nombre a decirme que tenía algo que comunicarme.

Pregunté a dicha persona si ya había partido Monseñor de Grenoble. "Afortunadamente partía, me respondió, cuando un mensajero abrió la puerta y puso en manos de Mons. Petagna un pliego para vos, procedente de Roma. Entonces este obispo carbonario entró nuevamente, y quiso a toda costa saber el contenido del despacho. Esto apenó mucho a nuestro obispo".

Yo partí con la misma persona para el Obispado.

Llegada que fui a la puerta, le dije: "No hay duda que Mons. de Grenoble se ha quedado; entrad y decid a nuestro Mons. Petagna que la persona aguarda". Así se hizo.

Mi santo obispo vino a mí con el despacho y a media voz me dijo más o menos esto:

—El Santo Padre desea hablaros. He aquí el despacho en lo que os atañe: "*Si Melania no está enferma y puede venir a Roma, Su Santidad querría hablarla. Si ella no puede venir, que envíe todo lo que tenga relación con la fundación de la nueva Orden religiosa de los Apóstoles de los últimos tiempos.*"

Pregunté a Monseñor cuándo debía partir.

—Hoy es domingo, dijo, y sería demasiada prisa, teniendo en cuenta vuestros preparativos.

En ese momento el obispo de Grenoble se aproxima y dice:

—Monseñor, creo que vos habéis comunicado a Melania *todo* el mensaje; bien podéis decírmelo a *mí*.

Y mi santo obispo respondió humildemente: —Excusadme, Monseñor, hay en el mensaje cosas para ella y para mí. Lo que no es un secreto es que Roma la ordena ir.

—¿Ah, sí? ¿Y sabéis para qué? ¿Qué es lo que va a hacer, Monseñor?

Silencio de mi santo obispo.

—Está muy bien, esta noche partiremos juntos.

—Yo no viajo en domingo — dije yo a mi vez.

—Debéis obedecer al Papa — exclamó él.

—El Santo Padre no me dice que parta de inmediato.

—Es menester ordenarle que parta esta noche conmigo, Monseñor — insistió, mirando a mi santo obispo.

—Monseñor, ella no puede partir así. Debe dársele tiempo para preparar el viaje.

—¡Obedeced, obedeced! Sabéis que soy el obispo de Grenoble y que tengo muchas cosas que enseñaros, que deciros y que preguntaros. Bien, esta noche a las diez tomaremos el tren para Roma. ¿Vos estaréis allí, verdad?

—Yo no sé, Monseñor.

—¡Ah! ¡pero es necesario!... Monseñor —exclamó—, obligadla, ordenadle partir conmigo esta misma noche.

Mi santo obispo, pálido como un muerto, le respondió:

—Yo no tengo el arte de mandar a las personas que obedecen a! menor gesto. Tanto como el Santo Padre, ignoro si ella tiene algún preparativo que hacer antes del viaje.

Para dar fin a la escena, dije que me retiraba. Ya era noche.

—Hasta luego a las diez — dijo el obispo de Grenoble y regresó al salón. Yo entonces pude hablar y ponerme a las órdenes de mi santo obispo, que me dijo:

—Monseñor de Grenoble me llevará a la tumba. Si os fuera posible, partid esta misma noche, y quitádmelo de encima. Yo os daré el padre Fusco y vuestra compañera. Partiréis cuando podáis, esta noche, y que Dios os bendiga.

Llegada a mi casa, nos pusimos de acuerdo, creyendo que sólo



permanecería dos o tres días en Roma. Como yo había enviado allá la Regla de la Madre de Dios desde hacía aproximadamente un mes:

—Yo creo, dijo el padre Fusco, que habéis sido llamada para llegar a una decisión respecto de la fundación de los *Apóstoles de los últimos tiempos*. Porque el obispo de Grenoble nos ha dicho en el Obispado, que habiendo ido a la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares para que se active la aprobación de su Regla, el cardenal Ferrieri le había dado a entender que en ese momento estaba muy ocupado y que Monseñor podía, durante una semana por lo menos, ocupar su tiempo en visitar los monumentos de Roma y de los alrededores. Esta es la causa de la presencia aquí del obispo de Grenoble.

Concertamos entonces tomar en Castellamare el tren de las nueve de la noche.

A las diez estábamos en Nápoles. Debimos esperar el tren que salía para Roma. ¡Voluntad de Dios!... El obispo de Grenoble llega sofocado:

—¡Hace media hora que os busco!... ¡Ea! vamos a tomar asientos.

Yo agradecí a Monseñor y le dije que *nosotros* viajábamos en tercera clase.

—Pero, dijo, ¿es que viene alguien con vos?

—Un sacerdote y mi compañera, Monseñor.

—Ellos pueden ir en otro vagón, dijo Monseñor. Dadme vuestro boleto y yo pagaré la diferencia con el de 1.ª clase.

Dijele que mi santo obispo había tenido la bondad de darme esas personas para acompañarme, y yo no podía separarme de ellas. Casi disgustado, Monseñor dijo:

—También pagaré un suplemento por el boleto de ellos. Pero, ¿sabéis para qué se os llama desde Roma?

—No, y no me preocupa saberlo — respondí.

Partimos. El obispo de Grenoble, que tantas cosas tenía que decir, no me dijo nada. Pero mucho me apenaba ver que el P. Fusco y mi compañera eran mirados con el rabillo del ojo, y hasta creo que con cólera.

El P. Berthier no tenía aspecto de satisfacción: a pesar de haber cerrado la puerta para que no entrasen en el mismo vagón, ésta se abrió de nuevo para dar paso al P. Fusco que dijo:

—Excusadme, Monseñor, si me tomo la libertad de entrar aquí.

Lo hago para obedecer a nuestro Mons. el obispo de Castellamare, que desea no pierda de vista a Sor María de la Cruz.

Y Monseñor de Grenoble no respondió nada.

El lunes, a las siete de la mañana, llegamos a Roma, y allí nos separamos. Monseñor y el P. Berthier se fueron al Seminario francés, según creo, y nosotros a una iglesia donde el P. Fusco celebró la Santa Misa. Después fuimos a alojarnos en un hotel, en donde estuvimos más de ocho días.

Desde el primer día hice anunciar mi llegada al cardenal Ferrieri, poniéndome a su disposición. Su Eminencia me hizo decir que me avisaría con tiempo qué día tendría necesidad de mí.

Estábamos, pues, en libertad todos los días después de la Santa Misa; y pasamos las tardes agradablemente en Dios, visitando las bellas iglesias de la Maggiore, de S. Paulo de extramuros y la que tiene un gran cuadro representando a Nuestra Señora de la Salette, además de las catacumbas.

Pero nuestras primeras visitas fueron para las personas que nos eran muy conocidas por ser muy creyentes, muy devotas de Nuestra Señora de la Salette, por ejemplo, los cardenales Conso- lini y Guidi, que gentilmente me ofrecieron sus servicios para cualquiera dificultad. Y yo les remití, a uno y a otro, sendas copias del Secreto que quería publicar con el *imprimatur* de Monseñor Petagna, mi santo obispo de Castellamare di Stabia.

El obispo de Grenoble, con gran bondad, enviaba todos los días, y a menudo dos veces en el día, al P. Berthier, para saber cómo estábamos; y este último se informaba, sobre todo, asiduamente con el hotelero, si nos ausentábamos con frecuencia, si esas ausencias eran prolongadas, si él sabía dónde íbamos, qué hacíamos y si recibíamos visitas.

Un día, creo que el tercero, el hotelero nos dijo:

—El sacerdote que viene todos los días y que está con el obispo de Grenoble, ha venido a decirme de parte de ese obispo que se encargaba de pagarme todos los gastos que hicierais aquí, durante todo el tiempo que debáis permanecer en Roma.

Para no hablar más de esto, digo aquí que cuando debí entrar en las Salesas y mis compañeros volver a Castellamare, rogué al hotelero que presentara la nota de nuestros gastos al obispo de Grenoble. Este contestó que no tenía conocimiento de esa cuenta <sup>(3)</sup>. A

(3) Igual que el anterior, este pasaje tampoco ha sido subrayado por Melania.



pesar de haberle recordado aquél la promesa que le hiciera por dos veces, el obispo no quiso atender razones. El pobre hotelero no salía de su sorpresa. Tomé entonces la nota y la pagué, consolando así a ese pobre señor.

Es necesario todavía decir aquí lo que sólo más tarde he sabido de buena fuente. Mons. de Grenoble no perdió su tiempo desde nuestra llegada a Roma. Estuvo en las Sagradas Congregaciones, con los cardenales y los obispos, para saber con qué objeto y por qué causa la Pastora de la Salette "había sido llamada a Roma". Y si no obtenía satisfacción, iba a informarse en otra parte. Alguien le dijo que el cardenal Ferrieri tenía la Regla que la Santa Virgen diera a Melania, y que "el Secretario del Cardenal Ferrieri, Mons. Bianchi, debe estar bien situado para conocer esas cosas". Cuando el obispo de Grenoble tuvo esta luz, buscó a Mons. Bianchi, el cual anuncióle un congreso para ese asunto. El obispo de Grenoble reconoció en Mons. Bianchi al hombre capaz de ayudarle a combatir "la Regla de Melania". El obispo de Grenoble buscó (o compró, se me ha dicho) a otros prelados.

## II

A fin de semana, el cardenal Ferrieri me hizo decir el día y la hora en que era aguardada. Llegamos diez minutos antes, quedando en la sala de espera hasta la hora indicada. Continuamente llamaban a la puerta: eran obispos, generalmente, y el ujier que atendía, invariablemente contestaba:

—Su Eminencia no recibe; hay un Congreso extraordinario. . .

Así fué cómo supe, por primera vez, que yo venía a un Congreso. Hubo dos o tres obispos, uno tras otro, que insistieron para entrar, y uno de ellos dijo haber sido invitado por el obispo de Grenoble. No se les dejó pasar.

La hora pasaba y el obispo de Grenoble no aparecía. El cardenal Ferrieri me hizo entrar y sentar a su lado, mientras su secretario, Mons. Bianchi, hojeaba papeles.

El cardenal me dijo:

—¿Hace mucho tiempo que no vais a la montaña de la Salette?

—Fuí en 1871.

—¿Conocéis a esos religiosos y su género de vida?

—Personalmente, no; nunca me han dirigido la palabra, ni siquiera para ilustrarme sobre la santa Aparición. En cuanto a su género de vida, privada o pública, por lo que he oído decir, ellos no son más que seglares mediocres, sin fe ni celo, sólo atentos a enriquecerse, envidiosos, calumniadores y duros de corazón. Esto me humilla, Eminencia, porque peor que todo eso haría y sería yo misma, sin la Divina gracia.

—¿Vos lo habéis visto? ¿Habéis sido testigo de algo que no esté de acuerdo con Dios?

—Yo diré, Eminencia, lo que me ha lastimado, lo que me ha impresionado penosamente. Esto era, creo, en 1854. Mientras el obispo de Grenoble buscaba el medio de deshacerse de mí por el

destierro, me envió por el término aproximado de un mes a la montaña de la Salette. Esto ocurría en febrero. A pesar de la nieve y los malos caminos, todos los días llegaban peregrinos a lomo de mulo. Un día llegó una señora rica. Entonces todos los padres salieron a su encuentro con todo género de ceremonias; y como el muletero quería también entrar, pues era portador del equipaje de la dama, y además, porque necesitaba descanso y alimento, un padre se hizo cargo de las maletas y dió con la puerta en las narices del pobre muletero, que estaba aterido de frío. Este vino luego a oír la Misa, de rodillas. Terminaba el Santo Sacrificio, cuando el hombre cayó ruidosamente. Acudí entonces para ayudarle a levantarse y lo hice sentar. Por supuesto, ni los padres ni las personas que estaban a su servicio se movieron, ni le ofrecieron bebida alguna, luego de la misa. ¡Ah! si alguna vez he lamentado ser demasiado pobre, esa ha sido la ocasión; yo no tenía un céntimo. Al bajar encontré a la Sra. Denaz, que me dijo:

—En la cocina tienes servido el café.

Fui en seguida, tomé la taza, y sin perder tiempo se la llevé al pobre hombre. Después que lo hubo bebido, al darme las gracias, me dijo:

—Usted me ha confortado. Cuando salí de Corps era muy temprano. Además, el andar sobre la nieve durante tres horas es cansador. Esa señora me había dicho que pidiera algo a los padres, por cuenta de ella; ellos no me han dejado entrar; y ya verá usted que se harán pagar bien lo que yo no he tomado. Así hacen siempre esos padres, de manera que nadie los quiere.

Al volver con mi taza, la Sra. Denaz (cuñada de uno de los padres) me dijo:

—Estoy segura que no tomaste el desayuno, y que en cambio se lo diste al muletero. Si te quedas mucho tiempo aquí, pronto quedaremos sin recursos y en la casa faltará todo.

Algunos días después, entre los peregrinos que llegaron se hallaba un pordiosero que pedía limosna a los forasteros. Accidentalmente me encontraba en el almacén de los padres cuando el pobre mendigo, antes de marcharse de la Santa Montaña, quiso comprar una modesta medalla de Nuestra Señora de la Salette. La persona que atendía el negocio puso la medalla en el mostrador: el pobre la toma y la besa fervorosamente; la persona toma la moneda, ¡pero advierte que sólo es un medio sueldo! Vivamente llama al pobre, le arroja la moneda y se hace devolver la medalla (los medio sueldos

eran entonces moneda de curso legal en todos los comercios de Francia). A pesar de que el mendigo insistió en que esa moneda era todo lo que poseía, aquélla se mostró inflexible. Para terminar con la enojosa escena, yo di el sueldo y tomé la medalla que puse en manos del pobre. Allá en la montaña no se sabe que cuando se da a los pobres, se presta a Dios. Aprovechando la ocasión de hallarme en el almacén de los padres, quise asegurarme si, como me habían dicho ellos, vendían exclusivamente objetos de piedad. Allí encontré alhajas de uso femenino, tabaqueras, etc., etc. Me parece, Eminencia, que en ese santo lugar, donde la Santísima Virgen ha derramado tantas lágrimas, donde ella nos ha recordado guardar la santificación del domingo, pareceme, digo, que si esos padres se hallaran compenetrados de lo elevado de su misión, sacrificarían su avaricia y serían los primeros en dar el buen ejemplo, cerrando su comercio los santos días de reposo.

He aquí que llega Monseñor de Grenoble; saluda militarmente llevando su mano a la frente. Hay una breve discusión en la puerta: es el P. Berthier, que quiere entrar. Se cierra la puerta, y todos nos sentamos. El Congreso se inicia.

El cardenal Ferrieri dice:

—Pues bien, Monseñor, se dice que habéis hecho una Regla para vuestros misioneros.

—Sí, Eminencia.

—¿Y sabiais que la Santa Virgen ya había dado una Regla a Melania?

—Sí, Eminencia, pero mi Regla es muy distinta a la de Melania.

—¿Y cómo se os ha ocurrido hacer una Regla, sabiendo que la Santísima Virgen había dado una a Melania?

(SILENCIO DE MONS. FAVA.)

—¿Pero, al menos, habéis consultado a Melania para redactarla?

(SILENCIO DE MONS. FAVA.)

El cardenal, dirigiéndose a mí, díjome:

—¿Acaso Monseñor no os ha consultado cuando hizo su Regla?

—No, Eminencia, nunca.

—¿Pues bien! Ordenamos que Melania vaya a la Montaña de la Salette, con la Regla que ha recibido de la Santa Virgen, y que la haga observar por los Padres y las Religiosas.

—Eminencia, dice Mons. Fava, yo no aceptaré la Regla de Me-

lania mientras la Iglesia no me haya probado que proviene de la Santa Virgen.

Y Mons. Bianchi, secretario, que de acuerdo con las disposiciones y las Normas eclesiásticas sólo estaba allí para escribir las preguntas, repuestas y objeciones, pero *vendido*, dijo:

—Eminencia, ¿vos no sabéis que las Religiosas están así con Melania?

Y acompañando estas palabras con un gesto, unió los extremos de sus índices, separándolos luego vivamente.

Entonces dije:

—Yo no he hablado nunca con las Hermanas de allá arriba. Ignoro cómo podríamos estar en desacuerdo.

Su Eminencia me preguntó qué pensaba de lo que acababa de decir Monseñor de Grenoble.

—Yo me someto en todo a las decisiones de la Santa Iglesia.

Después comprendí que hubiera debido decir: "a las decisiones del Santo Padre". Grande ha sido mi error.

Monseñor, deseoso de saber por qué los prelados que él había comprado como abogados de su causa, no habían ido, se alejó, y una vez sola con el cardenal Ferrieri, le expresé mi asombro ante la solemne rebelión de Mons. Fava contra las decisiones del Santo Padre. El me dijo:

—¡Qué queréis! *Los Obispos franceses son todos Papas*. Estamos obligados a contemporizar con ellos para no originar un cisma. Ellos no son Romanos Papistas. Los soportamos para evitar un mal mayor... ¡Ah! ¡si supierais cuánto debemos sufrir por su causa!

Para mejor comprensión de lo que se sigue en la relación del Congreso, debo decir que durante algunos meses, dos o tres buenos sacerdotes, descosos de dedicarse a la obra de los Apóstoles de los últimos tiempos, vivían en comunidad en el primer piso del mismo palacio que habitamos. Nosotras ocupamos el segundo piso, en otra de las alas del palacio. Me parece completamente inútil referir todo lo que se hacía con la bendición de Monseñor Petagna, de gloriosa memoria. Y durante dos o tres años he pagado el alquiler de ese piso con los subsidios que había recibido para la fundación de esa obra de la Madre de Dios.

Esos buenos padres vivían en el retiro, la penitencia, la oración y el estudio sacro. Solamente a la hora de las comidas subían al segundo piso. Uno de ellos vive todavía: se le puede consultar si se tiene alguna duda. De todo esto yo no había dicho

nada, ni lo había dejado sospechar al obispo de Grenoble, cuando éste vino a verme a Castellamare di Stabia; pero pienso que el sagaz P. Berthier no perdía su tiempo mientras yo atendía a Mons. Fava, y habrá hecho preguntas a las personas de la casa, así como a otras, que con la mejor buena fe lo habrán ilustrado. Por esto es que Monseñor Bianchi, en cuanto el cardenal Ferrieri hubo terminado y se levantó de su sitial, dijo:

—¿No quedamos, Eminencia, en que no debe erigirse un altar contra otro? Se dice que Melania tiene sacerdotes, en tanto que en la montaña de la Salette hay buenos misioneros: ella levanta altar contra altar.

—¡Oh, no! — dijo simplemente su Eminencia.

Y a mi vez:

—Yo no creo, Monseñor, le dije, levantar un altar contra otro. Los padres de la Salette son misioneros de la Salette, en tanto que los de Italia son los misioneros de la Madre de Dios, y observan su Regla.

—Eso está mal, está mal, no debe hacerse eso, dijo Mons. Bianchi.

Y, terminado el Congreso, nos separamos.

En saliendo, me reuní a mis compañeros que aguardaban en la antecámara. Ellos me contaron las vivas instancias del padre Berthier para asistir al Congreso, como abogado de Monseñor Fava, así como el aspecto huraño de este último cuando, al entrar, no halló a los obispos que había invitado. Por dos veces preguntó si tal o cual obispo había ido. Se le respondió que fueron varios los que llegaron, pero que no entraron. Como si hubiera estado furioso, volvió a insistir:

—Yo he sido quien los ha hecho venir; ellos lo prometieron: se comprometieron a venir.

Y dirigiéndose a la persona encargada de la puerta, dijo:

—Es probable que los obispos hayan venido. ¿Por qué no han entrado?

—Porque yo tenía la consigna de no dejar entrar a nadie, Excelencia.



### III

Como siempre, el P. Berthier vino a nuestra casa a preguntar por nosotros.

Al día siguiente, el obispo de Grenoble envió al P. Berthier en mi busca. Su Grandeza quería hacerme visitar el... no sé exactamente si es el Colegio o Seminario Francés: allí es donde se alojaba el obispo de Grenoble, y donde nunca entran mujeres. Pero Monseñor se resistía a todos los reglamentos.

El P. Berthier creía de buena fe, sin duda, que yo iría sola con él. Mis fieles compañeros de viaje dispusieron a ir conmigo. Entramos en el locutorio, donde esperaba Mons. de Grenoble; y su disgusto fué bien visible cuando advirtió que yo no había ido sola con el P. Berthier.

—Bien, me dijo, ya estáis aquí. Aguardad un instante. Voy a solicitar permiso para *vos* al Superior; después visitaremos el Seminario.

Y se alejó.

Interin yo pensaba:

—Monseñor no obtendrá el permiso. Me parece que es aquí donde se encuentra ese director (o profesor) que no cree en la Salette; inclusive hace daño a los seminaristas.

Vuelve Monseñor, y observo que su semblante no expresa contento, precisamente. Dice algunas palabras en voz baja; luego viene a mí, me llama aparte y me pregunta qué es lo que yo le iba a decir al Papa.

—Yo no sé nada de ello, Monseñor, pues dependerá de lo que el Santo Padre me diga o me pregunte.

—Pero algo debéis saber, necesariamente, de lo que el Papa os dirá.

—No, Monseñor, todavía no he pensado en lo que el Santo Padre me dirá.

—¡Ah! ¿vos no sabéis, pues, que el Papa no es una persona como las demás, y que se debe pensar, preparar lo que se le tiene que decir?

—No sabiendo sobre qué materia el Santo Padre se dignará hablarme, yo no puedo pensar; me abandono enteramente a la santa voluntad del buen Dios.

—¡Muy bien! Escuchadme. Aquí tengo algunos billetes de cien francos, para VUESTROS PEQUEÑOS CAPRICHOS. Si el Papa quisiera que hicierais algo, responderéis a todo lo que os diga: que procederéis como quiera el obispo de Grenoble, y en la forma que éste señale. Y si el Papa os indicara ir a tal lugar o hacer tal cosa, le diréis: "Yo quiero ir allá donde el obispo de Grenoble me mande ir; yo quiero depender en todo del obispo de Grenoble, que es mi VERDADERO SUPERIOR." *Y estos billetes de banco son para VUESTROS PEQUEÑOS CAPRICHOS.*

Yo respondí:

—Monseñor, yo no diré al Santo Padre más de lo que mi conciencia me dicte en el momento mismo que tenga el insigne favor de hablarle. Vuestros razonamientos son buenos, Monseñor, pero no son los míos.

Y el obispo de Grenoble, que me ofrecía los billetes de banco (sin sacarlos de la billetera abierta), púsose a cerrar cuidadosamente ésta. Y nos separamos. No envió más a nuestra casa en procura de noticias nuestras.

Y volviendo a casa, mis compañeros me dijeron:

—¿Por qué el obispo de Grenoble tuvo la billetera abierta durante la entrevista con usted?

—Es que Su Excelencia quería comprarme. El negocio ha fracasado; él ha guardado sus billetes de banco, y yo he conservado mi libertad de conciencia.

Desde ese día no volví a ver ni al obispo de Grenoble ni al P. Berthier.

IV

Creo que fué el tres de diciembre cuando tuve el favor de una audiencia con el Santo Padre León XIII.

Mis dos compañeros me habían pedido que solicitara de Su Santidad la gracia de besarle los pies. ¡Ay! ¡Ay! ¡todos los que rodeaban al Santo Padre estaban prevenidos contra nosotros!... Sólo el Santo Padre ignoraba las intrigas; y de esto yo había hablado a Su Eminencia el cardenal Guidi antes de ir al Vaticano.

El Santo Padre me recibió con bondad y me dijo en buen francés:

—Bien. Vais a partir inmediatamente a la Montaña de la Salette, con la Regla de la Santísima Virgen, y la haréis observar a los sacerdotes y a las religiosas.

(Estas palabras me confirmaron en el pensamiento de que el Santo Padre todavía ignoraba absolutamente todo lo que había ocurrido en el Congreso).

—¿Qué soy yo, Santísimo Padre, para osar imponerme?

—Sí, yo os digo: vais a ir con Monseñor de Grenoble y haréis observar la Regla de la Santa Virgen.

—Santísimo Padre, permitidme que os diga que desde hace mucho tiempo esos sacerdotes y esas religiosas viven una existencia más que seglar; que les será difícil, muy difícil plegarse a una Regla de humildad, de abnegación. Me parece más fácil hacer esa fundación con personas seculares de buena voluntad, pues los que se hallan ahora en la Montaña están muy lejos de ser buenos cristianos.

—Escuchad. Vais a ir allá arriba con la Regla de la Santa Virgen, que les haréis conocer. Y aquellos que no quieran observarla, serán enviados a alguna parroquia por el obispo.

—Bien está, Santísimo Padre.

—Partiréis, pues, y de inmediato. Pero como por lo general,

cuando Dios se digna dar un Reglamento de vida monástica, da, comunica a la misma persona el espíritu con que debe ser observado ese Reglamento, es menester que antes de subir a la montaña de la Salette, cuando estéis en Grenoble, lo escribáis y me lo enviéis.

—¡Oh, Santísimo Padre, por favor! ¡No me mandéis a Grenoble, bajo la autoridad de Monseñor Fava, porque no tendré libertad de acción!

—¿Cómo puede ser eso?

—Mons. Fava me ordenará escribir como él quiere, no como quiere el Espíritu Santo.

—¡No, no! Os encerraréis en una pieza y escribiréis. Cuando hayáis escrito algunas páginas, me las enviáis a Mí.

—Santísimo Padre, perdonadme si me atrevo a manifestaros mis dificultades: cuando yo haya escrito dos páginas, Monseñor de Grenoble me ordenará remitírselas; y so pretexto de hacer mejor las cosas, alterará todo, ordenándome copiar sus explicaciones sobre el modo de practicar la Regla de la Santa Virgen.

—Eso no. He aquí lo que haréis: cuando hayáis escrito una página completa, vos misma la meteréis en un sobre, que ocultaréis bien, y pondréis en él mi dirección así: *Para Su Santidad el Papa León XIII*, que soy yo (*sic*) — y al decir esto último, púsose la mano sobre su pecho.

—Santísimo Padre, perdonadme si nuevamente me permito manifestaros la repulsión que siento de escribir bajo la autoridad de Mons. de Grenoble. Su Grandeza abrirá el sobre, cambiará mis escritos y hará copiar por otra persona lo que él modifique, de manera que no será ya lo que yo haya hecho lo que llegue a Vuestra Santidad.

—¡Oh, no! ¡El obispo de Grenoble no hará eso!

—Santísimo Padre, yo sé por qué os lo digo: la vieja serpiente no duerme nunca.

—¿Y cómo hacer?

—Enviadme, Santísimo Padre, a cualquiera otra región, que no sea la diócesis de Grenoble.

—No es posible. He ordenado que vayáis a la Montaña de la Salette para hacer observar a los sacerdotes y a las religiosas la Regla que la Santísima Virgen os ha dado, y que antes de subir escribáis esa Regla y me la enviéis. Y vos sabéis que cuando el Papa ha dado una orden, no puede reconsiderarla.

—Santísimo Padre, Nuestro Señor os ha confiado todo poder sobre la tierra para gobernar su Iglesia, y ancha es la tierra para ir y volver.

—Escuchad. Orad esta noche y mañana yo os haré conocer mi decisión.

—Santísimo Padre, en la sala hay un sacerdote a quien mi santo obispo de Castellamare ha querido designar para que me acompañara en mi viaje, y con él una compañera mía, que desean la gracia de vuestra bendición.

En seguida el obispo Camarista, con disgusto, dijo dos palabras al Santo Padre, que parecían ser una negativa. Habiendo adivinado, yo reiteré mi solicitud. Y el Santo Padre autorizó finalmente su entrada.

## V

Volvimos a casa. Era de noche. Escribí algunas palabras a mi santo obispo, expresándole mis congratulaciones por el día de San Javier, que así se llamaba él.

Al día siguiente volvimos a casa de Su Eminencia el cardenal Guidi, para darle cuenta de mi entrevista con Su Santidad, del mal efecto que me ha causado el personal que rodea al Santo Padre, de las dificultades experimentadas para que mis compañeros pudieran recibir la bendición de su Santidad León XIII, y por último, de la decisión del Santo Padre, resolviendo que yo quedara en Roma para hacer mis escritos, etc., etc.

Su Eminencia Guidi se mostró estupefacto y apenado porque el Papa no había recibido su tarjeta con las líneas dirigidas y remitidas por su secretario, a fin de advertirle sobre los lazos que podían tenderle los rebeldes a la verdad de Nuestra Señora de la Salette.

—Es increíble que hayan interceptado mi comunicación dirigida al Papa. Y sin embargo, la persona que lo ha hecho no ignora todo lo que arriesga el que se apodera de una carta para el Papa, procedente de un cardenal. Tan cierto es esto, que ni siquiera un cardenal puede, en modo alguno, romper el sello de una carta o de un objeto de otro cardenal. Lo que me ha ocurrido en este caso, es gravísimo.

Mis compañeros contaron a Su Eminencia lo que habían visto antes de mi audiencia, esto es, los billetes de banco que Mons. de Grenoble quiso darme a condición de decir al Santo Padre sólo lo que me indicara el obispo Fava; y que después de haber sido informada, yo había elevado la voz protestando y diciendo que no hablaría o no contestaría al Santo Padre, sino lo que me dictara mi conciencia y lo que el Divino Maestro me inspirara en el momento, y luego, el aire encolerizado del obispo de Grenoble.

Entre otras cosas, le dije a Su Eminencia que había comenzado a escribir el Reglamento cuando me hallaba en Castellamare di Stabia y que deseaba tener esas notas, así como alguna ropa pues no sabía cuánto tiempo me ocuparían esos escritos. Con paternal bondad, Su Eminencia dijo a mi compañera:

—Enviad a Melania todo lo que haya menester. Y todo, bien cerrado y lacrado, a mi dirección, que es ésta.

Y los tres recibimos su dirección.

Después, Su Eminencia agregó:

—Melania, tened cuidado, cuando dejéis vuestra habitación, de cerrarla bien y de guardar siempre la llave en el bolsillo.

Al salir de casa de Su Eminencia nos dirigimos a un negocio, para comprar papel, plumas, tinta y diversos objetos que guardé luego en mi bolso.

Nos retirábamos a nuestro hotel, cuando nos encontramos con el cardenal Ferrieri, acompañado de su secretario, Mons. Bianchi. Venía a buscarme para conducirme a las Salesas, en el *monte Palatino*. Volvemos al hotel, y allí, sola con el buen cardenal Ferrieri, me reitera, de parte del Santo Padre, que "Su Santidad desea que yo no reciba a nadie, que es muy grande la curiosidad de los romanos, y que las incesantes visitas al locutorio me impedirían escribir. Desea que yo esté en completa libertad, tanto para escribir cartas y sellarlas yo misma, como para recibirlas sin que nadie las viole".

Tras esto, partimos.

(Debo agregar que había advertido a mi compañera que si sorprendía nuevas perfidias, no se las haría saber sino en dos palabras, en lengua griega; y esto es lo que ocurrió).

Durante todo el trayecto, Monseñor Bianchi me exhortó a no dejarme influenciar por nadie: "que en Roma no se cree que yo sea libre en mis actos; y que siempre se veía a dos personas cerca de mí para darme órdenes. Que ellas tienen demasiada influencia sobre mí", etc., etc.

—Monseñor, respóndele, Su Grandeza el obispo de Grenoble ha tenido la prueba de que yo no me dejo influenciar. Ha tenido asimismo pruebas de que aun menos me dejo comprar, es decir, comprar mi libertad de conciencia; y sin el menor desprecio por su carácter sagrado, yo he despreciado los billetes de banco que me ofrecía para que repitiera al Santo Padre la lección que acababa de darme. Yo deseo que Dios lo ilumine; que entre por la sen-

da de la justicia; de lo contrario, él será fulminado por los amos a quienes haya servido.

Cambiando la conversación, Monseñor Bianchi me preguntó:

—¿Qué lleváis en ese bolso?

—Cosas que me son necesarias.

Monseñor me dejó. Llegábamos al monasterio.

Su Eminencia el cardenal Ferrieri me dijo:

—Tengo una carta del Papa para la Comunidad, en la que os presenta y recomienda a esas buenas religiosas. Entre otras recomendaciones, Su Santidad les dice que vos debéis tener toda vuestra libertad, y la libertad de vuestro tiempo.

El locutorio se abre. Agradezco efusivamente a Su Eminencia y luego entro.

Mi primera visita fué para el Altísimo, en su Sacramento de amor. Luego fui conducida a mi celda, verdadera celda de salesiana, donde las puertas no tienen cerradura. Dentro, una mesita para escribir, dos sillas y una cama. Esto era todo. Por lo tanto, yo no podía encerrar mis escritos bajo llaves, habiéndose retirado para oír la lectura de la carta del Santo Padre la hermana que me había acompañado hasta la celda.



## VI

Tres o cuatro días después recibí una carta del P. Bernard, misionero de la Salette.

Sin extenderme en detalles, me limito a decir que era una carta de recriminaciones, por "mi desobediencia a las órdenes del Papa", etc., etc.

Entreví en ella la acción de Mons. de Grenoble y de Mons. Bianchi.

Di gracias a Dios por haberme sacado de sus manos. Y sobre todo cuando comprendí la forma en que el obispo de Grenoble quería desentenderse de mí, teniendo en Grenoble, por cómplice, al P. Berthier.

Al cabo de unos siete u ocho días, recibí de mi compañera el cuaderno de notas, los papeles, el lacre y un velo.

Estas cosas habían sido cuidadosamente encerradas en una caja de madera, dirigida a Su Eminencia el cardenal Guidi, que ató de nuevo la caja, con fuertes cintas rojas, lacrando todo en diversos lugares, y poniéndole su sello particular.

La misma Superiora me trajo, en pleno día, la caja. Pero ésta había sido abierta y registrada, después de haber sido rotas las cintas y quitado el lacre. Hice notar esto a la Superiora, que me respondió humildemente que la caja había llegado *tal como yo la veía*.

Ya antes había observado que las cartas que recibía habían sido abiertas; y desde Castellamare di Stabia se me había hecho comprender, en lengua extranjera, que mis cartas enviadas de Roma habían sido abiertas en el sombrío gabinete de Monseñor Bianchi.

Yo debo decir, para no dejar creer que es inocente de buena fe, que la Superiora nada tenía que ver en las maquinaciones de

Mons. Bianchi y del Obispo de Grenoble. Era un instrumento inconsciente del cual se servía Mons. Bianchi.

Escribí a Castellamare y de allí se escribió al cardenal Guidi, el cual hizo preguntar a la Superiora si, para proceder como lo hacía, había recibido una orden superior. Respondió ella negativamente. El cardenal Guidi la invitó a "atenerse a las órdenes del Papa".

Interin, yo escribía de día y parte de la noche. Deseaba terminar en el plazo de dos meses.

A veces la Superiora me invitaba a hacer algunos paseos por el vasto jardín; otras, me pedía que acompañara a una inválida o que fuera a visitar las cuevas, los sótanos del palacio de los Césares, así como que participara de los recreos.

Monseñor Bianchi, que sin duda procuraba mi santificación, dió nuevamente órdenes a la Superiora. Es inútil prolongar esta narración... Algunos días antes de mi partida para Castellamare, la Superiora, que ya me había informado de las frecuentes visitas de Mons. Bianchi para interesarse por mi persona, vino como a presentarme excusas por "si alguna vez se había extralimitado en la discreción a mi respecto". Yo la abracé afectuosamente, asegurándole que siempre me había tratado con excesiva bondad. Ella me abrió su corazón; entre otras cosas, me dijo:

—El Santo Padre ha enviado, tres veces tal vez, al cardenal Ferrieri para saber si escribíais, si alguien venía a visitaros y si el tiempo os alcanza, estando encerrada. Su Eminencia parece estimaros mucho; me ha preguntado por vuestra salud, recomendándome que os cuide bien. Mons. Bianchi ha venido con mucha frecuencia a preguntarme varias cosas relativas a vuestra conducta en la Comunidad. Parecíame irritado cuando yo le hab'aba bien de vos; y me reprochaba negligencia en haceros practicar las virtudes. Me había ordenado que le hiciera llegar todas vuestras cartas, así como las que os estaban dirigidas; y para que no advirtierais que ellas habían sido abiertas, sólo os las remitiera de noche, cuando estuvieseis en la mesa. Me había ordenado que os humillara, principalmente en público; que os contrariara y os contradijera en todo: "Hacedla ir a vuestros oficios". Y simultáneamente me dijo: "Tratad de que no reciba a las personas que vienen al Monasterio. Cuando se reúne con las religiosas, rechazadla, decidle que vaya donde van las mundanas. Que el petróleo de su lámpara sea bastante escaso como para que apenas la ilumine una breve hora en la noche."

Después que hube terminado mis escritos, los hice llegar al cardenal Ferrieri, para el Santo Padre, así como mi carta dirigida al Papa, en la cual decíale que estaba a disposición de Su Santidad, para ir adonde se me ordenara.

Quince días transcurrieron sin la menor noticia. Pasó un mes, siempre sin noticias. Pero Mons. Bianchi ha venido estos últimos días. Lo he podido adivinar en el celo de la Superiora. Esta vez se me quiere hacer salesiana, se me quiere enclaustrar. Ya había tenido esta noticia de un sacerdote francés, a quien Mons. Fava había escrito: "¡Por fin ella está encerrada en un claustro, del que no saldrá nunca más!" No se había tenido en cuenta al Altísimo. Ciertamente es que se ha hecho uso de lo posible y de lo imposible. De nuevo escribí al Santo Padre, quien, posiblemente, nunca ha recibido mis cartas.

Caigo enferma; guardo cama sólo por algunos días, pero la lucha proseguía tenazmente. La Superiora era joven, lo que resultaba grato a las religiosas más viejas. Por ello es que, cuando la Superiora fué conmigo al recreo, una hermana dijo:

—Madre, Melania está demasiado débil para venir hasta aquí. Mirad, parece una desenterrada.

Y viendo que la Superiora no demostraba prestar atención, agregó:

—Madre, se nos ha confiado a Melania bien sana, y ved cómo está ahora.

Otro día la misma hermana le dijo:

—Mucho me gustaría que Melania quedara mucho tiempo y aún para siempre con nosotras; pero no a expensas de su vida; y bien sabéis cómo nos ha sido recomendada. Es un deber de conciencia advertir al Santo Padre el peligro que ella corre.

La lucha, entretanto, se hacía más violenta; y para colmo recibía de la ciudad cartas en las que se me trataba de desobediente, de obstinada, de rebelde a la voluntad del jefe de la Iglesia, y casi de condenada.

Cierta día la Superiora me dijo "que no convenía que yo estuviese sin velo en la casa, mientras las hermanas iban con él." Al punto puse sobre mi cabeza un velo que jamás me he quitado. Después me insinuó la idea de hacerme salesiana. Le dije que el Santo Padre Pío IX había dicho a mi santo obispo que "para cumplir mi misión, yo no debía estar enclaustrada". Nuevamente sor Plácida dijo a la Superiora:

—Madre, ante Dios, para paz de mi conciencia, yo me deslizo de la responsabilidad que la Comunidad había aceptado, respecto del cuidado de Melania, para descargarla enteramente en vos: porque nosotras no tenemos por qué dar órdenes a Melania, sino aquellos que nos la han confiado.

—Yo he escrito, dijo la Superiora; he escrito dos veces.

Por fin llegó el cardenal Ferrieri, y entre otras cosas, me dijo que el Santo Padre ha decidido que yo retorne a Castellamare, y que podía escribir para que alguien viniera a buscarme. Así se hizo.



## VII

Apenas estuve en camino, fuera del convento, pregunté a mi compañera si todavía quedaban en Castellamare creyentes en el Divino Maestro.

—Si, me respondió; pero en Roma, Mons. Fava, Mons. Bianchi y el P. Berthier no han cesado de sembrar en todas partes calumnias criminales y errores.

—Lo que se dice contra mí, dije, mis pecados lo merecen; y esto es un ejercicio de paciencia para hacerme adentrar en mi propia nulidad. En cuanto al Divino Mensaje, éste aplastará a los enemigos del Altísimo. ¿Acaso Dios no dijo, por boca de Jeremías, que su palabra es un fuego ardiente y un martillo que rompe las piedras? Por eso, el que se subleva contra la palabra de Dios, no hace más que procurar su máxima propalación.

En ese momento llegó a nosotros el buen Padre Trévis, que venía a nuestro encuentro. Entre otras cosas, le dije:

—Antes de abandonar a Roma, desearía ver la nueva estatua de Nuestra Señora de la Salette, que Mons. Fava ha venido a disponer.

Fuimos allá.

Una vez en los talleres, vimos diversas estatuas bosquejadas. Sólo una estaba terminada. Mas ninguna parecía representar una Virgen cualquiera. Dije al Padre Trévis:

—Pero, ¿dónde está, pues, la estatua, modelo de Mons. de Grenoble?

—Hela aquí, me dijo el señor que nos hacía visitar su taller.

—¡No, señor, no! ¡Esto no puede ser Nuestra Señora de la Salette! En nada se le parece.

—Sin embargo, dijo el señor, está hecha exactamente sobre el modelo que podéis ver ahí, y que el obispo de Grenoble me

ha dado. Por otra parte, como obispo de la diócesis donde tuvo lugar la Aparición, él debe estar bien informado.

—Su Grandeza Mons. Fava, si, debía estar bien informado; pero el hecho es que él nunca interrogó a los dos pastores. Su modelo es, por consiguiente, completamente fantástico, y bien podríais poner en el zócalo de su estatua: "*Estatua de la Visión privada de Mons. Fava*". Esta nunca será la estatua de Nuestra Señora de la Salette, de la cual no se veía la cabellera, y en cambio lucía sobre su pecho una gran cruz. La madona ha venido, por caridad, por compasión, a enseñarnos con palabras y ejemplos. ¡Un día vengará Dios el desprecio hecho a su divina Madre!

Nos retiramos. El señor, en voz baja, preguntó al P. Trévis "quién era esa dama que parecía tan documentada sobre la vestimenta de Nuestra Señora de la Salette."

Como esa noche yo dejaría Roma, el P. Trévis le dijo:

—Es la Pastora de la Salette...

Nos dirigimos al hotel, y de allí a la estación para Nápoles. Sólo entonces el P. Trévis y mi compañera dijeron las intrigas, las calumnias que los obispos Bianchi y Fava y el P. Berthier habían difundido, por escrito, en Roma y Francia. Nada de ello me alcanzaba: todo, en cambio, era en mi beneficio. ¡Lo que me indignaba era la falsa estatua en mármol dispuesta por el obispo de Grenoble, y que debía ser coronada, ese mismo año 1879, en la Montaña de la Salette!

—¡DIOS mío, no permitáis que triunfe el error del obispo de Grenoble y del padre Berthier. Vos, a quien nada es imposible, destruid los vanos complots de los enemigos de la verdad. ¡Tened piedad de vuestro pueblo; tened piedad de la ceguera de muchas de vuestras ovejas; haced que todos nos convirtamos a Vos, Señor JESUS!

A la noche tomamos el tren para Nápoles-Castellamare di Stabia, y durante ese viaje mis compañeros me hicieron saber la nueva guerra que la prensa negra hacía a la divina Aparición, diciendo:

"Que, derramando un mar de lágrimas, yo le había declarado al Papa no haber visto nada sobre la Montaña";

Diciendo:

"Que el Santo Padre no creía en la Aparición; y que por esa causa el Papa ordena hacer una estatua que no representará a Nuestra Señora de la Salette";

Diciendo:



"Que Melania no ha querido obedecer al Papa y ha sido excomulgada";

Diciendo:

"Que el Papa ha encerrado a Melania en Roma. Que ella es motivo de escándalo. Que quiere salir, pero el Papa no quiere que salga", etc., etc.

## VIII

Llegamos a Castellamare. Una profunda tristeza me oprimía el corazón. No estaba ya allí Monseñor Petagna, mi santo obispo.

Hacia ya unos meses que había abandonado esta tierra de exilio; fuése a recibir la noble y sublime recompensa que DIOS reserva a sus más dignos Ministros, a los que combaten la buena batalla por la justicia.

Algunos meses después, diarios e impresos llovían de todas partes, anunciando pomposamente *"la coronación de la estatua en bello mármol blanco, ejecutada a la vista del Soberano Pontífice, según el modelo que le había presentado Monseñor Fava."*

En esas circunstancias recibí de Roma una carta, y al día siguiente varias otras de diversas personas, también desde Roma, todas las cuales decían, poco más o menos, esto:

"Yo no sé, querida hermana, si ha oído hablar usted del rumor que circula en Roma. Se dice que desde mayo último, la nueva estatua de Mons. de Grenoble no ha sido trabajada porque su escultor padece parálisis en un brazo."

Otra carta:

"¿Sabe usted, queridísima hermana, que el escultor de la Virgen de Monseñor Fava está atacado de parálisis en un brazo?"

Otra:

"Se nos acaba de informar que la coronación de Nuestra Señora de la Salette no tendrá lugar este año, a causa de un accidente ocurrido al escultor, que tiene un brazo paralítico y no ha podido hacer en tiempo su trabajo. En caso de que la coronación tenga lugar, se coronará el modelo en *yeso*, mientras la estatua en mármol se termina..."

Lo cierto es que en setiembre de 1879 se ha coronado, *con gran pompa, el modelo (¡en yeso!)* de Mons. Fava, en razón de no ha-

ber podido terminarse la reproducción en mármol. Se silenciaba el verdadero motivo.

Recibía informes de todas partes y se me daban noticias que circulaban en Francia, procedentes de Mons. Fava y del P. Berthier. Ya se trataba de que "el escultor había debido ausentarse", de que "estaba excesivamente fatigado", de que "se habría prescrito un cierto período de reposo", etc., etc.

Pero, en mi amada tierra de las montañas, donde no penetran los diarios, donde no llegan los ferrocarriles, pues los que más se aproximan distan más de cuatro horas de coche, sólo se conocía lo que los Padres de la Salette decían, esto es: "La estatua en mármol blanco será muy semejante; una obra magistral de arte (4). El modelo ha sido preparado por Su Grandeza Monseñor de Grenoble; y sobre ese modelo maravilloso, la estatua será hecha en Roma, ante las miradas del gran Papa León XIII. Los pastores no han sabido representar la vestimenta de la Virgen. Nuestro gran obispo, Mons. Fava, ha sabido interpretar mejor, con verdadera exactitud, esa celestial vestimenta, en su modelo, que es de cautivadora belleza (5)."

El día de la coronación habían concurrido las multitudes. Dejo la palabra a un testigo ocular, que me ha narrado el hecho:

"La Basílica estaba adornada. La nueva estatua, llegada de Roma, estaba en el Altar Mayor, pero oculta por un telón. Todo el mundo se hallaba ansioso por contemplar a la verdadera Señora de la Salette. Las personas que se hallaban en la planta baja de la Basílica, subían a los asientos para no perder detalles. El oficio hacía demasiado prolongado. Por fin se oyó un rumor sordo. Era la muchedumbre que decía haber visto agitarse el telón. Por último, éste se descorrió lentamente. Aún no se veía más que la cabeza, cuando los habitantes de nuestra región exclamaron:

"—¡ Eso no es! ; No es Ella! ; Tiene los cabellos sueltos sobre los hombros!

"El telón seguía descorriéndose, y siempre, a medida que se veía más distintamente, la gente decía con estupor:

"—¡ Oh! ; Esta no es Nuestra Señora de la Salette; no tiene su Cruz!

(4) Esta obra maestra del arte es de una torpeza y fealdad incomprensibles para cualquiera que ignore la ninguna inteligencia estética de los cristianos modernos.

(5) Es menester ser misionero de la Salette o redactor de *La Croix* para escribir tal anuncio, en el que todas las palabras son ridículas.

"—¡ Oh! ; Se le ve las manos, y tiene una capa como las señoritas de París! ; No es Ella, no es Ella!

"Fué una desaprobación general, hasta que la música y los cánticos cubrieron los murmullos de toda esa buena gente (6)."

Aquí respondo yo a dos preguntas que me han sido formuladas a menudo:

1ª ¿Por qué las Medallas y las Estampas que representan a Nuestra Señora de la Salette no son difundidas en todos los países, como generalmente lo son todas las otras medallas y estampas milagrosas?

2ª ¿Por qué en ninguno de los comercios de objetos de piedad es posible hallar medallas o estampas de Nuestra Señora de la Salette?

Preguntas éstas que yo misma me hice muchas veces; y me mortificaba esa falta de difusión. Yo hubiera querido comprar las estampas y medallas para propalar la devoción de la dulce Madre por dondequiera que yo anduviese. No fué sino en 1871 cuando descubrí la triquiñuela del viejo reptil.

Había venido a Francia para ver a mi llorada madre; más tarde fui a Lyon, para ver a una de mis hermanas. Después de haber estado en Fourvières, entramos en casi todos los comercios de objetos de piedad, ; sin haber podido encontrar una sola medalla o estampa de la Salette!...

Entonces dije a mi hermana:

(6) No queriendo, a causa de su avanzada edad, el cardenal Guibert, delegado de León XIII, subir las gradas del altar, un misionero tomó la diadema y la colocó por sí mismo en la cabeza de la estatua de yeso. Cuando se terminó la estatua de mármol, la diadema se colocó al revés. ¿Cuál de las dos está coronada? Ni la una ni la otra.

1º El Santo Padre no corona una estatua de yeso;

2º Es esencial que la corona sea puesta por el delegado; puede hacerse ayudar, pero es indispensable que intervenga físicamente;

3º La estatua debe ser aquella que será honrada.

El decreto de la coronación de Nuestra Señora de la Salette no ha sido, pues, ejecutado. Cuando se dé cumplimiento a ese decreto, se coronará la verdadera estatua de la Aparición. La súplica de Melania: "Dios mío, no permitáis que triunfe el error del Obispo de Grenoble y del Padre Berthier", etc., no puede ser más completamente acordada. Todo faltó, inclusive el Discurso. Monseñor Paulmier, que debía pronunciarlo se encontró fatigado; Mons. Fava leyó una sarta de frases contra la masonería. Ni siquiera pudo llevarse a cabo la procesión. No hubo el menor orden en aquella multitud descontenta. Ningún milagro ha sido acordado a las súplicas elevadas ante esa estatua. Melania había dicho: "La estatua de la falsa coronación nunca hará milagros".



—¿Sabes dónde se acuñan estas medallas?

—Sí, me contestó.

—Llévame allá.

Llegamos al lugar, y pido cinco o seis gruesas. La dueña me responde que ya no le quedaban más.

—¿Cómo?, le pregunto, ¿no es aquí donde se hacen esas medallas que se venden en la montaña de la Salette?

—Sí, me dijo la mujer, pero los misioneros nos han dado su confianza, a condición de que serán *excluidos* todos los otros comerciantes de este ramo. Esas medallas puede usted encontrarlas en la casa de los padres de la Salette.

He ahí cómo supe, con el corazón traspasado de dolor, por qué en los otros comercios no se encuentran medallas de Nuestra Señora de la Salette.

¿No es acaso menester que esos pobres padres miserables hayan perdido de vista al Altísimo y sus almas la eternidad del castigo, para atreverse a sustituir con su gloria, con su interés material, la gloria de ese Dios que debe juzgarlos? ¡Hasta dónde hemos llegado!... ¡Y esos seres osaban decirse los Misioneros de la Salette, cuando toda su preocupación era acumular tesoros sobre tesoros, y aborrecían a los pobres! ¡Han dejado padecer hambre al bueno, al desinteresado, al virtuoso Maximino, que habría hecho llorar de compasión a las mismas piedras!

MARIA DE LA CRUZ, PASTORA DE LA SALETTE

Es copia fiel. Mayo 18 de 1904.

H. RIGAUX,

*Cura de Argœuves.*

Las notas que se encontrarán aquí, en cada página, y que forman un comentario acompañado del relato de la Pastora, obran en poder de un excelente sacerdote que tuvo el honor de conocer personalmente a Melania y de ser su director espiritual en los últimos tiempos de su existencia.

## LA APARICIÓN

de la

SANTISIMA VIRGEN MARIA

en la Montaña de la Salette

el 19 de setiembre de 1846

Publicada por la Pastora de la Salette, con el Imprimatur del Obispo Mons. de Lecce.

*"Pues bien, hijos míos, vosotros lo haréis conocer de todo mi pueblo."*

I

El 18 de setiembre, víspera de la santa Aparición de la Santa Virgen, yo estaba sola, como era habitual, cuidando las cuatro vacas de mis amos. Hacia las once de la mañana vi que se me aproximaba un niño. Al verlo me asusté, pues me parecía que todo el mundo debía saber que yo rehuía toda clase de compañía. Este niño se acercó más, y me dijo: "Pequeña, vengo a acompañarte; yo también soy de Corps." Al oír esas palabras, mi maldad innata se manifestó de inmediato, y retrocediendo algunos pasos, le dije: "No quiero a nadie; deseo estar sola." Después me alejé, pero el niño me seguía <sup>(1)</sup> diciéndome:

"¡Vaya! Déjame contigo; mi amo me ha dicho que viniera a cuidar mis vacas con las tuyas; yo soy de Corps."

Yo me marché, haciéndole el gesto de no querer a nadie, y cuando me hube alejado, me senté sobre el césped a conversar con las florecillas del Buen Dios.

Un momento después miro tras de mí, y encuentro a Maximino sentado muy cerca. Díjome entonces: "Cuidame, yo seré bueno" <sup>(2)</sup>.

(1) Melania tenía entonces catorce años y diez meses, pero débil y pequeña, no demostraba más de dos lustros. Era muy tímida por temperamento, y sus largos años de servicios entre extranjeros, así como la falta de ternura de su madre, que nunca la había besado, no habían servido para corregir ese defecto del carácter. Pero la piadosa niña, a quien el Cielo había visitado mucho antes de 1846, buscaba con preferencia la soledad, para estar más unida a Dios. Su "Amable Hermano" le había dicho: "Hermana mía, huid del ruido del mundo, amad el retiro y el recogimiento; tened vuestro corazón; que Jesucristo sea vuestra sola ocupación. Amad el silencio y escucharéis la voz del Dios del Cielo que os hablará al corazón; no os unáis a nadie, y Dios será todo vuestro."

(2) Maximino no tenía más que once años aunque parecía tres años menor. Nunca había estado al servicio de nadie, y sólo para reemplazar por ocho días a un pastor enfermo había sido pedido a su padre, carretero de

Pero mi mala inclinación no entendía razones. Me levanto de nuevo, precipitadamente, y me voy un poco más lejos, sin decirle una palabra, volviendo a jugar con las flores del Buen Dios.

Momentos después estaba a mi lado Maximino, repitiéndome que sería juicioso, que no hablaría, que se aburriría si estaba solo, y que su amo lo enviaba junto a mí... Esta vez me apiadé de él; le indiqué que se sentara y continué con las florecillas del Buen Dios.

Maximino no tardó en romper el silencio, echando a reír (yo creo que se reía de mí); lo miro, y me dice: "Vamos a jugar". Nada le respondí, pues era tan ignorante que no imaginaba un juego cualquiera con otra persona, desde que siempre había estado sola. Seguí entreteniéndome sola con las flores, y Maximino se acercó aún más a mí, sin dejar de reír, y me dijo que las flores no tenían oídos para escucharme, y que debíamos jugar juntos. Pero yo no tenía inclinación alguna por el juego que él me proponía. Sin embargo, comencé a hablarle, y él me dijo que los diez días que tenía que pasar con su amo estaban por terminar, debiendo entonces ir a Corps, a casa de su padre, etc. . . .

Mientras me hablaba, se dejó oír la campana de la Salette, anunciando el Angelus; hice un signo a Maximino para que elevara su alma a Dios. Descubrióse y guardó un instante de silencio. En seguida le pregunté: "¿Quieres comer?" — "Sí, me dijo, vamos." Nos sentamos; tomé de mi saco las provisiones que me habían dado mis amos, y según mi costumbre, antes de cortar mi redondo panecillo con la punta de mi cuchillo, marqué en él una cruz, haciendo en medio de ésta un pequeño agujero, al tiempo que decía: "Si dentro está el diablo, que salga de ahí; pero si está Dios, que se quede", y sin perder un segundo, volví a tapar el hueco. Maximino rompió a reír estrepitosamente y dió un puntapié a mi pan, que rodó hasta el pie de la montaña y se perdió.

Yo tenía otro pedazo de pan, que comimos entre los dos; en seguida nos pusimos a jugar; después, comprendiendo que Maxi-

Corps. Aquél se había negado al principio, diciendo que "Memin", atolondrado como era, sería capaz de dejar caer las vacas en los precipicios, y sólo cedió ante la promesa de que no faltaría alguien que lo vigilase. "Memin" era tan cándido como avisado, indiscreto y revoltoso. "Déjame, seré juicioso"... ¡Qué simplicidad! Pero era la turbulencia y el movimiento continuos; y aunque muy inteligente mostrábase tan desatento que en tres años su padre sólo pudo enseñarle el "Padrenuestro" y el "Ave María". Lo llamaba "el inocente".

Melania no sabía ni comprendía el francés. Maximino tampoco lo hablaba, pero comprendía algunas palabras.

mino debía tener necesidad de comer <sup>(3)</sup>, le indiqué un lugar de la montaña donde podía encontrar algunas frutas. Lo exhorté a ir y comer, lo que hizo sin tardar; se hartó de frutas, y además trajo su sombrero lleno de ellas. Por la tarde bajamos juntos la montaña, prometiéndonos volver a guardar las vacas en común.

El siguiente día, 19 de setiembre <sup>(4)</sup>, en el camino encontré a Maximino; subimos la montaña uno al lado del otro. Descubrí que Maximino era muy bueno, muy sencillo, y que le agradaba la conversación que yo quería sostener; también era sumamente dócil; pero algo curioso, porque cuando estaba lejos de él, si me veía inmóvil, acudía rápidamente para ver qué hacía u oír lo que yo decía a las flores del Buen Dios; y cuando no llegaba a tiempo, me preguntaba qué había dicho. Maximino me pidió que le enseñara algún juego. La mañana era ya avanzada; díjele que recogiera flores para hacer el "Paraíso" <sup>(5)</sup>.

Los dos nos pusimos a trabajar en eso; pronto tuvimos una cantidad de flores de diversos colores. El Angelus del pueblo se podía oír, pues el tiempo estaba bueno y el cielo diáfano.

(3) En lugar de regañar al aturdido que, con rápido puntapié había hecho rodar el panecillo hasta el fondo de la montaña, no solamente divide con él el pan que le queda, sino que piensa sólo que el niño debe tener hambre, y no se preocupa de sí misma. Las privaciones y las penitencias que esta frágil criatura se impuso durante años, y que sostuvo toda su vida, han sido más que heroicas, milagrosas.

(4) Ese año, el 19 de setiembre cayó en la víspera de la festividad de Nuestra Señora de los Siete Dolores, cuyas Vísperas rezaba la Iglesia a la hora misma de la Aparición. El discurso de la Santa Virgen, su ropaje, sus lágrimas, el recorrido que hizo, que tiene exactamente las sinuosidades del Calvario, todo estuvo relacionado con esa fiesta, como para que no pongamos en duda que nuestras rebeldías contra Dios y su Iglesia son las siete dagas que al pie de la Cruz atravesaron su corazón.

(5) El atolondrado, que pasaba todo su tiempo en Corps entretenido en juegos propios de su edad, se fastidia como el día anterior, y quiere jugar más. La Pastora, que nunca se ha recreado, le enseña entonces a hacer un "Paraíso"...

MARÍA ha reunido a sus dos queridos hijos, de carácter tan opuesto, y la mano de su providencia ha sabido conducir al "inocente" a la montaña, de una manera tan natural, que el pastor reemplazado, sano al siguiente día y reintegrado a su tarea, dirá con encantadora ingenuidad: "¡He sido bien desdichado! —; Por qué? —He caído enfermo: sin eso, yo habría visto a la Santa Virgen. Es a mí a quien *Mémin* reemplazó, y precisamente ha sido en estos ocho días que él ha visto a la Santa Virgen. ¡Ah, Señor! —Sin esa enfermedad, *habría sido yo quien hubiera visto* la Santa Virgen!"

Este joven era manso, tranquilo y piadoso. Pero la Madre de Dios necesitaba un buen atolondrado, como Maximino, que no *vió nada* en la Aparición, y que ni lo *advirtió* él mismo.

Después de haber dicho al buen Dios lo que sabíamos, propuse a Maximino conducir nuestras vacas hacia una meseta junto a la quebradita, donde hallaríamos piedras para construir el "Paraíso". Llevamos nuestras vacas a dicho lugar, y seguidamente tomamos nuestra frugal comida; luego nos pusimos a acarrear piedras y a levantar nuestra casita, que consistía en una planta baja que quería representar nuestra vivienda, y después un piso superior que para nosotros sería el "Paraíso".

Esta planta estaba cubierta de flores de diversos colores, algunos de cuyos tallos sostenían coronas. El "Paraíso" se hallaba cubierto con una sola y ancha piedra, que habíamos tapizado con florecillas; también por todo su contorno habíamos suspendido coronas. Terminada nuestra obra, la contemplamos; nos acometió el sueño, y alejándonos unos pasos de allí, nos dormimos sobre el césped.

La Bella Señora se sentó sobre nuestro "Paraíso" sin hacerlo desmoronar <sup>(6)</sup>.

(6) Desde el momento en que todavía no ha sido cuestión de la Bella Señora, la impaciencia de Melania en señalar esta particularidad denota su admiración por la bondad de la Santa Virgen, que de ese modo le testimonió su agrado por aquella recreación.

Habiéndome despertado y no viendo a nuestras vacas, llamé a Maximino y trepé al pequeño montículo. Desde allí observé que nuestras vacas estaban echadas tranquilamente, y volví a bajar, al tiempo que Maximino subía la misma cuesta, cuando de pronto vi una hermosa luz, más brillante que el sol, y apenas pude articular estas palabras: "Maximino, ¿ves aquello? ¡Ah, Dios mío!" Al mismo tiempo dejé caer el cayado que tenía en la mano. Yo no sé qué impresión deliciosa tuve en ese momento, pero me sentía como atraída, dominada por un gran respeto pleno de amor, y mi corazón hubiera querido correr más de prisa que yo (7).

Miré fijamente esa luz, que aparecía inmóvil; y como si se hubiera abierto, vi otra luz mucho más esplendorosa que se movía, y en medio de ella a una Bellísima Señora sentada sobre nuestro "Paraíso", con la cabeza entre las manos. Esta Bella Dama se levantó, cruzó a medias sus brazos, observándonos, y nos dijo: "Acercaos, hijos míos, no tengáis temor; estoy aquí para anunciaros una gran nueva." Estas dulces y suaves palabras hicieronme volar hacia ella, y mi corazón habría querido adherirse a ella para siempre. Llegada muy junto a la Bella Dama, delante de ella y a su derecha, comienza su discurso, y de sus bellos ojos las lágrimas también comienzan a rodar:

*Si mi pueblo no quiere someterse, me verá obligada a dejar caer la mano de mi Hijo. Ella es tan ruda y tan pesada, que ya no puedo contenerla más.*

(7) El primer sentimiento de Maximino, que nunca había tenido aparición alguna, y creyó que Melanía estaba asustada, fué diferente. "¡Vaya!, dijo toma tu cayado", y b'audiendo amenazadoramente el suyo: "si ella nos toca, yo le echaré un buen golpe" Ya la luz se había hecho: Melanía reconoció de inmediato a la Santa Virgen, y fué presa de temor, casi de espanto, al ver llorar a la que sólo había visto siempre beatífica.

*¡Cuánto tiempo hace que sufro por vosotros! Para que mi Hijo no os abandone, es indispensable que le rugue incesantemente. Vosotros no os preocupáis en absoluto por ello. Por mucho que rogarais, por mucho que hicierais, nunca legarais a recomendar la pena que me he tomado por vosotros.*

*Os he dado seis días para trabajar, reservándome el séptimo, y no se quiere acordármelo (8). Esto es lo que tanto hace pesar el brazo de mi Hijo.*

*Los que conducen las carretas no saben hablar sin mezclar en ello el Nombre de mi Hijo. Estas son las dos cosas que hacen tan pesado el brazo de mi Hijo (9).*

*Si la cosecha se arruina, sólo vuestra es la culpa.*

*Yo os lo hice ver el año pasado en las patatas, pero no habéis hecho caso alguno; al contrario, cuando las encontráis podridas, juráis y mezcláis el Nombre de mi Hijo. Ellas continuarán pudriéndose; en Navidad ya no habrá más.*

Yo traté de interpretar bien esta expresión: patatas (a); creía entender que significaba manzanas (b). La Bella y Buena Señora, adivinado mi pensamiento, prosiguió así:

*¿No me habéis comprendido, hijos míos? Os lo diré de otro modo.*

La traducción en francés es la siguiente:

*Si la cosecha se echa a perder, no es más que por causa de vosotros; esto os lo mostré el año pasado con las patatas, y no reparasteis en ello; por el contrario, cuando hallabais patatas po-*

(8) La Santa Virgen habla aquí en nombre de Dios, y el Cristo vivo que ella llevaba sobre su corazón pronunció las palabras al mismo tiempo.

(9) Sin la observación del Domingo no puede haber vida religiosa. Hace ya quince siglos, Tertuliano repetía estas palabras a los fieles de su tiempo: "Sin el Domingo, no puede haber cristianos *Non est christianus sine dominica*." Asimismo, entre las preguntas dirigidas a los mártires por sus perseguidores, se distinguía sobre todo ésta: "¿Observáis el domingo?", y si la respuesta era afirmativa, ya no se preguntaba más, pues en ello se reconocía el cristianismo, por así decir, todo entero. Pero la Santa Virgen reprocha a su pueblo un segundo crimen más enorme todavía que la violación del Domingo, esto es, la blasfemia. Cuando toda boca, no sólo no reza más, sino que blasfema; cuando un pueblo entero como en Francia no solamente olvida honrar a Dios, sino que lo insulta y lo niega ¿qué sanciones no merece? "Estas son las dos cosas que tanto hacen pesar el brazo de mi Hijo."

(a) La duda se presentaba a la Pastora toda vez que en el original, patatas (*pommes de terre*) se expresa, literalmente: manzanas de tierra.

-- N. del T.

(b) *Pommes* (en francés). N. del T.



aridas, jurabais y mezclabais en ello el Nombre de Mi Hijo. Ellas seguirán pudriéndose y en Navidad ya no quedará más.

Si tenéis trigo, no deberá ser sembrado.

Todo lo que sembréis será devorado por los animales; y lo que germine se transformará en polvo cuando vayáis a cosecharlo. Sobrevendrá una gran miseria. Antes que ésta se produzca, los niños menores de siete años, serán presa de un estremecimiento y morirán en los brazos de las personas a cuyo cargo estén; los otros harán penitencia por el hambre. Las nueces se echarán a perder, y se pudrirán las uvas (10).

(10) Esas amenazas eran condicionales: "Si mi pueblo no quiere someterse." El movimiento de conversión que se produjo luego de la Aparición, no fué suficiente; la mayor parte de aquéllas se han cumplido al pie de la letra.

La Santa Virgen había dicho que las patatas seguirían perdiéndose y que para Navidad ya no habría más. Pero desde el comienzo del invierno, los pobres morían de hambre en la montaña: no tenían siquiera una patata que comer. Y esto ocurrió en toda Francia y en el extranjero, pero sobre todo en Irlanda. Todos los diarios de Londres del 21 de enero de 1847 decían: "Sólo para Irlanda, las pérdidas ocasionadas por el fracaso de la cosecha de patatas puede estimarse en 12 millones de libras esterlinas, es decir, unos 300 millones de francos." (Gazette du Midi, 28 de enero de 1847.) Habiendo continuado muchos años esta miseria, la población de la Isla descendió en 1866-1867, de ocho millones a cinco millones de habitantes. Esos tres millones de irlandeses murieron de hambre o emigraron...

Ella dijo que el trigo sería comido por los animales, y se trocaría en polvo. Ahora bien: la enfermedad del "pictin" se declaró en 1851, y causó en Europa enormes pérdidas.

He aquí lo que un corresponsal del *Univers* escribió sobre esa peste del trigo, en el número del 15 de julio de 1856:

"Yo he abierto los alvéolos o pajas secas. Las unas no contienen granos, y son sin duda las que primero fueron atacadas, cuando los embriones estaban apenas anudados. Las otras encierran un grano magro y seco, absolutamente desnutrido; éstas fueron invadidas más tarde. En unas y otras hemos encontrado, bajo apariencia de un polvo amarillo, unos gusanillos que, a no dudar, son los que producen esos estragos. Cada cual puede hoy comprobar el mismo fenómeno: basta ir al primer campo de trigo, tomar algunas espigas, abrir las corolas señaladas en las raíces por una mancha negra y se verá pulular esos animálculos..."

Ella había dicho que sobrevendría una gran miseria y que los hombres harían penitencia por el hambre. Así, en 1854-55, el trigo se vendía en Francia de 55 a 60 francos los cien kilogramos. Según estadísticas publicadas por el *Constitutionnel* y el *Univers* en 1856, la escasez de víveres habría causado a Francia, en los años 1854 y 1855, la muerte de ciento cincuenta y dos mil personas, y de más de un millón en toda Europa, según otros diarios. Y el *Univers* del 12 de diciembre de 1856, agregaba: "Bajo este eufemismo *Decesos resultantes de la carestía*, debe leerse: *Muertos de*

Al llegar a este punto, la Bella Señora que me cautivaba, permaneció un instante sin hacerse oír; sin embargo, yo veía que ella,

miseria y de hambre... Se ignora la cifra de 1856, pero la causa no ha desaparecido..."

En España, el gobierno compró trigo por valor de 60 millones de reales a fin de evitar la miseria. En Polonia, los víveres eran tan caros, en 1856 que el emperador de Rusia aumentó en un tercio el sueldo de sus funcionarios.

Ella había dicho que antes del hambre, los niños serían presa de un temblor y morirían en los mismos brazos de sus guardadores. Pues bien, en 1847 la realización de la amenaza comenzó por una gran mortandad infantil en el cantón de Corps. En 1854, setenta y cinco mil niños menores de siete años murieron en Francia, a causa de la *fiebre miliar*. Acometáales un sudor glacial, seguido de un temblor, que les producía la muerte al cabo de dos horas de sufrimientos.

Ella había dicho que las nueces se apestarían. Pues bien, un informe elevado en 1852 al ministerio del interior demostró que la peste de los nogales había perdido el año anterior la cosecha en Lyon, Beaujolais e Isère, lo que constituía una calamidad para esas regiones, uno de cuyos principales recursos es precisamente esa producción.

Ella había dicho que las uvas se pudrirían. Y el azote perdura todavía, pues ya van sesenta años que las uvas se pudren...

¿El solo cumplimiento de las amenazas proféticas públicas no es acaso suficiente para que se diga: si la Salette no es un artículo de fe, es un artículo de buena fe; si la Salette no es un dogma, es una gracia inmensa de la que no se ha aprovechado bastante?

Comentando y meditando el Secreto, párrafo a párrafo, veremos que sus amenazas proféticas, más numerosas y mucho más graves que las del discurso público, se han cumplido plenamente hasta el presente. Esto es la antorcha divina por excelencia, pues la profecía no es posible sino a Dios. Es evidente que está por encima del poder de las criaturas, no solamente dirigir los acontecimientos lejanos, sino también preverlos con certeza, cuando sus causas no existen todavía.

La gran Aparición de la Salette ha sido iluminada por todas las antorchas. Tres años y algunos meses después, el abate Miguel Perrin, que hacía el servicio de la peregrinación, atestiguaba, *prueba en mano, más de doscientas cincuenta curas* obtenidas por la invocación de Nuestra Señora de la Salette. La fuente, que no "manaba" sino al fundirse las nieves o a continuación de grandes lluvias, y que a partir de entonces resiste a todas las sequías, es un milagro permanente.

Antorcha divina, los interrogatorios que se ha hecho sufrir a los niños. ¿No es milagroso ver a dos niños, que el día anterior no conocían la lengua francesa, recitar, sin comprenderlo, un prolongado discurso, y explicarse fácilmente en este idioma? "Los interrogatorios más sutiles no les amedrentaban lo más mínimo, ni los desconcertaban las preguntas más capciosas; eludían todas las celadas por medio de respuestas claras y perentorias. En careo o separadamente, sus deposiciones se armonizan, se complementan, se corroboran, incluso sobre detalles triviales. Los teólogos se declararon vencidos; los jurisconsultos y los sabios, primero extremadamente

como si hablara, seguía moviendo graciosamente sus amables labios. Maximino recibía entonces su secreto. Después, dirigiéndose

csados, muy pronto temieron ver con demasiada claridad. Al cabo de uno de esos interrogatorios, se le preguntó a Melania si no estaba cansada de repetir tantas veces las mismas cosas.

—No, señor.

—Sin embargo, esto debe fastidiaros, sobre todo cuando se trata de preguntas embarazosas.

—Señor, nunca se me han hecho preguntas embarazosas...

Silencio y estupefacción. Todo el auditorio se mira y cada cual se encuentra *perplejo* ante la inutilidad de su esfuerzo.

El abate Dupanloup, más tarde obispo de Orleans, se declaró *abrumado* por esos dos niños. "Debe notarse, escribió el 11 de junio de 1848, que jamás hubo acusado que fuera tan acosado a preguntas sobre un crimen, como lo han sido, desde hace dos años, estos dos campesinitos con motivo de la visión que relatan. A las dificultades previamente preparadas, y a veces premeditadas paciente e insidiosamente, siempre han opuesto respuestas, prontas, breves, claras, concretas y terminantes. Se tiene la firme sensación de que serían radicalmente incapaces de tanta presencia de ánimo si todo ello no fuera verdad. Se les ha conducido, como a malhechores, al lugar mismo, sea de su revelación o de su impostura; las personalidades más graves y más distinguidas no los desconciertan ni los asustan las amenazas o las injurias, ni los rinden las caricias ni las dulzuras, ni los fatigan los extensos interrogatorios, ni la frecuente repetición de todas esas pruebas los sorprende en contradicción, ya sea entre sí ya aisladamente."

Esa asistencia sobrenatural ha durado toda la vida.

Un sabio profesor de teología y su amigo cura de una gran ciudad, habían ido a la Salette con una docena de objeciones premeditadas para proponérselas a Maximino, cuando éste dejara su tienda para venir a pedido de los peregrinos (que lo preferían a los Misioneros) que hiciera el relato del milagro. Terminada la exposición de Maximino, el profesor propuso la primera objeción. El niño se limitó a decir: "Pase usted a la segunda". Lo mismo ocurrió hasta llegar a la quinta objeción; entonces Maximino respondió con algunas palabras, haciendo desmoronar todas las objeciones precedentes, y este derrumbe arrastró a las siete restantes. Viendo esto, aquel profesor y aquel cura dijéronnos, pues nos hallábamos presente: "Este joven está siempre en su misión; hoy, como antes, es asistido por la Santa Virgen; esto resulta evidente. Ningún teólogo, así fuera el más sabio del mundo, habría podido hacer un esfuerzo semejante. Todo esto es, en verdad, sobrehumano. Nos ha probado el milagro mejor de lo que hubieran podido hacerlo las más fuertes demostraciones." (AMADEO NICOLAS).

Todos esos signos divinos son nada, por así decirlo, en comparación con las maravillas de gracia operadas en las almas. Convertir a los pecadores, traerlos a Jesús, tal es el objeto de la Aparición de la Salette, y tal fué el efecto en todas partes donde fué comprendida. ¿No es milagroso ver convertirse, luego de la narración de los niños, a multitudes que la oían al principio con la máxima prevención y muchas veces con desprecio? A partir del primer año, el cantón de Corps fué renovado enteramente. No

a mí, la Santísima Virgen me habló y me dió un secreto en francés. Helo aquí, todo entero y tal como ella me lo diera:

sólo se dejó oír allí blasfemias, no sólo no se vió ya a nadie trabajar en Domingo, sino que todos frecuentaban las iglesias, y desde 1847 casi todos celebraban sus Pascuas. Así es como en Corps, una población de mil ochocientos habitantes, no hubo treinta que descuidaran ese importante deber.

Pero no hay para qué extenderse sobre esos signos divinos, cuando puede alegarse una autoridad superior: la de la Santa Iglesia. Si la Salette no es un artículo de fe, es artículo de buena fe; si no es un dogma, es de todos modos una gracia de la que no hemos aprovechado bastante.



### III

1. *Melania, lo que voy a decirte ahora, no será siempre un secreto; podrás publicarlo en 1858* <sup>(11)</sup>.

2. *Los sacerdotes, ministros de mi Hijo, los sacerdotes, por su mala vida, por sus irreverencias y por su impiedad en celebrar los santos misterios, por su amor al dinero, a los honores y a los placeres, se han convertido en cloacas de impurezas. Si, claman venganza, y la venganza está suspendida sobre sus cabezas. ¡Maldición a los sacerdotes y a las personas consagradas a Dios, que con sus infidelidades y su mala vida crucifican de nuevo a mi Hijo! Los pecados de las personas consagradas a Dios claman al Cielo y piden venganza, y ésta se halla suspendida sobre sus cabezas, porque nadie implora ya misericordia y perdón para el pueblo, porque no hay ya almas generosas, no hay ya personas dignas de ofrecer la Víctima inmaculada al Eterno, en favor del mundo.*

3. *Dios va a herir de un modo como no hay ejemplo.*

4. *¡Desventurados los habitantes de la tierra! Dios va a agotar su cólera, y nadie podrá sustraerse a tantos males reunidos.*

5. *Los jefes, los conductores del pueblo de Dios, han desdenado la oración y la penitencia, y el demonio les ha ofuscado la inteligencia; se han transformado en estrellas errantes que el viejo diablo arrastrará con su cola, para hacerlos perecer. Dios permitirá a la vieja serpiente sembrar la división entre los reinantes, en todas las sociedades y en todas las familias; se padecerá males físicos y morales; Dios abandonará a los hombres a sí mis-*

(11) ¡Admirable plazo: la Santa Virgen quiso que Melania fuese relevada de su Secreto inmediatamente después de su aparición en Lourdes, el 11 de febrero de 1858! Es asombroso que nadie, al parecer, haya reparado en esto. (LEÓN BLOY).

*mos y enviará castigos que se sucederán durante más de treinta y cinco años.*

6. *La Sociedad está en vísperas de los más terribles azotes y de los más grandes acontecimientos; se debe aguardar ser gobernado por una barra de hierro y beber el cáliz de la cólera de Dios.*

7. *Que el Vicario de mi Hijo, el Soberano Pontífice Pío IX, no salga más de Roma, desde el año 1859; pero que sea firme y generoso, que luche con las armas de la fe y del amor; yo estaré con él.*

8. *Que desconfíe de Napoleón; doble es su corazón, y cuando intente hacerse, al mismo tiempo, Papa y Emperador, Dios no tardará en abandonarlo; es un águila que, queriendo elevarse constantemente, terminará por caer sobre la espada de la cual quería servirse para hacerse elevar por los pueblos.*

9. *Italia será castigada por su ambición de sacudir el yugo del Señor de los Señores; también será entregada a la guerra; la sangre correrá por todas partes; las iglesias serán cerradas o profanadas; los sacerdotes, los religiosos, serán expulsados; se les hará morir, y de una muerte cruel. Muchos abandonarán la fe, y grande será el número de los sacerdotes y religiosos que se separarán de la verdadera religión; entre ellos también habrá obispos.*

10. *Que el Papa esté en guardia contra los hacedores de milagros, porque ha llegado el tiempo en que los prodigios más estupendos tendrán lugar sobre la tierra y en los aires.*

11. *En el año 1864, Lucifer y gran número de demonios serán destacados desde el infierno: poco a poco abolirán la fe, hasta en las personas consagradas a Dios; las cegarán de tal modo, que salvo el caso de una gracia particular, esas personas tomarán el espíritu de los malos ángeles; muchas casas religiosas perderán totalmente la fe, y perderán muchas almas.*

12. *Los malos libros abundarán sobre la tierra, y los espíritus de las tinieblas difundirán por todas partes un relajamiento universal para todo lo que se relacione con el servicio de Dios; adquirirán un enorme poder sobre la naturaleza; habrá iglesias al servicio de esos espíritus. Serán transportadas algunas personas, de un lugar a otro, por esos espíritus malos, y hasta sacerdotes, porque ellos no serán guiados por el buen espíritu del Evangelio,*

que es espíritu de humildad, caridad y celo por la gloria de Dios. Se hará resucitar a muertos y a justos. (Es decir, que esos muertos tomarán la imagen de las almas justas que habían vivido sobre la tierra, para seducir mejor a los hombres; esos presuntos muertos resucitados, que no serán más que otras tantas imágenes del demonio, predicarán otro Evangelio contrario al del verdadero Cristo Jesús, negando la existencia del Cielo, serán también las almas de los condenados. Todas esas almas aparecerán como unidas a sus cuerpos). Habrá extraordinarios prodigios en todos los lugares, porque la verdadera fe se ha apagado y la falsa luz ilumina el mundo. ¡Ay de los Principes de la Iglesia que sólo se hayan ocupado de acumular riquezas sobre riquezas, de salvaguardar su autoridad y de dominar con orgullo!

13. El Vicario de mi Hijo tendrá mucho que sufrir, porque durante un tiempo la Iglesia será víctima de grandes persecuciones; será ése el tiempo de las tinieblas; la Iglesia pasará por una horrible crisis.

14. Olvidada la santa fe en Dios, cada individuo querrá guiarse por sí mismo y ser superior a sus semejantes. Los poderes civiles eclesiásticos serán abolidos, y pisoteados serán todo orden y toda justicia; no se verá más que homicidios, odio, envidia, mentira y discordia, sin amor por la patria ni por la familia.

15. El Santo Padre sufrirá mucho. Yo estaré con él hasta el fin, para recibir su sacrificio.

16. Los malvados atentarán muchas veces contra su vida sin poder hacerle daño; pero ni él ni su sucesor verán el triunfo de la Iglesia de Dios.

17. Los gobernantes civiles tendrán todos un mismo designio, que será el de abolir y hacer desaparecer todo principio religioso, para dar lugar al materialismo, al ateísmo, al espiritismo y a toda clase de vicios.

18. En el año 1865 se verá la abominación en los lugares santos; en los conventos, las flores de la Iglesia estarán corrompidas y el demonio se erigirá en rey de los corazones. Que los que se hallan a la cabeza de las comunidades religiosas presten atención a las personas que deben recibir, porque el demonio empleará toda su malicia para introducir en las órdenes religiosas a personas entre-

gadas al pecado, y los desórdenes y la pasión por los placeres carnales serán difundidos por toda la tierra.

19. Francia, Italia, España e Inglaterra estarán en guerra; la sangre correrá por las calles; el francés luchará contra el francés, el italiano contra el italiano; a continuación habrá una guerra general, que será espantosa. Por un tiempo, Dios se olvidará de Francia y de Italia, porque el Evangelio de Jesucristo no es ya conocido. Los malvados desplegarán toda su malicia; hasta en las casas habrá muertes y matanzas mutuas.

20. Al primer golpe de su espada mortífera, las montañas y la tierra toda se estremecerán de espanto, porque los desórdenes y los crímenes de los hombres traspasan la bóveda de los cielos. París será incendiado y Marsella engullida; muchas grandes ciudades serán sacudidas y sepultadas por terremotos; se creará que todo está perdido; no se verá más que homicidios; no se oirá más que rumor de armas y de blasfemias. Los justos sufrirán mucho; sus oraciones, su penitencia y sus lágrimas subirán hasta el Cielo, y todo el pueblo de Dios pedirá perdón y misericordia y buscará mi ayuda y mi intercesión. Entonces, por un acto de su justicia y de su misericordia infinita para con los justos, Jesucristo ordenará a sus ángeles que den muerte a todos sus enemigos. De pronto, los perseguidores de la Iglesia de Jesucristo y todos los pecadores perecerán, y la tierra quedará como un desierto. Entonces se hará la paz, la reconciliación de Dios con los hombres; Jesucristo será servido, adorado y glorificado; en todas partes florecerá la caridad. Los nuevos reyes serán el brazo derecho de la Santa Iglesia que, a su vez, será fuerte, humilde, piadosa, pobre, solícita e imitadora de las virtudes de Jesucristo. El Evangelio será predicado en todas partes y los progresos de la fe serán grandes, porque habrá unidad entre los obreros de Jesucristo y porque los hombres vivirán en el temor de Dios.

21. Esta paz entre los hombres no será larga; veinticinco años de abundantes cosechas les harán olvidar que los pecados son la causa de todas las penas que caen sobre la tierra.

22.—Un precursor del anticristo, con sus tropas de muchas naciones, combatirá contra el verdadero Cristo, el único Salvador del mundo; derramará mucha sangre y querrá destruir el culto de Dios para hacerse contemplar como un Dios.



23. La tierra será azotada por toda clase de plagas (aparte de la peste y el hambre, que serán generales); habrá guerras, hasta la definitiva, que entonces será hecha por los diez reyes del anticristo, todos los cuales tendrán un mismo propósito y serán los únicos que gobernarán el mundo. Antes que esto ocurra, habrá una especie de falsa paz en el mundo; no se pensará más que en diversiones; los malos se entregarán a toda suerte de pecados; pero los hijos de la Santa Iglesia, los hijos de la fe, mis verdaderos imitadores, crecerán en el amor de Dios y en las virtudes que me son más queridas. ¡Dichosas las almas humildes conducidas por el Espíritu Santo! Yo combatiré con ellas hasta que lleguen a la plenitud de la edad.

24. La naturaleza clama venganza contra los hombres, y se estremece de espanto a la espera de lo que debe ocurrir en la tierra manchada de crímenes.

25. Temblad, tierra, y vosotros, que hacéis profesión de servir a Jesucristo y que íntimamente os adoráis a vosotros mismos, temblad, pues el Señor va a entregaros en manos de su enemigo, porque los lugares santos están corrompidos y muchos conventos ya no son casas de Dios, sino establos de Asmodeo y los suyos.

26. Será en esa época que nacerá el anticristo, de una religiosa hebrea, de una falsa virgen que tendrá trato con la vieja serpiente, señora de la impureza; su padre será Ev.; al nacer vomitará blasfemias y tendrá dientes; en una palabra, será el diablo encarnado; lanzará gritos horripilantes, hará prodigios, sólo se nutrirá de impurezas. Tendrá hermanos que, aunque no sean, como él, demonios encarnados, serán hijos del mal; a los doce años se harán admirar por las valientes victorias que obtendrán; muy pronto cada uno de ellos estará a la cabeza de los ejércitos, asistidos por legiones del infierno.

27. Las estaciones serán alteradas, la tierra no producirá más que malos frutos, los astros perderán el ritmo de sus movimientos y la luna sólo reflejará una claridad rojiza; el agua y el fuego darán al globo terráqueo movimientos convulsivos y horribles temblores, que harán desaparecer montañas, ciudades, etc.

28. Roma perderá la fe y se transformará en sede del anticristo.

29. Los demonios del aire y el anticristo harán grandes pro-

digios sobre la tierra y en los aires, y los hombres serán más perversos cada día. Dios cuidará de sus fieles servidores y de los hombres de buena voluntad; el Evangelio será predicado por todas partes: todos los pueblos y todas las naciones tendrán conocimiento de la verdad.

30. Yo dirijo un llamado urgente a la tierra; yo llamo a los verdaderos discípulos del Dios vivo y reinante en los cielos; llamo a los verdaderos imitadores de Cristo hecho hombre, el único y verdadero Salvador de los hombres; llamo a mis hijos, a mis verdaderos devotos, a los que se han dado a mí para que yo los lleve a mi divino Hijo, a los que llevo, por así decir, en mis brazos, a los que han vivido de mi espíritu; en fin, llamo a los Apóstoles de los últimos tiempos, a los fieles discípulos de Jesucristo, a los que han vivido, con desprecio del mundo y de sí mismos, en la pobreza y en la humildad, en el desdén y en el silencio, en la oración y en la mortificación, en la castidad y en la unión con Dios, en el sufrimiento y desconocidos del mundo. Es tiempo ya que ellos salgan y vengan a iluminar la tierra. Id y mostraos como mis amados hijos; yo estoy con vosotros y en vosotros, siempre que la fe sea la luz que os ilumine en los días de infortunio. Que vuestro celo os haga como hambrientos de la gloria y el honor de Jesucristo. Combatid, hijos de luz, porque he aquí el tiempo de los tiempos, el fin de los fines.

31. La Iglesia será eclipsada, el mundo estará consternado. Pero ahí estarán Enoch y Elias, plenos del Espíritu Santo; ellos predicarán con la fuerza de Dios, y los hombres de buena voluntad creerán en Dios, y muchas almas serán consoladas; ellos harán grandes progresos por la virtud del Espíritu Santo y condenarán los errores diabólicos del anticristo.

32. ¡Desdichados los habitantes de la tierra! Habrá guerras sangrientas y miserias; pestes y enfermedades contagiosas; habrá espantosa granizada de animales; truenos que sacudirán las ciudades; terremotos que sepultarán países. Se escucharán voces en los aires; los hombres golpearán sus cabezas contra las murallas; invocarán la muerte, y ésta, por su parte, será su tormento; la sangre correrá por todas partes. ¿Quién podrá vencer si Dios no abrevia el tiempo de la prueba? Dios terminará por acceder, ante la sangre, las lágrimas y las súplicas de los justos; Enoch y Elias serán condenados a muerte; Roma pagana desaparecerá; el fuego ce-

156  
 leste caerá y consumirá tres ciudades; todo el universo será presa del terror, y muchos se dejarán seducir, porque no han adorado al verdadero Cristo que vive entre ellos. Es el momento: el sol se oscurece; solamente la fe subsistirá.

33. Ha llegado la hora; el abismo se abre. He aquí el rey de los reyes de las tinieblas. He ahí la bestia con sus vasallos, diciéndose el salvador del mundo. Se remontará soberbio por los aires, para llegar al cielo; será ahogado por el aliento de San Miguel Arcángel. Se precipitará, y la tierra, que habrá estado tres días en continuas evoluciones, abrirá su seno en llamas; será sumido para siempre, con los suyos, en los abismos eternos del infierno. Entonces, el agua y el fuego purificarán a la tierra y consumirán todas las obras del orgullo de los hombres, y todo será renovado: Dios estará servido y glorificado.

## IV

Seguidamente la Santa Virgen me dió, también en FRANCÉS, la Regla de una nueva Orden religiosa.

Luego de haberme dado la Regla de esa nueva Orden religiosa, la Santa Virgen prosiguió de esta manera, a continuación del Discurso:

"Si ellos se convirtieran, las piedras y las rocas se trocarán en trigo, y las patatas se hallarán diseminadas por las tierras.

"¿Hacéis bien vuestra oración, hijos míos?"

Los dos contestamos:

—¡Oh, no, Señora! No muy bien.

"¡Ah, hijos míos! Es necesario rezar bien, por la noche y por la mañana. Cuando no podáis hacerlo mejor, decid un Pater y un Avemaria; y cuando tengáis tiempo y podáis rezar mejor, los recitaréis más a menudo.

"Pocas son las mujeres de cierta edad que van a Misa; los otros trabajan durante todo el estío en día Domingo, y en invierno, cuando no saben qué hacer, sólo van a Misa para mofarse de la religión. Durante la Cuaresma, van tras la carne como perros (12).

"¿No habéis visto el trigo dañado, hijos míos?"

Respondimos ambos: —¡Oh, no, Señora!

(12) La Santísima Virgen se sirve de una expresión enérgica para hacer entender que, con un solo ejemplo de intemperancia, quiere secar las llagas horrorosas del sensualismo. No pudiendo descubrir esas llagas a los ojos de los niños, nos las señala suficientemente, puesto que no sólo en el lenguaje de la Sagrada Escritura, sino en todos los idiomas, la palabra "perros" designa a los pecadores que hacen ostentación de sus vergonzosos vicios.

La Santa Virgen, dirigiéndose a Maximino: "Pero tú, hijo mio, alguna vez debes haberlo visto en el Coin <sup>(13)</sup>, con tu padre. El hombre de la pieza dijo a tu padre: Venga usted a ver cómo se echa a perder mi trigo. Vosotros fuisteis a ver. Tu padre tomó dos o tres espigas en la mano, restrególas, y se convirtieron en polvo. Después, cuando os volvíais, hallándoos a media hora solamente de Corps, tu padre te dió un pedazo de pan, diciéndote: Toma, hijo, come este año, porque si el trigo se pierde de esa manera, no sé quién comerá el año venidero."

Maximino respondió: —Cierto es, Señora, yo no lo recordaba.

La Santísima Virgen terminó su Discurso en francés:

"¡Y bien, hijos míos! Lo haréis conocer de todo mi pueblo."

La Bellísima Señora atravesó el arroyo; y a dos pasos de éste, sin volverse hacia nosotros, que la seguíamos (porque atraía por su esplendor pero aún más por su bondad, que me embriagaba y parecía fundir mi corazón), nos repitió:

"¡Y bien, hijos míos! Lo haréis conocer de todo mi pueblo"<sup>(14)</sup>.

Luego siguió andando hasta el sitio donde yo subiera para ver dónde estaban las vacas que guardábamos. Sus pies no tocaban más que el extremo de la hierba, sin doblarla. Llegada al montículo, la Bella Señora se detuvo, y al momento me puse delante de ella, para mirarla bien y tratar de saber hacia qué lado se encaminaría; porque, tal era mi caso, yo me había olvidado de mis vacas y de los amos en cuya casa prestaba servicio; habíame apegado para siempre e incondicionalmente a *Mi Señora*; sí, yo quería no dejarla más, nunca más; la seguí de buena fe, dispuesta a servirla mientras yo viviera.

(13) *Coin* es el nombre de una región situada a cierta distancia de Corps.

(14) La Santa Virgen muestra la importancia que asigna a su enseñanza. En efecto, Ella ha venido para llevarnos a la observación "*in spiritu et veritate*" de la Ley de Dios. Ha resumido tan bien en el discurso las enseñanzas de su Hijo, que es imposible hablar eficazmente a los cristianos, a los religiosos y a los eclesiásticos de nuestros días, sin recaer, quiérase o no, en lo que ella acaba de decir. De modo que, luego de haber comenzado como su Hijo: "*paritemini*" (Marcos, I, 15): "*Si mi pueblo no quiere someterse*", termina como El: "*Docete omnes gentes*" (Mateo, XXVIII, 19). "*Lo haréis conocer de todo mi pueblo*". Estas últimas palabras, ella las repitió. Un soberano no repite una orden que termina de dar; pero Ella hizo entender a los niños que la primera vez se trataba de la parte de su discurso que debía ser difundida de inmediato, y la segunda, de los secretos.

Con *Mi Señora*, yo creía haber olvidado el paraíso; no tenía más pensamiento que el de servirla en todo; y creía que hubiera podido hacer todo lo que ella dijera, pues me parecía que Ella tenía mucho poder. Me miró con una tierna bondad, que me atrajo a Ella; yo habría querido, con los ojos cerrados, precipitarme en sus brazos. No me dió tiempo para hacerlo. Elevóse insensiblemente hasta una altura superior al metro, y quedando por un brevísimo instante suspendida en el aire, *Mi Bella Señora* miró el Cielo, después la tierra, de derecha a izquierda, para fijar luego en mi sus ojos tan dulces, tan amables y bondadosos, que parecíame como si me atrajera a su interior y como si mi corazón se abriera al suyo.

Y mientras mi corazón se dilataba dulcemente, la bella imagen de *Mi Bella Señora* desaparecía poco a poco: me pareció que la luz en movimiento se multiplicaba o que se condensaba en torno a la Santísima Virgen para impedirme que siguiera viéndola. De esta manera, la luz iba sustituyendo partes de su imagen, que desaparecían ante mis ojos; o bien, parecíame que el cuerpo de *Mi Señora* se cambiaba, se fundía en luz. Así la luz, en forma de globo, se elevó dulcemente en ascensión recta <sup>(15)</sup>.

Yo no puedo decir si el volumen de luz disminuía a medida que se elevaba, o si era el alejamiento lo que hacía que la viera disminuir a medida que ascendía; lo que sé, es que permanecí con la cabeza levantada y los ojos fijos en la luz que se alejaba siempre y que, disminuyendo de volumen, terminó por desaparecer.

Quitados al fin mis ojos del firmamento, miro en torno de mí y veo a Maximino que me observa, y le digo: "Maximino, debe ser el buen Dios de mi padre <sup>(16)</sup>, o la Santa Virgen, o alguna

(15) Maximino: "Nosotros no vimos más que un globo de fuego que se elevaba y penetraba en el firmamento. En nuestro ingenuo lenguaje, hemos llamado segundo sol a este globo. Mucho tiempo estuvieron fijas nuestras miradas en el punto donde desapareciera el globo. No puedo describir aquí el éxtasis en que nos hallábamos. No hablo más que de mí; muy bien sé que mi ser estaba anonadado, y que todo el sistema orgánico estaba detenido en mi persona. Cuando nos hubimos recobrado, Melania y yo nos miramos sin poder articular una palabra, ora elevando los ojos al cielo, ora llevándolos a nuestros pies o en torno de nosotros, ora interrogando con la mirada todo cuanto nos rodeaba. Parecíamos buscar el personaje resplandeciente que yo no he vuelto a ver."

(16) He aquí un pasaje que ciertamente ha parecido insignificante a muchos lectores: Melania, que toma a la Bella Señora por "el buen Dios de su padre". ¡Qué estilo! ¡Qué idea singular la de transcribirnos de ese modo, en plena narración oficial del Hecho Grandioso, esa observación in-

gran santa". Y Maximino levantando su mano, exclamó: "¡Oh! ¡Si lo hubiera sabido!"

La noche del 19 de setiembre nos retiramos un poco más temprano. Llegada a casa de mis amos, me ocupé en atar las vacas y poner en orden todo el establo. No había terminado de hacerlo, cuando mi señora vino llorando y me dijo: "¿Por qué, hija mía, no me has dicho lo que te había ocurrido en la montaña?" (Maximino, que no había hallado aún a sus amos, que estaban traba-

fantil, por no decir mezquina! Era para amenizar la narración por la réplica bastante prudente de Maximino que, por lo común, tiene salidas más originales... En verdad, este párrafo es bien insignificante...

Para los que han tenido la fortuna de conocer personalmente a la piadosa relatora, esa línea anodina es una de las más encantadoras del relato. Ella la hace revivir; les recuerda una de las delicadezas de ese carácter tan admirable en realidad como ávido de sombra y de olvido.

"Mémín, esto debe ser el buen Dios de mi padre". ¿Os parece sólo insignificante esta frase? ¿No la juzgáis también un poco *chocante*, si recordáis la alusión que tuvimos ocasión de hacer en ocasión de las apariciones celestiales tan múltiples con que había sido favorecida la primera infancia de Melania? ¡Cómo! ¿Durante diez años ella vivió en la familiaridad casi constante de Aquella a quien llamaba su Madre y ese día 19 de setiembre no la reconoció? Además ¡se equivoca tan groseramente! ¡La toma por el "buen Dios de su padre"! ¿A quién va dirigida esta burla? Más que una frase "insignificante", ¿no es acaso una desvergüenza?...

A nosotros que habíamos sentido el gozo de ver de cerca a Melania, esa expresión que ella recuerda haber dicho a Maximino nos colma de alegría. La vemos, ese día, tal como la hemos conocido siempre.

En verdad, ella no se mofaba de Maximino, como no se burlaba tampoco de mí, por ejemplo, cuando en los últimos días de su existencia me dejaba en la creencia de que era por descuido, indiferencia, pereza u originalidad, que llegaba siempre tarde o no llegaba a la iglesia a su hora habitual, uno o dos días por semana. Nunca hubiera penetrado yo ese misterio si cierto día, en oportunidad de una de esas ausencias, no hubiera entrado de improviso en su casa, sin que ella hubiera tenido tiempo de hacer desaparecer una prueba material de sus sangrantes estigmas. Yo abusé de mi pretendida autoridad, y debió explicarse. A pesar suyo, presionada por mis preguntas, me confesó que Nuestro Señor Crucificado, apareciéndosele, la asociaba a los sufrimientos de su Pasión. Y todo lo que un día llegue a saberse de ella, será en virtud de parecidos medios...

¡Oh, qué bella era la humildad en esa alma formada por el "Amable Hermano"! El necesariamente, era quien le había enseñado, con el "*sacramentum Regis*", el arte difícil de "ocultar el secreto del Rey". Esas efusiones de las intimidades divinas era menester sustraerlas a toda mirada ajena... y se diría que todo el trabajo de su vida exterior consistía en ocultarlas. ¡Un alma que está en comunicación casi ininterrumpida con el mundo sobrenatural, y que no debe dejarlo advertir de nadie! ¡Un alma que está en la escuela de Aquel que todo lo sabe, y que debe ignorarlo todo!... Ella había optado por el medio más seguro: como por instinto, poníase al mismo nivel de las personas con quienes hablaba.

jando todavía, había ido a casa de los míos, refiriendo todo lo que había visto y oído.) Yo le respondí: "Quisiera terminar mi trabajo antes de decirle lo que pasó". Un momento después fui hasta la casa, y mi señora me dijo: "Cuenta todo lo que has visto; el pastor de Bruite (tal era el apodo de Pedro Selme, amo de Maximino) me ha contado todo".

Yo he sido testigo, a este respecto, de cosas verdaderamente sorprendentes, y que hora llegará, tal vez de narrarlas... El 19 de setiembre, ella era una niña y le hablaba a Maximino como hubiera hablado una niña. Esto le resulta tan natural, que ni advierte siquiera que pone en juego la más bella de las virtudes; y con toda simplicidad, sin sospecharlo, la practica, quedando toda inundada de ella, en pleno público; porque cuando se publica una narración como la suya, uno se halla en medio de la multitud. Mas, ¿qué le importa? No piensa en ello y escribe la frase "insignificante": "Debe ser el buen Dios de mi padre"...

La noche de ese día grandioso, su ama la encontrará en el establo, ANEGADA EN LLANTO. Esas lágrimas, que había contenido en presencia de Maximino, también las sabrá retener cuando advierta que no está sola. Ella no debe llorar sino en secreto, por esas cosas de las que parece mensajera inconsciente, y que sin embargo ha comprendido perfectamente... ¿Qué importa, por lo demás, que ella vierta o no lágrimas? Se las mencionará, y nada más: nadie piensa en preguntar por qué. Ella ha cerrado todas las curiosidades con una frase infantil sobre "el buen Dios de su padre".

Cuando, un poco más arriba, dije que Melania se situaba al nivel de su medio, me expresé mal. ¿Se verá en esas palabras una especie de condescendencia orgullosa que la indujera, no sin algún desdén a inclinarse de ese modo? No, no era ella la que se ponía en ese nivel. Sólo tenía que dejarse llevar; el que hacía todo era el "Amable Hermano".

Entre sus manos, el alma humilde sólo tiene que dejar hacer, y Melania, sencillamente, se prestó a ello. Y esto era verdaderamente tan simple, que nadie pensó asombrarse. Es así como hace Nuestro Señor con las almas que no son sino bellas flores para su "Huerto sellado". La Pastora poco menos que desaparece en ese extenso relato, donde, no obstante, está perpetuamente en escena...

La hora vendrá, yo la espero con impaciencia, de recorrer todos esos velos. "*Opera Dei revelare honorificum est*". Bástenos, por el momento, admirar, sin intentar comprenderlas, todas esas precauciones divinas. Nuestro Señor amaba tanto a esa alma, que la quería para El y sólo para El. ¡Y cómo se sometía ella, dócil y sencilla, a todas las exigencias del Amigo celestial! Vedla dos años después de la Aparición: los escritores se han apresurado mucho a decirnos que hasta la edad de diecisiete años, y a pesar de la diligencia de las Religiosas de Corps, no pudo estar suficientemente instruida para hacer su primera comunión, ni aprendió el alfabeto (a).

Esos escritores encuentran ahí la ocasión fácil para hacer un sabio comentario del texto: "*Qua stulta sunt mundi elegit Deus ut confundat*

(a) Para que aprendiera a leer, no le enseñaron de viva voz la letra del catecismo. "Cuando sepáis leer, se le decía, la aprenderéis en vuestro libro y haréis vuestra primera comunión".



Empecé a hablar, y al mediar el relato, llegaron los amos; y mi señora, que lloraba al escuchar las quejas y las amenazas de nuestra tierna Madre, dijo:

“¡Ah! vosotros queréis ir mañana a recoger el trigo; guardaos bien de hacerlo; venid a oír lo que le ha ocurrido hoy a esta niña y al pastor de Selme”. Y volviéndose hacia mí, me dijo: “Repite todo lo que me has dicho”. Repetí entonces mi relato; cuando hube terminado, dijo mi amo: “Se trata de la Santa Virgen o bien de una gran santa, que ha venido en nombre de Dios, que es como si hubiera venido El mismo; debe hacerse todo lo que esa Santa ha dicho. ¿Cómo has de hacer para decir esto a todo su pueblo?” Yo le respondí: “Dígame usted cómo debo hacer, y yo lo haré”. De inmediato, mirando a su madre, a su esposa y a su hermano, él dijo: “Es menester pensarlo”. Luego, cada uno se fué a sus quehaceres.

Pasada la cena, Maximino y sus amos vinieron a casa de los míos para referir lo que aquél les había contado y para saber qué habría de hacerse: “Pues, dijeron, nos parece que es la Santa Virgen enviada por el buen Dios; las palabras de Ella lo hacen suponer. Y Ella les ha ordenado difundirlas por todo su pueblo; será acaso menester que estos niños recorran el mundo entero para hacer saber que todo el mundo debe observar los mandamientos del buen Dios, o de lo contrario, grandes males caerán sobre nosotros”. Luego de un momento de silencio, mi amo dijo, dirigiéndose a Maximino y a mí: “¿Sabéis lo que debéis hacer, hijos míos? Mañana os levantaréis temprano e iréis juntos a casa del señor Cura a decirle todo lo que habéis visto y oído; contadle bien cómo ha ocurrido todo, y él os indicará lo que habréis de hacer”.

El 20 de setiembre, día siguiente al de la Aparición, salí muy

*sapientes*. Es duro, sin embargo, para una joven pasar por necia hasta ese extremo. ¡Recibir las lecciones del gran doctor de la Eterna Sabiduría en persona, haberse formado en esa escuela, y no poder, ante un tribunal de la primera comunión, recitar la letra del catecismo!... No se ha observado que, de pronto, sin que ella misma se diera cuenta, hallábase tan instruida como sus compañeras. Su edad lo explicará todo; es completamente natural, en efecto, que una joven de diecisiete años, profundamente ignorante ayer, sepa leer hoy. Esto a nadie sorprendió; y puede verse finalmente a esa niña, de espíritu tanto tiempo limitado, ubicarse entre las pequeñas comulgantes de once años. Toda la parroquia de Corps estaba convencida de que ella comulgaba por primera vez... ¡Cómo el “Amable Hermano” escondía bien los secretos! No, la “Hermanita” no se ponía al nivel de su medio; era El quien la ubicaba, por amor, por “preservación”, muy por debajo de ese nivel.

temprano con Maximino. Llegados a la Curia, llamé a la puerta. La criada del cura vino a abrirnos, preguntándonos qué queríamos. Yo le dije (en francés, a pesar de no haberlo hablado nunca): “Descaríamos hablar con el señor cura”. “¿Y qué queréis decirle?”, nos preguntó ella. “Queremos decirle, señorita, que ayer fuimos a apacentar nuestras vacas en la montaña des Baises, y después de haber comido”, etc., etc. Le contamos una parte del discurso de la Santísima Virgen. Entonces sonó la campana de la iglesia; era el último toque de la Misa. El señor abate Perrin, cura de la Salette, que nos había oído, abrió ruidosamente la puerta: lloraba, se golpeaba el pecho; nos dijo: “¡Hijos míos, estamos perdidos! ¡Dios va a castigarnos! ¡Ah, Dios mío! ¡Se os ha aparecido la Santa Virgen!” Y se fué a celebrar la Santa Misa. Nos miramos con Maximino y la criada; luego, Maximino me dijo: “Yo me voy a Corps, a casa de mis padres”. Y nos separamos.

No habiendo recibido orden de mis amos de retirarme inmediatamente después de haber hablado al señor cura, creí no hacer mal alguno asistiendo a Misa. Fui, pues, a la iglesia. En el primer Evangelio, terminado éste, el señor cura se volvió hacia los asistentes y trató de narrarles la aparición del día anterior, en una de sus Montañas, y les exhortó a no trabajar más en domingo; su voz estaba entrecortada por los sollozos, y la emoción invadió a todos. Después de la Santa Misa me retiré a casa de mis amos. Allí, el señor Peytard, que hasta el presente es alcalde de la Salette, vino a interrogarme sobre la Aparición; y luego de haber entrañado la verdad de cuanto le dije, retiróse convencido.

Hasta el día de Todos los Santos permanecí en casa de mis amos, y a su servicio. Después se me pensionó en las religiosas de la Providencia, en mi pueblo, Corps.



## VI

La Santísima Virgen María era muy alta y muy bien proporcionada; parecía ser tan leve, que podría suponerse que un soplo la haría agitar; sin embargo, estaba inmóvil y bien plantada. Su fisonomía era majestuosa e imponente, mas no arrogante como son los señores de la tierra. Imponía un respetuoso temor. Al mismo tiempo que Su majestad inspiraba un respeto no exento de amor, atraía hacia Ella. Su mirada era dulce y penetrante; sus ojos parecían hablar a los míos, pero la conversación venía de un profundo y vivo sentimiento de amor hacia aquella belleza cautivante que me derretía. La dulzura de su mirada, su aire de bondad indecible, hacían comprender y sentir que Ella atraía y quería darse; era una expresión de amor que no puede ser expresada por la lengua humana, ni con las letras del alfabeto.

El ropaje de la Santísima Virgen era blanco plateado y muy brillante; no tenía *nada de material*; estaba compuesto de luz y de gloria, variante y resplandeciente. No hay sobre la tierra cómo expresarlo, ni hay nada comparable.

La Santa Virgen era muy bella y toda hecha de amor; contemplándola, yo sentía como ansias de fundirme en ella. En sus ropas, como en su persona, todo respiraba la majestad, el esplendor, la magnificencia de una Reina incomparable. Aparecía bella, blanca, inmaculada, cristalizada, deslumbrante, celestial, fresca, nueva como una Virgen; parecía como si la palabra *Amor* escapara de sus labios plateados y purísimos. La vi como a una buena Madre, rebotante de bondad, de amabilidad, de amor hacia nosotros, de compasión, de misericordia.

La corona de rosas que tenía sobre su cabeza, era tan hermosa, tan brillante como no es posible hacerse idea alguna; las rosas, de diversos colores, no eran de la tierra; era un ramo de flores que rodeaba en forma de corona la cabeza de la Santísima Virgen;

pero las rosas se cambiaban o se alternaban; después, del cáliz de cada rosa surgía una luz tan bella que arrobaba y daba a las flores una hermosura radiante. De la corona de rosas el vábanse, como ramas de oro, una cantidad de otras florecillas mezcladas con brillantes.

Todo formaba una hermosísima diadema, que brillaba por sí sola más que nuestro sol.

La Santa Virgen tenía una hermosísima Cruz suspendida de su cuello. Esa Cruz parecía dorada, y digo *dorada* porque no quiero decir de oro, pues he visto algunas veces objetos dorados con diversos matices áureos, y esto, a mis ojos, me hacía un efecto más bello que una placa de oro. Sobre esa bella Cruz, resplandeciente de luz, estaba un Cristo, era Nuestro Señor, con sus brazos extendidos sobre ella. Hacia las dos extremidades de la Cruz, había de un lado un martillo y del otro una tenaza. El Cristo era de color natural, pero lleno de fulgor; y la luz que salía de todo su cuerpo causaba el efecto de dardos muy brillantes que acibillaban mi corazón con el deseo de fundirme en él. A veces parecía muerto; tenía la cabeza inclinada y el cuerpo como inerte, dando la sensación de que habría caído si no hubiera estado asegurado por los clavos que lo unían a la Cruz.

Sentí una honda compasión, y hubiera querido repetir al mundo entero su amor ignorado, e infiltrar en las almas de los mortales el amor más sentido y la más viva gratitud hacia un Dios que no tenía, absolutamente, necesidad alguna de nosotros para ser lo que es, lo que ha sido y lo que será siempre; y, sin embargo —¡oh amor incomprensible para el hombre!— ¡El se ha hecho hombre y ha querido morir, sí, morir, para grabar mejor en nuestras almas y en nuestra memoria el amor Loco que siente por nosotros! ¡Oh, qué desdichada soy al hallarme tan indigente de palabras para expresar el amor de nuestro Salvador hacia nosotros! Pero, por otra parte, ¡cuán felices somos de poder sentir mejor lo que no podemos expresar!

Por momentos, el Cristo parecía vivo; tenía la cabeza erguida y los ojos abiertos, como si se hallara en la Cruz por su propia voluntad. Y por momentos parecía también hablar, como si nos quisiera mostrar que estaba por nosotros en la Cruz, por amor a nosotros, para atraernos a su amor, para mostrarnos que siempre tiene un amor nuevo por nosotros, que su amor del principio y del año treinta y tres es siempre el de hoy y será el de siempre.

La Santa Virgen lloraba casi todo el tiempo que me habló.

Una a una, sus lágrimas rodaban lentamente hasta sus rodillas; después, como chispas de luz, desaparecían. Eran lágrimas brillantes y llenas de amor. Yo hubiera deseado darle consuelo, y que Ella no llorase más. Pero me pareció que tenía necesidad de mostrar sus lágrimas para enseñar mejor su amor olvidado por los hombres. Hubiera deseado también arrojarme en sus brazos y decirle: "¡Mi buena Madre, no lloréis! Yo quiero amaros por todos los hombres de la tierra". Pero creía oírle decir: "¡Hay tantos hombres que no me conocen!"

Yo estaba entre la vida y la muerte, viendo de un lado tanto amor, tanto deseo de ser amada, y del otro tanta frialdad, tanta indiferencia... ¡Oh, Madre mía, Madre, tan Madre, tan bella y tan amable, mi amor, corazón de mi corazón!...

Las lágrimas de nuestra tierna Madre, lejos de menoscabar su aire majestuoso de Reina y de Señora, parecían embellecerla, mostrarla aún más amable, más bella, más poderosa, más llena de amor, más maternal, más cautivadora; y yo habría devorado sus lágrimas que hacían palpar mi corazón de compasión y de amor. Ver llorar a una Madre, y una Madre tal, sin echar mano de todos los medios imaginables para consolarla, para trocar en júbilo sus dolores, ¿puede acaso comprenderse? ¡Oh, Madre más que buena! Vos habéis sido hecha de todas las prerrogativas de que Dios es capaz; vos habéis como agotado el poder de Dios; vos sois buena, y además, buena de la bondad de Dios mismo; Dios se ha agigantado haciéndoos su obra maestra terrenal y celeste.

La Santísima Virgen tenía un delantal amarillo. ¿Qué digo, amarillo? Ella tenía un delantal más brillante que todos los soles reunidos. No era de una tela material, sino un compuesto de gloria, y esa gloria era centelleante y de una belleza arrebatadora. Todo en la Santísima Virgen me enajenaba *fuertemente*, y hacíame como arrastrarme a adorar y a amar a mi Jesús en todos los estados de su vida mortal.

La Santísima Virgen tenía dos cadenas, un poco más gruesa una que la otra. De la más delgada pendía la Cruz a que he hecho referencia antes. Esas cadenas (pues que es preciso darles ese nombre) eran como rayos de gloria de gran fulgor, vario y esplendente.

Los zapatos (pues que debo decir zapatos) <sup>(17)</sup> eran blancos,

(17) Maximino: "Cuando yo debo hablar de la Bella Señora que se me apareció en la Santa Montaña, siento la misma perplejidad que debió experimentar San Pablo bajando del tercer cielo. No, el hombre jamás ha visto ni oído lo que me ha sido dado oír y ver.

pero de un blanco plateado, brillante; alrededor tenían rosas. Estas eran de una belleza deslumbrante, y del corazón de cada una de ellas salía una llama luminosa, bellísima y muy grata a la vista. Las hebillas eran de oro, pero no oro de la tierra, sino del paraíso.

La visión de la Santísima Virgen era por sí misma un paraíso. Había en Ella todo lo que podía satisfacer, pues la tierra quedaba olvidada.

La Santa Virgen estaba circundada por dos luces. La primera, más cerca de Ella, llegaba hasta nosotros; brillaba con un fulgor bellísimo y centelleante. La segunda extendíase un poco más en derredor de la Bella Señora, y alcanzaba a envolvernos. Esta era inmóvil (quiero decir que no centelleaba), pero resplandecía más que nuestro pobre sol de la tierra. Estas luces no dañaban ni siquiera fatigaban la vista.

Aparte de ellas, de todo ese esplendor del Cuerpo de la Santa Virgen, de su ropaje y de todas partes salían núcleos, haces o rayos de luz.

La voz de la Bella Señora era dulce; encantaba, cautivaba, hacia bien al corazón; satisfacía, allanaba todos los obstáculos, calmaba, dulcificaba. Parecíame que yo habría de desear siempre co-

"¿Cómo, niños ignorantes llamados a explicarse sobre cosas tan extraordinarias, podían encontrar una justeza de expresión que espíritus de selección no siempre encuentran para describir objetos vulgares? Que nadie se admire, pues, si lo que hemos llamado *gorro, corona, pañoleta, caderas, delantal, vestido, medias, hebilla y zapatos*, apenas tenía forma de tales objetos. En esa hermosa vestimenta nada había de terrenal; los rayos mismos, y de diversos matices y entremezclados, producían un magnífico efecto de conjunto, que nosotros hemos empequeñecido y materializado.

"Una expresión no tiene valor sino por la idea que se le asigna; pero, ¿dónde hallar, en nuestro idioma, expresiones para representar cosas de las cuales los hombres no tienen idea alguna? Era sí, una luz, pero muy distinta de todas las otras; iba directamente a mi corazón sin pasar por mis órganos, pero con una armonía que no sabrían reproducir los más bellos conciertos... ¿Qué digo? Con un sabor que no podría hallarse en los más exquisitos néctares.

"Yo no sé qué comparaciones emplear, porque las que pueden tomarse en el mundo sensible adolecen de lo mismo que reprochó a las palabras de nuestra lengua: no ofrecen al espíritu la idea que yo deseo representar. Cuando al finalizar un fuego de artificio la muchedumbre exclama: "He ahí el ramo", ¿hay una gran relación entre un manojo de flores y un conjunto de cohetes que estallan? No, seguramente. ¡Pues bien! La distancia que media entre los términos de mi comparación y las ideas que yo quiero exponer, es infinitamente más considerable todavía."



no absorber su bella voz, y mi corazón danzar o querer ir a su encuentro para licuarse en ella.

Los ojos de la Santísima Virgen, nuestra tierna Madre, no pueden ser descriptos por una lengua humana. Para hablar de ellos sería menester un serafín; más aún, sería indispensable el lenguaje del mismo Dios, de ese Dios que ha formado a la Virgen Inmaculada, obra maestra de su omnipotencia.

Los ojos de la Augusta María parecían mil y mil veces más bellos que los brillantes, los diamantes y las piedras preciosas más buscadas; brillaban como dos soles; eran dulces de toda dulzura, claros como un espejo. En ellos se veía el paraíso; atraían hacia Ella; parecía que Ella quería darse y atraer. Cuanto más la miraba yo, más quería verla; más la veía y tanto más la amaba, y la amaba con todas mis fuerzas.

Los ojos de la Bella Inmaculada eran como la puerta de Dios, desde donde se veía todo lo que puede embriagar el alma. Cuando mis ojos se encontraban <sup>(18)</sup> con los de la Madre de Dios y mía, experimentaba en lo íntimo de mí ser una venturosa revolución de amor y de protestas de amarla y de fundirme de amor.

Mirándonos, nuestros ojos se hablaban a su modo, y yo la amaba tanto que habría querido besarla en el centro de los suyos, que enternecían mi alma y parecían atraerla y confundirla con la suya. Sus ojos infundieron un dulce temblor en todo mi ser; y yo temía hacer el más leve movimiento que pudiera serle desagradable.

La sola visión de los ojos de la más pura de las Vírgenes habría bastado para constituir el Cielo de un bienaventurado; habría bastado para hacer entrar un alma en la plenitud de las voluntades del Altísimo entre todos los acontecimientos que tienen lugar en el trascurso de la existencia terrenal; habría bastado para hacer que el alma viviera en continuos actos de alabanza, de gratitud, de reparación y de expiación. Esta sola visión concentra el alma en Dios y la vuelve como una muerta-viva, que no mira las cosas de la tierra, aun las más graves, sino como pasatiempos de niños; el alma no querría oír hablar más que de Dios y de lo que tiene relación con su Gloria.

(18) La Santa Virgen no permitió al pastorcillo ver sus ojos. No pudo verla llorar: él no sabía lo que eran esas chispas de luz que desaparecían hacia las rodillas de la Bella Señora. Ella no le permitió siquiera ver su semblante: *Yo no he podido ver su rostro, que deslumbraba.*"

El pecado es el único mal que Ella ve sobre la tierra. Y el pecado la haría morir de dolor, si Dios no la sostuviera. Amén <sup>(19)</sup>.

Castellamare, 21 de noviembre de 1878

MARIA DE LA CRUZ, *Victima de Jesús,*

*llamada MELANIA CALVAT, Pastora de la Salette*

Nihil obstat: imprimatur.

Datum Lycii ex Curia Ep., die 15 Nov. 1879.

CARMELUS Arch. COSMA  
*Vicarius Generalis*

(19) "¡Amén, que así sea!" Inmenso sufrimiento y perpetuo abandono a la voluntad divina... ¡Qué admirablemente se describe la santa niña en ese grito impersonal, que tiene aquí una sublime simplicidad! El conocimiento que Dios le daba de los pecados que se cometen sobre la tierra, el "olor" de pecado, es el *solo* sufrimiento del que ella se queja... Para expiar, lloró tanto, que ennegueció durante su residencia en Darlington. Recobró la vista por un milagro, pero como sus lágrimas no cesaron de correr, su vista quedó sumamente debilitada.



## ORACION FUNEBRE

De

Sor MARIA de la CRUZ, llamada MELANIA CALVAT,  
Pastora de la Salette,

pronunciada en la Catedral de Altamura, Messina, por el Canónigo Anibal María de Francia y publicada con el imprimatur de Monseñor Letterio, arzobispo de Messina.

*"Cantabiles mihi erant justificationes tuae in loco peregrinationis meae".*

*"Yo he cantado vuestras justificaciones en el lugar de mi peregrinación". (Salmo 118, 54).*

Una criatura angelical, un puro ideal de inocencia y de virtud, una existencia humana sin mácula, suavísima, plena de las más santas aspiraciones de Dios, de su gloria y de su eterno Amor, ha pasado por este valle de lágrimas.

Cuando una persona que amamos desaparece en la muerte, deja un vacío que uno quisiera colmar con el recuerdo de la querida memoria y con el llanto derramado sobre la tumba que guarda sus despojos amados. La religión santifica ese sentimiento y lo eleva hasta lo sublime. Ella nos convoca a ceremonias fúnebres, pone en nuestros labios preces y cánticos por nuestros difuntos, nos hace asistir al gran Sacrificio de Expiación y escribe sobre la tumba de los que ya no están: *Qui credit in me, etiam si mortuus fuerit, vivet.*

Pero cuando se presenta el caso excepcional de que la persona difunta y llorada ha sido una de esas almas raras, consa-



gradas a las más altas perfecciones, en las cuales se encuentra una especie de indefinible aire sobrenatural y divino, cuando sus afecciones no se hallan encerradas en los simples límites de la naturaleza, sino que han mostrado el signo de la eterna Caridad; cuando las fases de su vida y de su muerte van acompañadas de acontecimientos y de circunstancias que salen de lo común, ¡oh! entonces la tumba de esa criatura selecta es un altar, su memoria es una bendición, y las mismas ceremonias fúnebres, las notas plañideras del órgano y las voces lúgubres de los coros se transforman en un himno de fiesta, o bien forman un eco de esos celestiales cánticos con que los ángeles acompañan a esa alma en su peregrinación al reino de la Gloria.

Y tales son, precisamente, las solemnes exequias y las ceremonias cuyo tributo ofrecemos hoy a nuestra bienaventurada difunta, a MELANIA CALVAT, la célebre pastorcilla de la Salette.

Sentimientos de afecto y de fe, una íntima gratitud y una santa veneración: he ahí las emociones que experimentamos, acordándonos de ella frente a Dios y a los hombres. Ella nos ha pertenecido: grande fué el amor que tuvo por nosotros; grande también el amor con que la hemos amado. Ahora buscamos un lenitivo a nuestro dolor, queremos ponernos en contacto con esa alma querida, bella, inocente, toda ella impregnada del amor de JESUS y de MARIA, que palpita por nosotros; queremos invocarla desde la tierra, para que ella nos oiga desde el cielo; queremos pedir su mediación, para que ella la implore para nosotros.

Vosotras, jóvenes hermanas, que con vuestras huérfanas la habéis tenido más de un año como vuestra Madre y vuestra Maestra de sublime virtud, sentís viva necesidad de testimoniar a esta santa alma, una vez más, cuán grandes son vuestros sentimientos de veneración, de ternura y de amor hacia ella.

Tengamos, pues, valor; contemplémosla en la Fe, brillante y sonriente, si bien invisible a nuestros ojos en este santo templo (*innixa dilecto suo*), apoyada en su Bien Amado, y comencemos su elogio después de haber invocado el nombre de JESUS.

MELANIA de la Salette nació en Corps, pequeño burgo de Francia, en la diócesis de Grenoble, el 7 de noviembre de 1831, en el seno de una familia respetable. Su padre era albañil y se llamaba PEDRO CALVAT. Su madre se llamaba JULIA BARNAUD.

Los historiadores de la célebre aparición de la Santísima Virgen en la Salette, dicen que antes de ese gran acontecimiento, MELANIA no era más que una pobre pastorcilla, tosca e ignorante, incapaz de aprender el *Pater*. Pero, ¡cuánto se equivocan! Grandes misterios habíanse tramado entre DIOS y su alma, desde su niñez. Su buen padre, cuando sólo tenía ella tres años, le dijo un día, mostrándole un Crucifijo: "¡Mira, hija mía, cómo Nuestro Señor JESUCRISTO ha querido morir sobre la Cruz por amor a nosotros!" La niñita miró atentamente, y como asistida por una luz superior, pareció haber penetrado en silencio el sentido íntimo de esas palabras y de esa imagen. Desde ese momento, un impulso interior la llevó al amor de la Cruz y del Crucificado. Con una inteligencia incomparablemente superior a su edad, solía decir: "El Crucifijo de papá no habla, pero reza en silencio; yo quiero imitarlo: me callaré y le rogaré en silencio". Así fué como se preparó a la contemplación. La madre de la criatura, no mala pero iracunda, la regañaba incesantemente, y le intimaba la orden de salir de la casa. La pequeña MELANIA sonreía a pesar de ello y se esforzaba por abrazar a esa madre irritada. Un día, a los cinco años de edad, su madre le ordenó que se marchara y no volviera más. La pobrecilla se retiró a un bosque vecino, y quejándose de su triste suerte, como lo ha escrito en algunas de sus memorias, sentóse al pie de un árbol fatigada y oprimida, y allí se durmió. Tuvo un sueño misterioso, que fué como el prelude de toda su vida, de toda su peregrinación terrestre. Parecióle ver al niño JESUS, de la misma edad que ella, cubierto con un manto de color rosa que, aproximándosele, le dijo: "Hermanita, mi querida hermanita, ¿adónde vamos?" Impulsada por un instinto divino, ella respondió: "Al Calvario". Entonces, el celeste niño tomó de la mano y la condujo a la montaña santa. Durante ese camino, el cielo se cubrió de nubes y se oscureció, cayéndole a la niña, sobre los hombros, una gran lluvia de cruces de todas dimensiones. Una muchedumbre le dirigía denuestos y le manifestaba su desprecio. Espantada, ella aprieta la mano de su guía celestial, a quien, en medio de las tinieblas, había dejado de ver. De repente, soltó la mano que la conducía y cayó en una profunda desolación. Sin embargo, el viaje terminó y ella llegó hasta el Calvario. Ahí tuvo lugar una escena horrible. Abajo abríase un abismo de fuego, en el que se precipitaba multitud de gente; con el alma aterrada y obediente a un impulso divino, ofrecióse como víctima de



todo sufrimiento para la salvación eterna de las almas, para la conversión de los pecadores.

En ese instante la niña se despertó; el sol despuntaba en el horizonte; su sueño había durado toda la noche.

De regreso a la casa paterna, nada dijo de cuanto había pasado esa noche; guardó ese silencio para imitar al Crucifijo de su padre. Una existencia nueva de sufrimiento y de recogimiento empezaba para ella. El celeste niño que había visto en sueños, le está siempre presente en el pensamiento; le habla en el más íntimo secreto de su corazón, le ofrece sus trabajos y sus padecimientos, y parecele como si él la llamara siempre con el dulce nombre de "hermanita, mi querida hermanita", a tal punto que, cada vez que se le preguntaba cuál era su nombre, ella respondía con gran simplicidad: "Hermanita".

Así oculta y absorta en las precoces contemplaciones de una vida llena de inmensas gracias del cielo (*cuya revelación causará, sin duda, una gran sorpresa en el mundo religioso*), esta criatura de elección desde su más tierna edad bebió en silencio el cáliz de las humillaciones y desprecios, arrojada inhumana y frecuentemente de la casa materna y enviada de uno a otro lado, al servicio de familias campesinas.

Un día, su madre, irritada, queriendo en cierto modo deshacerse de ella, la puso por castigo (nos lo dijo, sonriendo, hace algunos años) a trabajar en las montañas alpinas de la Salette, en casa de una pobre familia de campesinos que le confió el cuidado de apacentar sus vacas.

Estas montañas pertenecen a la gran cordillera de los Alpes franceses, altas de más de dos mil metros sobre el nivel del mar. El invierno es muy riguroso, pero cuando los rayos de un sol primaveral o de estío caen sobre su suelo, nos ofrecen un espectáculo sublime y encantador. A lo lejos, muy en lo alto del horizonte, un cinturón de montes escarpados, valles profundos hacia un lado, y en todo el contorno, colinas y mesetas tapizadas con el verde de la hierba y adornadas con florecillas silvestres. Este solitario lugar, donde casi nunca se veía ser humano alguno, pronto hizo las delicias de esa alma inocente, escondida, separada del mundo y como unida íntimamente a su Creador. Entonces podía ella saborear las palabras del doctor de Clairvaux: "¡Oh, bienaventurada soledad! ¡Oh, única beatitud!"

Pero, ¿cuáles eran los misterios del divino amor que se te-

jian en esos lugares solitarios entre esa alma escogida y su Dios? El ha dicho: "Yo la conduciré a la soledad y hablaré a su corazón". Ella se complacía, mientras sus vacas pastaban, en hablar con las florecillas del buen DIOS, como solía decir, en invitarlas a alabar al Creador, a lamentarse de no poder amarle.

El 19 de septiembre de 1846, un sábado, apareció en la montaña de la Salette esa célebre visión de la Santísima Virgen, a la venturosa pastorcilla y al pequeño MAXIMINO, que por ocho días había ido a esa montaña, también a cuidar sus vacas.

La Santa Madre de Dios apareció con los signos de la Pasión, llorando todo el tiempo que habló a los dos pastores; amenazó con castigos divinos a causa del desprecio y de la profanación del Domingo, y confió dos secretos, uno a MELANIA y el otro a MAXIMINO. Antes de desaparecer, la Santa Virgen había dicho: "HIJOS MIOS, TODO LO QUE TERMINO DE DECIROS, HACEDLO SABER DE TODO MI PUEBLO".

Esta orden de la Santísima Virgen fué el punto de partida para otra muy distinta existencia de la joven pastora. Fué como arrancada a su amada soledad, arrebatada al olvido y al misterio de su vida oculta, e investida de una misión que debía procurarle dolores y lágrimas, ovaciones y desprecios, la veneración y la calumnia, y largas peregrinaciones de uno a otro país. "*Cantabiles mihi erant justificationes tuae in loco peregrinationis mea*".

Sólo gracias a una asistencia sobrenatural continuada pudo ella resistir y perseverar hasta el fin.

La Aparición de la Salette ha sido una manifestación de la Madre de los Dolores. La Santísima Virgen había aparecido durante las vísperas que precedían las fiestas de Nuestra Señora de los Siete Dolores. En su pecho tenía un crucifijo, así como el martillo y las tenazas, símbolo elocuente de la madre melancólica y desolada.

A partir de ese momento, MELANIA fué llamada a una participación más íntima en las penas de JESUS y de MARIA.

Expulsada de Francia por Napoleón III, se marchó a Inglaterra y profesó entre las Carmelitas de Darlington.

Cuando llegó el momento de publicar el secreto de la Salette, Pío IX relevóla de sus votos, y desde ese día, ¿quién podría decir las múltiples vicisitudes por las que pasó esta criatura única?

Joven todavía, se encuentra con sus veintiséis años sola en el mundo, fugitiva, errando a la ventura, un tiempo en un país y

un tiempo en otro. Pero su espíritu, como su corazón, encontrábase concentrados en un solo punto: el cumplimiento de la voluntad divina. Cualquiera que fuese el lugar donde estuviera, parecía como si en torno de ella se purificara la atmósfera, y a todos, al verla, conmovía su modestia, su suavidad y hasta su silencio. Cuando se encontraba en una iglesia, su recogimiento y su actitud humilde dejaban entrever algo de su santidad oculta. Manteniase ignorada donde quiera que estuviese, pero, al cabo de cierto tiempo, era reconocida y se convertía en motivo de veneración, y la blanca paloma del Señor emprendía vuelo hacia otras regiones.

En religión, ella había tomado el nombre de Sor María de la Cruz, que conservó siempre. Dios la quería incesantemente crucificada.

Dotada de exquisita sensibilidad, de espíritu sagaz y penetrante, profunda e íntima en sus afectos, muy sensible en su compasión por las miserias humanas, muy celosa de la gloria divina y la salvación de las almas, pasó toda su vida en una agonía espiritual, que no podrá comprenderse sino en DIOS. Sus días y sus noches fueron colmados de su constante llanto y de sus gemidos de mística paloma. La queja de la Santísima Virgen en la montaña de la Salette estaba siempre viva en su espíritu y ella asociaba sus lágrimas, que llegaron, al cabo, a agotar su vista. Pero los rayos vivos y penetrantes de sus ojos negros y contemplativos, llenos de inteligencia, no disminuyeron su intensidad.

En la escuela del sufrimiento es donde se templan los espíritus fuertes. Pero ¡qué diferencia entre los héroes de la religión y los del siglo! El sufrimiento de los Santos es la imitación de JESUCRISTO, el puro amor de DIOS, el triunfo de la gracia sobre la flaqueza humana; es un sufrimiento que se regocija de dar una prueba de amor al Amado, que se embriaga en sí mismo y participa de esa sed Misteriosa que hizo exclamar al Divino Redentor en el monte del Sacrificio: *Sitio*: "¡Tengo sed!"

El sufrimiento de las almas que aman a DIOS tiene altísimos motivos y fines sublimes. Corazón y alma son puestos como en un crisol porque DIOS no es malo, porque se teme ofenderlo, o a menudo porque, en la intimidad del espíritu, el vivo Sol de la Divina Presencia se encuentra como ensombrecido, o simplemente, porque el alma amante, querría como anonadarse a fin de que Dios fuera glorificado; o bien, porque ella quisiera escapar del cuerpo y volar hacia las divinas caricias, y no ha llegado el momento preciso. Esto

es lo que hacía exclamar al Profeta: ¡Ay, mi peregrinación no ha durado bastante todavía!

Así era el sufrimiento de esta criatura privilegiada. No es ésta la ocasión de describir cuáles fueron sus tribulaciones interiores, absolutamente fuera de lo común. Ella confió en una persona que, muy joven todavía, tuvo diez años de infierno en su espíritu. Creyóse entonces demente o alucinada, y se la envió a la Gran Cartuja. Sin embargo —cosa maravillosa que sólo se encuentra en la vida de los Santos—, ella misma nunca se sació de sufrir por JESUCRISTO. En sus transportes, decía: "Yo pido al Señor que me haga sufrir y que me oculte". Verdadero carácter de una virtud sólida y de una profunda humildad.

Y ahora no debo pasar por alto un prolongado y santo martirio que sufrió esta santa privilegiada durante toda su vida.

Si admitimos, aunque con una fe puramente humana, la aparición de la Santísima Virgen en la Salette, podemos igualmente admitir, en razón de diversas declaraciones explícitas de MELANIA CALVAT, que la Santísima Virgen, después que le hubo confiado un secreto, habríale revelado que saldría de la Santa Iglesia una insigne orden religiosa denominada de los Apóstoles o Misioneros de la Madre de DIOS, que serán diseminados por todo el mundo y harán un bien inmenso al Catolicismo.

Esta congregación supondrá una Segunda Orden y una Orden Tercera. Ellos serán inflamados para gloria de Dios y salvación de las almas, de un ardor semejante al de los primeros Apóstoles. Las palabras contenidas en el Secreto de MELANIA y por las cuales la Santísima Virgen anuncia la formación de esa grande orden religiosa, nada tienen, en verdad, de nuestra humanidad; ellas respiran un soplo divino, son la sencillez puesta en armonía con lo sublime. La Santísima Virgen, luego de haber anunciado ese futuro acontecimiento, dió a MELANIA la norma que debía regir esa nueva orden religiosa. Esta regla se fijó en la memoria, en el espíritu de MELANIA por espacio de doce años, sin que la hubiera escrito. "Parecía que estaba impresa en mí", decía ella. Más tarde, llegado el momento señalado por la Santísima Virgen para la divulgación del Secreto, MELANIA escribió esa regla, pero entonces le fué imposible retenerla ya completamente en la memoria.

Esta regla fué sometida al juicio de una comisión de cardenales de la Santa Iglesia, quienes la encontraron irreprochable. Es



como un capítulo del Evangelio y contiene la quintaesencia de la perfección cristiana puesta en práctica con la más grande mansedumbre y caridad.

Pero MELANIA sufrió toda su vida una agonía espiritual, aguardando el cumplimiento de la palabra de la Santísima Virgen y la organización de los nuevos Apóstoles de la Santa Iglesia. Lejos de ello, fué testigo de las persecuciones que la devoción de Nuestra Señora de la Salette debió soportar por la voluntad de Dios, y tanto, que a cada persecución esta devoción parecía llamada a desaparecer. Sus miradas estaban siempre puestas en Roma, esperando que la suprema autoridad de la Iglesia coronara de gloria y de honor a la Salette, y que de ahí saliera al fin la fundación por la que suspiraba. Pero la prudencia de la Santa Sede en semejante asunto, y la Divina Providencia que rige y dispone todo, habían llevado a esta santa criatura a una continua y perfecta resignación a la voluntad divina. Ella entonces habrá dicho con Ezequías: "*Ecce in pace amaritudo mea amarissima!*" Con frecuencia solía considerarse ella misma como un obstáculo para el cumplimiento del divino plan, y entonces se anonadaba ante Dios, se mortificaba de diversas maneras, anhelaba la muerte y suspiraba por ella y la solicitaba en sus plegarias.

De este modo es como la pobre desterrada entonaba el cántico de su destino. "*Cantabiles mihi erant justificationes tuae in loco peregrinationis meae*".

Si la que apareció en la montaña de la Salette fué la Santísima Virgen MARIA, la Madre inmaculada de DIOS, si fué esa MADRE incomparable la que confió su secreto a MELANIA y a MAXIMINO y dió una regla santísima para una nueva orden religiosa numerosísima de los últimos Apóstoles, ¿quién podrá dudar que la promesa de la Reina del Cielo debe ser enteramente cumplida? En tal caso, ¡regocíjate, oh, inocente pastora de la Salette! ¡Regocíjate en DIOS, oh alma escogida entre mil! Tu largo martirio no ha sido sino una preparación para una gracia tan inefable. El sacrificio de tu vida simple, ofrecida en holocausto a través de los sufrimientos y las mortificaciones de toda especie, será bendecido por JESUS y por MARIA, y su fruto será una generación de elegidos. ¿Y quién podría contarlos? *Generationes ejus, quis enarrabit?*

¡Qué admirable es DIOS en sus obras! La vida humilde, oculta y penitente de MELANIA, se transformará, ante la infinita

bondad de DIOS, en un título para la obtención de su misericordia en favor de la humanidad; la vida de MELANIA, que comenzó a ser reconocida y admirada cuando ya se separaba ella de este mundo, será acaso un motivo para apresurar esa divina regla, dictada por la Santísima Virgen, y por consiguiente, inmensos los beneficios que de ella se han de derivar.

DIOS conoce el camino de los corazones. Está escrito que las sendas de la Sabiduría son bellas: "*Viae ejus viae pulchrae*". Cuando en la vida de una santa criatura se halla, sumado a una sólida virtud, un conjunto de situaciones diversas, de acontecimientos y de frutos intrínsecos y extrínsecos, en el que lo bello, lo sublime, lo patético, admiran, atraen, invaden el corazón y la imaginación, entonces todo el hombre es conquistado y ganado a la verdad.

Algo de esto he creído descubrir en esa vida y en las diversas peripecias atravesadas por esta elegida del Señor, al punto de no saber si hubo en el mundo, en nuestra época, otra que pudiera serle comparada. Las pocas memorias que ella escribió sobre sí misma, por obediencia, llevarán al colmo esas maravillas. Es al principio una niña que vive en los bosques, frecuentemente rodeada de animales salvajes y pájaros diversos, distrayéndose con unos y con otros; después, una pastora solitaria que conduce las ovejas y las vacas a sitios escarpados y agrestes, y allí, a la sombra de un árbol frondoso, reza o juega con las flores.

Pero he aquí que se ve rodeada de los grandes esplendores de lo sobrenatural, que la transportan al cielo. La Muy Bella, La que es luz, amor, gracia, poesía del Infinito, la Virgen María, se le muestra y le habla. Y el nombre de la pastorcilla desconocida, vuela entonces de boca en boca y llena el mundo.

¡Oh, cuántos han envidiado su suerte! ¡Cuántos han deseado verla, venerarla! ¡Cuántos han intentado besar, por lo menos, el borde de sus ropas! Mas he aquí, más bella todavía por el cuidado continuo y pleno de humildad con que trataba de ocultarse. La venturosa pastora se transforma de inmediato en una virgen santa, prometida al Esposo Celestial.

Los hábitos de la penitencia, el silencio de los santos claustros, dan un fulgor a su celestial belleza. A la sazón, se hallaba en la flor de sus veinte años.

Poco después, la pastora de la Salette, la niña de los bosques, la paloma virginal se encuentra consagrada a la peregrinación del

mundo; entra en una nueva fase de su existencia, fase que debe durar hasta su muerte.

Durante unos cincuenta años, Melania de la Salette cumplió una misión o un sacrificio, al que Dios la destinaba en sus impenetrables designios. Una vida nómada, errante, de pueblo en pueblo, siempre en la esperanza de hallar un lugar donde pudiera ocultarse a todos y donde los hombres no ofendieran a DIOS.

"Algunos, decíame ella un día, creen que me complazco en viajar y en ir de acá para allá; pero, ¡cuánto se engañan!" ¡Y cuántos motivos tenía ella para justificar sus peregrinaciones!

Pero un alto en las peregrinaciones de la santa elegida del Señor, nos ha valido el suave, el dulce recuerdo de nuestra ciudad de Messina y de ese piadoso Instituto religioso de caridad. Es muy justo que evoquemos esta santa memoria y que nos entretengamos un instante con ella, puesto que es por ella que nos congregamos al pie del sagrado Altar y celebramos esta fúnebre ceremonia.

Messina, la ciudad de María Santísima, ha recibido en todos los tiempos muestras singulares del amor de La que ha prometido su protección constante. Hace siete años que MELANIA de la Salette vino a vivir aquí, y aquí vivió durante un año y dieciocho días. Su llegada fué precedida por algunos signos que tienen algo de milagroso.

Lo que dió origen a un beneficio tan grande, fué que nuestra institución atravesaba entonces un periodo de dificultades tales, que se llegó a pensar en suprimirla. Poco después, una estada de algunas horas en Castellamare di Stabia habíame hecho recordar lo que ya conocía por la fama, es decir, que la Pastora de la Salette se encontraba allí. Aunque tuve gran deseo de conocerla, no pude satisfacerlo, pues la fugitiva paloma había llevado su nido a otro lugar. Encontrábase en Galatina, diócesis de Lecce. Esto me dejó un vacío en el corazón.

De regreso a Messina, escribí en ese sentido a Monseñor Zola, de feliz memoria, obispo por entonces de Lecce, quien me proporcionó gentilmente la dirección de MELANIA, y así entré muy pronto en comunicación con la sierva del Señor. ¡Oh, qué aroma de santidad parecía desprenderse de sus cartas! Ellas me transportaron al Paraíso.

Un día me escribió que iba a salir de Galatina, pero que a nadie diría su nueva dirección. Sorprendido, me decidí a ir en su busca para invitarla a trasladarse a Messina, a nuestra Institución.

Esto fué para mí como un viaje de devoción hacia la Santa Virgen; sonreía al pensar que vería y oiría a esa dichosa criatura que había visto a la Santa Madre de Dios, y que la había oído hablar.

Yo vi a Melania en su pobre habitación, conversé con ella, le oí repetir el relato de la Gran Aparición de la Salette; y santas y profundas fueron mis emociones. La invité a ir a Messina, pero ella no se decidió. Me habló con afecto de la ciudad, me dijo que llevaba sobre sí, impresa, la carta de la Santísima Virgen a los habitantes de Messina<sup>(1)</sup>, y me la mostró traducida al francés. En definitiva no se resolvió a ir. Al retornar hallé a mi pobre Institución agonizante. Entonces me apresuré a exponer esta situación a la Elegida del Señor, y le renové la invitación, pidiéndole que viniera al menos por un año. Inmediatamente me respondió que aceptaba y que vendría con el fin de organizar y formar esa Comunidad de Hijas del Divino Cielo del Corazón de JESUS, que son designadas para la educación de las huérfanas recogidas, y que han abrazado la santa misión de obedecer, por voto, el precepto del Divino Cielo del Corazón de JESUS, *Rogate ergo Dominum*.

¡Oh, mis hijas en Jesucristo, qué dicha para nosotros! MELANIA, la hija predilecta de MARIA Santísima, la criatura prudente, noble y amable, ha sido la Educadora y en cierto modo la fundadora de vuestro humilde Instituto.

Nunca podréis olvidar el venturoso día de su llegada a vuestra casa. Esto fué el 14 de septiembre de 1897, quinto día de la novena de Nuestra Señora de la Salette, el Santo día de la Exaltación de la Santa Cruz; admirable aunque inevitable coincidencia de parte de Aquella que en la montaña de la Salette había visto a la Santísima Virgen y debía trocar su nombre por el de Sor María de la Cruz.

Eran las diez de la mañana cuando Sor María de la Cruz se presentó en esta casa del Espíritu Santo; yo la esperaba en el umbral del santo templo. Al verla, no puede menos de exclamar: "¿De dónde a mí el honor de que venga a mi encuentro una preferida de la madre de DIOS?" Mas ella, poniéndose en seguida de rodillas, pidió la bendición del sacerdote, para entrar después en la casa del Señor, donde asistió, con profundo recogimiento, al Santísimo Sacrificio de la Misa.

(1) La ciudad de Messina se glorifica de poseer una carta que la Santa Virgen escribió a sus habitantes que acababan de recibir la fe cristiana.

Todas vosotras, hermanas mías, así como vuestras huérfanas, la aguardabais en el gran salón-locutorio. Estabais en una santa espera, como si a través de una criatura terrestre fuerais a ver a la Santísima Virgen en persona. Y no solamente verla, sino tenerla entre vosotras. ¡Qué guía maternal y qué Maestra! A su entrada, acompañada por mí, caisteis de rodillas, presa de respeto y de afecto, pidiendo su bendición.

Pero la humilde sierva del Señor, confusa, prosternóse a su vez y pidió la bendición del ministro de DIOS, para ella y para vosotras. Tal su llegada a nuestra pobre Institución.

Yo no quiero recordaros las maravillas que operó aquí. ¡DIOS MIO! Hemos asistido a maneras de obrar nada comunes. Todo en esta criatura era nuevo, y con frecuencia místico. Seguramente la virtud que había en ella y más allá de ella, hacía evocar las vidas de los santos. En primer lugar, era de una encantadora inocencia: era una paloma purísima que parecía haber volado por sobre todas las miserias humanas, sin que la hubiera rozado una sola gota de ellas. Era un lirio perfumado de virginidad, era una criatura saliendo de las fuentes bautismales, pero rica, sin embargo, en prudencia y en sabiduría. Más de una vez hemos visto entrar aves en el Monasterio, y hasta en su habitación, como si la buscaran para recrearse con ella.

El espíritu de mortificación y de penitencia que la animaba, era notable. Su alimento era frugal en extremo. En Galatina, un kilogramo de pan le duró quince días. En nuestra casa, apenas comía una o dos onzas de pan por día. Muy poco también era lo que bebía, y nunca a grandes sorbos. Antes de estar con nosotros, tres días consecutivos por semana se abstenía absolutamente de beber, y decía: "¡Hay tanta sed en el mundo!"

El día de Pascua la vimos solemnizar esta gran Fiesta, sirviéndose la mitad de un huevo. Nunca una fruta, jamás un dulce. Su sueño no pasaba de las tres horas, y siempre sobre el piso, como habéis podido comprobarlo, hermanas mías. ¡Cuántas veces, en la paz de la noche, la habéis visto pasar con una luz en la mano, a través de los dormitorios! ¿Qué diremos de las maceraciones de su cuerpo virginal? ¿Qué significaban esas ropas cubiertas de sangre fresca en los hombros, como podiais comprobarlo cuando se llevaba al lavadero sus vestidos? ¿Qué significaba esa tabla erizada de clavos dispuestos en cruz, que causaba espanto, y que conservamos con rastros de sangre todavía?

Sin embargo, suave, serena, tranquila, consumida en la virtud y en el sufrimiento, parecía exteriormente no haber sentido nada; graciosa y delicada en su andar, sus maneras y su lenguaje, y como si en ella los contrastes armonizaran, se mostraba recatada y social, humilde e imponente, amable y circunspecta, fuerte y sumisa, y la que seguía siempre niña, parecía superior a una persona adulta y madura. Era, en realidad, sencilla como la paloma y prudente como la serpiente.

Yo querría poseer el lenguaje de un ángel para hablaros de nuestra MELANIA y daros una idea de su amor ardiente por Nuestro Señor JESUCRISTO y la Santísima Virgen MARIA. En verdad, su existencia fué una vida de amor. Amaba a DIOS con puro amor, y las llamas de ese incendio místico la consumían ora más ora menos. Todos los sentidos, todas las fibras, todas las facultades de esta criatura de DIOS estremecíanse de amor. ¿Os acordáis con qué transporte de amor alimentábase todo un día con JESUS en el Santo Sacramento? Esta era su expresión: "¡Lo que yo amo, quisiera devorarlo!"

Yo puse a prueba su amor por el Santo Sacramento un día en que, inopinadamente y sin que ella lo imaginase, le prohibí que se aproximara a la Santa Comunión. Se estremeció, se descompuso y cayó al suelo como muerta. Entonces pude hacerme una idea de lo que era un verdadero espíritu de virtud, cuando, vuelta ya en sí, todo el día se mostró tan dulce, tan humilde, tan suave, y más aún que de costumbre; y menos que nunca os fué entonces posible sustraeros a vuestra habitual admiración. Pero el puro amor de Dios engendra el celo de su gloria y de la salvación de las almas. El celo, ha dicho el santo obispo de Ginebra, es la llama de la caridad. Grande era el celo que ardía en el corazón de Melania. Ella hubiera querido inmolarse a cada instante para que DIOS fuese glorificado, JESUS, conocido y amado en todos los lugares, y todas las almas santificadas y salvadas. Su fe viva y su celo ardiente le hacían considerar a los sacerdotes como *nuevos Cristos*, y le hacían desear que el mundo estuviera colmado de verdaderos ministros del Santuario.

Yo no pongo en duda que, por ese motivo, ella haya amado vivamente a nuestra humilde Institución, y que desde que la conoció la haya llevado siempre en su corazón, haciéndola objeto de sus ardientes súplicas, porque nosotros habíamos tomado por nuestra divisa y misión esa gran palabra del Evangelio, ese celes-

tal precepto salido del divino cielo del Corazón de JESUS: *Rogate ergo Dominum Messis ut mittat operarios in Messem suam.*

¡Oh, hermanas mías! ¡Cómo llevaba en el corazón esa plegaria que rezáis devotamente cada día!

En esta humilde institución salida de sus manos y en este espíritu de oración, ella veía algo así como la anticipación de su querida fundación de los nuevos Apóstoles o los Misioneros de la Madre de DIOS. Quiso asimismo unir a su vestimenta el escapulario del Corazón de Jesús, luciendo esa expresión sacra que constituye nuestra divisa: "Decid al dueño de la cosecha que envíe segadores a su campo", y no seremos, ni yo ni vosotras, hermanas mías, los que hemos de dar un mentís a esta reflexión que ella me hizo un día, en francés: "Yo soy de vuestra Congregación".

Renuncio a describir las maravillas de las que vosotras y yo mismo hemos sido testigos mientras MELANIA estuvo entre nosotros. Nada digo de sus abstracciones súbitas, en las que parecía fuera de sus sentidos y como en éxtasis; nada tampoco de esa como adivinación de los corazones, que le hacía leer los pensamientos más ocultos; nada de las curas operadas en dos o tres huérfanas, luego de un signo de la Cruz hecho por ella ni de su extraordinaria confianza en la Santísima Virgen, gracias a la cual parecía tener siempre en la mano y en el momento preciso, los objetos, el alimento o el dinero, según las necesidades de la Casa. Hagamos silencio sobre todo esto, y no prejuzguemos nada de los juicios autorizados que no nos corresponde pronunciar.

... ¡Qué pronto pasó el tiempo, para nosotros, durante el cual tuvimos a MELANIA de la Salette! Llegó el día de su partida; esto la entristeció profundamente. Os acordáis con qué humildad se prosternó pidiéndoos perdón en voz alta, y cuando vosotras, con amargas quejas, pero, ¡ay!, más comprensibles que las de ella, hacíais lo mismo. "Madre, le decíais a través de vuestros sollozos, ¿os acordaréis de nosotros? ¿Nos encomendaréis al Señor?" Y Ella: "Si, hijas mías, siempre os llevaré en mi corazón; siempre rogaré por vosotras... Os dejo por nuestra superiora, la Santísima Virgen".

De Messina se marchó a Moncalieri; de Moncalieri a Francia. Pasó a Diou, luego a Cusset. Pero un día dijo: "No quiero quedarme en Francia; no quiero morir entre los masones". Fué entonces cuando decidió volver a su querida Italia, buscar algún refugio aislado, donde nadie la conociera, donde, en el silencio y la

soledad, pudiera prepararse para la muerte. Desde ese momento, las llamas del divino amor se habían hecho irresistibles para ella: sentíase fuertemente atraída al Cielo.

Altamura, de la provincia de Bari, ciudad dichosa y bendita, fué el término de sus peregrinaciones terrenales. Llegó aquí en junio de 1904. Tenía entonces 72 años, y parecía extenuada. Mons. Cecchini, el dignísimo obispo de las dos diócesis de Altamura y Acquaviva, hizole un gran recibimiento: él sabía qué tesoro enviaba Dios a su sede episcopal.

A insistentes súplicas de la sierva de Dios, Mons. Cecchini guardó fielmente el secreto de su presencia allí. Confióla sin mencionar el nombre, a la noble y piadosa familia Gianuzzi, que pronto comprendió la extraordinaria santidad de esa noble extranjera, no tardando en amarla y venerarla; pero ella, que desligada de toda afección terrena, arrojada inclusive de la casa materna, había pasado en el silencio y en el misterio los primeros años de su infancia, estaba por Dios destinada a morir en una estrecha habitación, en total abandono, lejos de todo socorro y de toda criatura humana.

Es habitual en Dios revelar a sus amados siervos el día y la hora de su muerte. ¿Había El reservado esta gracia a la favorita de la Santísima Virgen? Lo ignoramos. Debe observarse, sin embargo, que MELANIA CALVAT, tres meses antes de su muerte, abandonó a la piadosa familia Gianuzzi, expresándole humildemente su gratitud por la cordial hospitalidad, y se retiró a un oscuro barrio de la ciudad, el más apartado, donde le sería más fácil sustraerse a todas las miradas. Todas las mañanas se trasladaba a la Catedral para oír la Santa Misa y alimentarse de "su querido amigo de la Eucaristía". Con sólo verla, ante el profundo recogimiento de esa desconocida los fieles quedábanse admirados.

El 15 de diciembre de ese mismo año de 1904, octavo día de la fiesta mundial de la Inmaculada Concepción y víspera de la novena preparatoria de la Navidad, no se vió venir a la iglesia a la sierva del Señor.

El Obispo envió inmediatamente a su criado, para informarse de si ella necesitaba algo. Lllaman a la puerta, pero no se obtiene respuesta. Se insiste, se hace ruido, pero siempre responde el silencio. Sin perder tiempo se da aviso a Monseñor, el cual, suponiendo un accidente grave, da parte a la autoridad civil. Esta se hace presente, comprueba que nadie responde, violenta la puerta y entra.

La sierva del Señor yacía sin vida sobre la tierra desnuda. De esta manera han muerto grandes santos, a los que la Iglesia ha hecho los honores de los altares; san Pablo el ermitaño y santa María la Egipcia, en el desierto; san Francisco Javier, en una playa; y en un establo, santa Germania Cousin, esa pastora de Francia cuya vida tiene muchos puntos de semejanza con la de MELANIA.

Observemos, sin embargo, que la misericordia de Dios, esa Providencia plena de amor para los que la aman, había tomado ya previas disposiciones para su sierva. En Francia, antes de su partida para Altamura, ella había estado a punto de morir, había recibido el santo Viático y la Extremaunción. ¡Oh! ¡Bienaventurados aquellos cuya vida está con JESUS, cuya vida se extingue en el amor de JESUS! *Beati mortui qui in Domino moriuntur...* Ella había vivido pobre, solitaria, penitente; no había deseado sino el olvido: sola con Dios. Ella quería morir como había vivido.

Pero, ¿sabremos nosotros los designios delicados y llenos de amor de su Bien Amado, del que es fiel y verdadero, en esos solemnes momentos? ¿Quién nos dirá los auxilios llenos de afecto de la Inmaculada, de Aquella que en la montaña de la Salette se le había aparecido tan bella y tan majestuosa? ¿Y esa asistencia reconfortante de los ángeles, sus hermanos? Todo ello ha sido sus- traído a las miradas de los hombres...

La muerte de MELANIA ha sido como la imagen condensada de su vida (2).

Pero sería engañarse ver en esa muerte sobre la tierra desnuda, la simple consecuencia imprevista de un síncope. ¡No! La

(2) Melania comulgó con frecuencia de la mano de Nuestro Señor mismo, y gozaba de la vista continua de su ángel custodio. Ahora bien: dos vecinos de Altamura han afirmado haber oído en la habitación de la "piadosa francesa", al Angelus de la tarde correspondiente a la noche de su muerte, cantos angélicos con el tono del *Pange lingua* y el tintineo de una campanilla, como cuando se conduce el Santo Viático.

Ante un auditorio que conocía ese testimonio, el orador se ha limitado, en consecuencia, a insinuarlo, y la solemnidad de una oración fúnebre exigía esa discreción. Alguien le escribió pidiéndole que tuviera a bien confirmar la deposición de esos dos testigos, o desmentirla formalmente. He aquí su respuesta:

"Certifico a Vd. que es muy exacto que el caballero Pascual Massari, de Altamura, persona respetable, digna de fe, y una señora, vecinos de Melania me han afirmado (y están dispuestos a prestar juramento) haber oído, el primero, el canto del *Pange lingua* acompañado de voces angeli-

sierva de Dios, inocente y penitente, no usaba su lecho. Ya lo hemos dicho, el reposo y el sueño se los procuraba en el suelo desnudo, durante algunas horas de la noche... ¿No es éste el caso de exclamar: *Moriatur anima mea morte justorum?* ¿Podríamos nosotros morir como murió esta "Justa"? ¡Ojalá nuestra vida pueda compararse con la suya!

¡Adiós, alma tan bella! ¡Adiós, criatura de amor, obra completa del amor, del purísimo y santísimo amor de JESUS, el Supremo Bien! ¡Adiós, Virgen vigilante y prudente! Cuando en la calma de la noche, la voz del Esposo te llamó, sin demora acudiste a El, con la Lámpara mística, la lámpara llena de aceite y brillante de esplendor... Para ti han terminado los trabajos, los largos y fatigantes viajes, las peregrinaciones agobiantes, las profundas agonías de amor, del santo Amor con su hambre insaciable y su inextinguible sed de la Justicia que no habita esta tierra... ¡Sí, este pensamiento nos es muy dulce; las llamas expiatorias no han sido para ti, o por lo menos, tu paso por ellas ha sido fugaz, y héte allí, para siempre, en el goce de tu Dios! Sí, han sido realizados en la ventura esos ardientes deseos de la unión sin fin con el Señor, que tan a menudo te arrancaban este grito: "¿Cuándo llegará la hora? ¡Oh! ¿Cuándo llegará?...". Sé en el júbilo, dilata tu corazón en la visión beatífica de ese Jesús al que no has temido seguir en su senda dolorosa, de ese Jesús objeto de tus suspiros, aspiración perpetua de tu alma plétórica de amor. Su cruz ha sido para ti delicias, sonrisas y goces: "flor que nunca se marchita", escribías con frecuencia. ¡Oh, cuántas veces, semejante a la Esposa del Cantar, languideciste de amor por el Bien Amado! Era fuego que brotaba en tu pecho. Y cuando, ya en el reino de la Eterna Gloria, cuando has visto la Reina sin mácula, La que había como enloquecido tu corazón con un amor de niña, tan tierno y tan lleno de confianza, el grito "¡Madonna mía, Madonna mía!", con que aclamaste a la Gran Reina, ¿cómo podría yo expresarlo...?

¡Oh, Melania! Desde ese trono elevado en el Cielo, donde Dios te ha sentado, ¿vienen todavía tus miradas a esta tierra? ¿Nos amas siempre con el corazón que tanto nos ha amado en estos

cales, con tintineos de campanilla; la otra, un ruido continuo de campanilla, como cuando se lleva el Santo Viático.

Yo he recogido esas deposiciones en presencia de dos amigos sacerdotes, uno de los cuales es francés, luego de haber formulado a esas personas preguntas minuciosas y precisas."



bajos lugares del exilio? Pero, ¿qué digo? ¿Es que todo amor de aquí bajo, no se perfecciona al contacto de Dios? ¿Es posible que en el Cielo, los Bienaventurados no amen a los que los aman? ¡Sí, nos amáis en Dios!... Un día, estando rodeada de tus huérfanas, te decían: "Madre (éste era el dulce nombre que te daban), Madre, cuando os hayáis ido, no pensaréis más en nosotras". "¡Ah!, respondisteis, ¡vosotras no conocéis mi corazón!"

A esta hora, en que desde el Reino del Eterno Amor nos amas con la perfecta Caridad, ¡ah, no dejes de rogar por nosotros! Ruega por todos los que te veneran como una criatura celeste. Ruega por estas vírgenes, "las Hijas del Divino Celo", por cuya educación religiosa gastaste un año de tu vida, con solicitud más que maternal, con una dirección sabia y luminosa, con un celo singular, para reencaminarlas por la senda del Señor. Bien sabes que estas piadosas doncellas consagradas al Santísimo Corazón de Jesús y prometidas por ti misma a María, la Madre Inmaculada, te miraban como a una delegada de la Santísima Virgen venida a ellas, hace siete años, y que parecía como si siempre hubieras estado en medio de ellas.

¡Y sobre mí también, sobre mí, que traigo a tu memoria este humilde tributo de homenajes, sobre mí, que tantos testimonios de pura y santa dilección he recibido de tu corazón, dignate también derramar el poderoso auxilio de tus súplicas al adorable Redentor Jesucristo, y a María, su Inmaculada Madre!...

INDICE

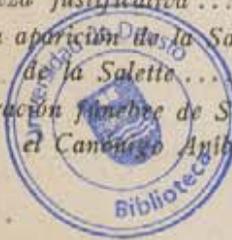
	Pág.
DEDICATORIA .....	5
TACEAT MULIER .....	7
I. — <i>Historia de este libro iniciado en 1879</i> .....	13
II. — <i>El torrente sublime</i> .....	17
III. — <i>En el paraíso</i> .....	20
IV. — <i>Luis Felipe. 19 de setiembre de 1846</i> .....	24
V. — <i>Propósito del autor. Milagro de la indiferencia universal</i> .....	27
VI. — <i>Fracaso de Dios. Quiebra aparente de la Redención. El suspiro más doloroso después del Consummatum</i> .....	30
VII. — <i>Negativa universal de la penitencia. "¡Contempla, Melania, lo que ellos han hecho de nuestro desierto!... Ridebo et subsannabo"</i> .....	33
VIII. — <i>El Sagrado Corazón coronado de espinas. María es el reino del Padre</i> .....	36
IX. — <i>Vos no ignoráis, oh mi Señora de Transfixión, que yo no sé cómo emplearme...</i> .....	39
X. — <i>Napoleón III declara la guerra a Melania</i> .....	41
XI. — <i>Vida errante de la Pastora. El Cardenal Perraud, sucesor de Talleyrand, la despoja</i> .....	44
XII. — <i>Los sacerdotes y el secreto de Melania</i> .....	48



	Pág.
XIII. — <i>Inmensa dignidad de María</i> .....	51
XIV. — <i>Identidad del discurso público y del secreto de Melania. La queja de Eva</i> .....	54
XV. — <i>Persecución de Monseñor Fava. Criminal desobediencia e infidelidad de los misioneros</i> .....	57
XVI. — <i>Dones proféticos de Melania</i> .....	61
XVII. — <i>Dones proféticos de Maximino</i> .....	64
XVIII. — <i>Los obispos de Grenoble en Soissons</i> .....	69
XIX. — <i>Sacerdocio proficuo. Vanidad de las obras en plena desobediencia. Castigos. Timieblas</i> .....	73
XX. — <i>La mujer encorvada dieciocho años, imagen de la Salette. María habla. ¿Jesús, pues, no hablará más? La Inmaculada Concepción coronada de espinas, estigmatizada. Lourdes y la Salette</i> .....	77
XXI. — <i>Profanación del domingo</i> .....	81
XXII. — <i>El caso Caterini</i> .....	84
XXIII. — <i>Santidad de Melania. Los Apóstoles de los últimos tiempos, profetizados por ella y por el Venerable Grignon de Montfort</i> .....	88
XXIV. — <i>Objeciones y calumnias; el asuncionista Drochon</i> .....	93
XXV. — <i>La hostería. Táctica doble de los misioneros o capellanes</i> .....	97
XXVI. — <i>La Salette y Luis XVII</i> .....	101

#### APÉNDICES

<i>Pieza justificativa</i> .....	107
<i>La aparición de la Santísima Virgen María en la Montaña de la Salette</i> .....	139
<i>Oración mística de Sor María de la Cruz, pronunciada por el Canónigo Anibal Ma. de Francia</i> .....	171



Este libro se terminó de imprimir el día 11 de octubre de 1947, en los Talleres Gráficos "Pedro Goyena", calle Herrera 541, Buenos Aires. 1850-uaaa-paaa